

UNIV. OF ARIZONA

PQ7490 .S3

mn

Sanchez, Luis Alber/La tierra del quetz



3 9001 03817 1537











**LA TIERRA DEL QUETZAL**

## OBRAS DEL AUTOR

(publicadas entre 1919 y 1950).

**HISTORIA:** Los Poetas de la Colonia y la Revolución.— La literatura Peruana (3 vols.).— Nueva Historia de la Literatura Americana.— Historia General de América.— El Pueblo en la Revolución Americana.

**ENSAYO Y CRITICA:** Elogio de don Manuel González Prada — Don Ricardo Palma y Lima.— Góngora en América.— Se han sublevado los indios.— América, novela sin novelistas.— Panorama de la literatura actual.— Vida y pasión de la cultura en América.— Dialéctica y determinismo.— Balance y liquidación del Novecientos.— Breve Tratado de Literatura General y notas sobre la literatura nueva.— La Literatura del Perú.— Fundamentos de la Historia americana.— ¿Existe América Latina?— La Universidad Latinoamericana.— La tierra del Quetzal.

**CRONICA:** Sobre las huellas del Libertador— Reportaje al Paraguay.— Un sudamericano en Norteamérica.

**BIOGRAFIA:** Don Manuel.— Haya de la Torre o el político.— La Perricholi.— Garcilaso Inca de la Vega.— Valdivia, el Fundador.— Una mujer sola contra el mundo.— El señor Segura, hombre de teatro.

**ANTOLOGIA:** Índice de la poesía peruana contemporánea.

**EN PRENSA:** La Literatura Peruana (Derrotero para una historia espiritual del Perú). 6 volúmenes.

**EN PREPARACIÓN:** Proceso y contenido de la novela americana.— La Universidad Peruana.— Personas y tendencias de la actual literatura Peruana.— Memorias.



PQ  
7490  
S3

*La tierra  
del Quetzal*

LUIS ALBERTO SANCHEZ

EDICIONES ERICILLA

Santiago de Chile

1950

Es Propiedad  
Registro N.º 13743

FABRICACION CHILENA

PRINTED IN CHILE

Tipografía Chilena — Agustinas 1627

Santiago de Chile

A  
JUAN JOSE AREVALO  
Y  
CARLOS MARTINEZ DURAN

realizadores eminentes,  
amigos de todas las horas.

DEDICO

este libro, precisamente cuando el uno llega al término de su período presidencial; y el otro dejó ya de ser Rector de la Universidad de San Carlos. Antes, no habría sido posible consagrarles las páginas que siguen, escritas merced a la generosa cooperación que ambos me prestaron durante mi corto, pero intenso contacto con la hermosa Tierra del Quetzal.

Santiago de Chile,  
12 de Noviembre de 1950

L. A. S.



## PREAMBULO

No hubiera conocido Guatemala si no es por un contratiempo. Me habría dolido toda la vida semejante omisión. Pero, América Central fué por luengos años coto vedado a mis andanzas de proscrito. Tenían que cambiar muchas circunstancias, y yo darme cuenta de ello para acercarme.

Fué en Enero de 1944. Por exigencias de guerra hube de alterar mi itinerario de regreso a los Estados Unidos. Tomé la ruta de Nueva Orleáns, parando en Managua, Guatemala y Mérida. En los dos primeros lugares reinaban incontrolados el general Somoza y el General Ubico, respectivamente. No eran santos de mi devoción; tampoco yo de la suya.

El avión demoraría más de lo previsto en el aeródromo de «La Aurora». Me acordé de un viejo anhelo: estrechar la mano del autor de «*El hombre que parecía un caballo*», Rafael Arévalo Martínez, con cuya personalidad me

había engolosinado Juan José Arévalo, cuando secretario de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata (Argentina), de que yo fuí profesor visitante. Me lo habían elogiado también Virgilio Rodríguez Beteta, Francisco Barnoya y otros amigos guatemaltecos, en Santiago.

Pedí el libro de teléfonos; busqué: no había ningún Arévalo Martínez en la lista. Como se trataba del director de la Biblioteca Nacional, busqué «Biblioteca»: no encontré tampoco ninguna referencia. Me comuniqué con «Informes», y me contestaron que ni la Biblioteca Nacional ni su director tenían teléfono. Me encabrité. Llamé al Ministro del Perú, Juan Mendoza y Almenara quien, como caballero que es, no reparaba en mi condición de proscrito. Acudió al aeródromo. Me confirmó que ni la Biblioteca ni su Director tenían teléfono, y me aclaró, además, que «tal vez» no sería conveniente que, aprovechando la demora, fuese yo a la ciudad, sin él hacer un sondeo previo. Miré el retrato del general Ubico, muy a lo Napoleón, presidiendo la sala de espera, y decliné la oferta.

Pero, me quedó la espina.

Meses después, mi mujer viajó de Chile a México, a donde yo había tenido que volar como huésped del gobierno. Me dijo alborozada que Guatemala era un encanto; que había estado allí varias horas; que todos vivían en

euforia revolucionaria; que le habían hablado de mí y que ella se había comprometido a llevarme cuando regresáramos. Ubico había caído, pero subió en su lugar otro militarote de semejante calaña: Ponce. Por esos días, Flavio Herrera llegó a México, y me dió pormenores sobre la situación. Luis Cardoza Aragón me habló de sus optimistas proyectos, mas todo estaba aun muy oscuro. Juan José Arévalo había regresado a Guatemala, después de 10 años de destierro, y se le oponían trabas casuísticas para cerrarle el paso a la Presidencia de la República. Tenía que ocurrir otra revolución.



Regresamos a los Estados Unidos, y, a principios de Noviembre, de vuelta a Sudamérica, buscamos la ruta de Centroamérica sólo por detenernos en Guatemala. Nos asustó el ingreso a la ciudad. Una semana atrás, la juventudes civil y militar habían derribado a Ponce, después de sangrienta refriega. En el aeropuerto nos previnieron: «No apaguen la luz interior del auto, porque pueden dispararles: hay orden de tirar sobre todo carro que marcha a oscuras, porque así andan los contrarrevolucionarios... No se asusten si oyen balazos: todavía los hay... No se alarmen si en lugar de policías en las esquinas ven a es-

tudiantes de civil: la policía ha sido acuartelada; los universitarios los reemplazan... No se quejen si faltan algunos alimentos, porque estamos reajustando la provisión de víveres... No se...» Basta.

Nos metimos en el automóvil; el chófer encendió la luz de la cabina, y así, como en un escaparate, recorrimos los 15 minutos que separan el aerodromo del Hotel Panamericano, en el cual nos alojamos. Enseguida, a buscar a Arévalo. Nadie me pudo indicar su paradero; hasta que un muchachito de unos diecisiete años, empleado del hotel, me dijo: «Yo sé donde se encuentra «el doctor». Vengan conmigo». Algún miedo llevábamos con nosotros cuando subimos al automóvil con el chiquillo. Calles oscuras, y nosotros como en un fanal: a toda luz. Nos detuvimos en una casa: la de los padres de Arévalo. «El *doctor* no está aquí». Dí mi nombre. Entonces me señalaron otra casa. Nuevo recorrido. Alta la noche. En la nueva dirección tampoco estaba, pero nos designaron un acompañante para que fuese con nosotros. El chiquillo estaba avergonzado de su falla. Finalmente, llegamos a una tercera casa. Santo y seña. Ruido de culatas. Los centinelas eran mozalbetes, de civil, ávidos de heroísmo. Una ramada. Un Corazón de Jesús en la salita. Voces adentro. Y un abrazo cordial: macizo, rubicundo, sonriente estaba con nosotros Juan José Arévalo.



Consumimos la noche en recuerdos, discusiones y encargos. «Ustedes tienen que venir a Guatemala». «Se lo prometo: estamos vivamente interesados».



En 1946, mi amigo el Rector Carlos Martínez Durán, me invitó a dar conferencias en la Universidad de San Carlos. Aprovechando un viaje a Bogotá, di el salto a Guatemala. Fué una revelación. Apesar de que, por las exigencias de mi cargo, debía regresar a Lima enseguida, vi panoramas y oí cosas que me deslumbraron. Conocí entonces a Rafael Arévalo Martínez. Me obsequió su flamante «*Ecce Pericles*». Anduvimos por Antigua, por los magníficos alrededores de la capital; me metí en sus escuálidas librerías; husmeé todo lo que pude, y salí con un caudal de libros obsequiados por el Presidente y el Rector.

Me hallaba preparado a doctorarme en guatemaltequismo.

Lo malo es que la vida había determinado que mi regreso a la Tierra del Quetzal fuese en penosas circunstancias. Salí del Perú, bajo asilo diplomático, en Octubre de 1948. Un cable del Rector Martínez Durán me esperaba en Santiago: invitábame a ser profesor de su Universidad, y, mientras él estuviera en Europa, a

reemplazarlo en la organización del Congreso Latinoamericano de Universidades, de que habíamos hablado al paso de Martínez Durán por Lima. El Presidente Arévalo puso de su parte lo necesario para acelerar mi viaje. Allá fuí al comenzar Enero de 1949. Estuve hasta mediados de Marzo, y regresé a comienzos de Junio para alejarme al terminar Agosto. Durante ese período recorrí alguna parte del país. Leí sus libros característicos. Sufrí por el hermetismo habitual de las gentes, y por sus tremendas explosiones. Asistí a una revolución y a algunas intrigas; me hice tertulio de las librerías. Traté a sus escritores. Y me dejé aprisionar por el extraño sortilegio de la más bella tierra del mundo, desde el punto de vista de la naturaleza.

¿Qué haré para perpetuar mis impresiones, para pagar en mi moneda —estudio y franqueza— la cordialidad de que fuí objeto especialmente de Juan José Arévalo, Carlos Martínez Durán, Presidente y Rector, y de amigos tan prolijos, cariñosos e instructivos como Flavio Herrera, José Rolz Bennet, Raúl Osegueda, Alberto Velázquez, Eugenio Silva Peña, Rafael Arévalo Martínez, Alfonso Orantes, Francisco Barnoya, Enrique Muñoz Meany, Ismael González Arévalo?

Mientras leía y observaba libros y cosas guatemaltecas, fuí cubriendo de apretada es-

critura una gruesa libreta. Doy con ella al arreglar mis papeles y me parece como que encesrase un mandato. Revisándola siento que renacen en mi, impresiones extrañas, recuerdos, informes y comentarios que no se deben perder, Ustedes, amigos míos guatemaltecos, fueron también de igual opinión. Tomen su responsabilidad por habérmelo dicho: los hago solidarios al dedicarles este libro. Veamos si el lector está de acuerdo con ustedes y... conmigo.

■  
\* \*

Uno de Ustedes me refirió una bella y pintoresca leyenda.

El Quetzal, pájaro silvestre, de enorme y polícromo plumaje, cuya arqueada cola es un tesoro, recibe pleito homenaje como ave heráldica del país. Las más viejas tradiciones otorgan a la mezcla del quetzal con la serpiente, a la «serpiente emplumada» o Quetzalcoatl, un valor totémico semejante al de la Loba para los romanos, el Corequenque para los Incas el Dragón para los sajones. El Quetzal vuela libremente en los bosques; no se deja cazar, y cuando cae en cautiverio, languidece y muere.

El Quetzal es el emblema de la libertad, y timbra moneda, escudo, lemas, joyas y recuerdos guatemaltecos.

El dictador Ubico, ante cuya voluntad se derretían las más recias barreras, no podía tolerar que hubiese algo en Guatemala, superior a su capricho, y ordenó que cazaran un Quetzal vivo, y lo encerraran en el Parque Zoológico: así verían sus «súbditos» que no había nada más fuerte que los deseos del General.

Cumplieron su orden. Un Quetzal fué cogido vivo; lo encerraron en una jaula; se invitó al público a que fuese a contemplarlo: simbólica exhibición. El pueblo de Guatemala, los orgullosos «chapines» pasaron amarguísimas horas. Acudían al Zoo no ya por cumplir el mandato del Dictador, sino para ver quién era más poderoso; la Tradición o el Tirano. Y sucedió que antes de dos semanas, el maravilloso Quetzal comenzó a decaer, y una mañana su cuidador le encontró muerto sobre el piso de la jaula.

¿Murió de rabia al verse cautivo? ¿Lo «ayudaron» a cumplir su alegórico destino, *chapines* bien quistos? ¡Como fuese!: el único Quetzal cazado vivo, no pudo resistir que le privaran de la libertad. El Quetzal derrotó al Tirano. Todo Guatemala respiró como si le quitasen oprobioso peso de encima.

Santiago de Chile,  
Octubre de 1950.

L. A. S.

## I

### Y EL HOMBRE FUE HECHO...

Todos los pueblos se han explicado —de algún modo, a su modo— la aparición del Hombre. Guarda armonía la leyenda con los medios naturales al alcance. Serán dioses-pájaros, en frondas ensordecidas de gorjeos; dioses-peces, a orillas del mar; dioses-cumbres, en las comarcas montañosas; dioses-piedras, ahí donde la roca impone su majestad; de arcilla, en países desérticos; de maíz, cuando el alimento primordial es la sávida mazorca (el tierno choclo de los Incas, el amarillo elote de los Nahuas). La civilización cristiana borró aquellas diferencias para reducirlas a una explicación monoteísta. Dios es Dios, y el hombre su vocero —según dispone la Escritura. Pero, hubo, entre todas las cosmogonías, una en la que Dios sufrió a su criatura, y se rindió ante ella, crítico de sí mismo, para depurarla y mejorarla: ése fué el Dios de los cakchiqueles y mayaquichés, único entre todos.

Recuerdo un delicioso cuento de Rainer-María Rilke, titulado «*Las manos del buen Dios*», en que el Creador confiesa su humano descuido. Estaba preocupado forjando la más delicada de sus criaturas, a quien amasaban sus manos sapientísimas, cuando distrajo su atención un conflicto surgido allá abajo, en uno de los planetas. Mientras la mirada del Señor atendía al insólito alboroto, descuidáronse las manos, y la incompleta criatura se escurrió de entre sus dedos, cruzó los espacios, y era ya una sombra, especie de paracaidista palingénésico, cuando los ojos del Buen Dios repararon en ella. Imposible detener su caída. La sombra aterrizó velozmente en la Tierra. Y es por eso, comenta piadosamente Rilke, por lo que el buen Dios no perfeccionó al hombre ni acaba de conocer íntimamente su pecadora índole.

El buen Dios del escritor checo contemporáneo, ese Dios que se descuida y falla como un hombre, tiene un antecedente remotísimo. No entre los clásicos credos occidentales; sí, en una rara e ignorada cosmogonía: la de los mayaquichés. No se encuentran en ella analogías levantinas; similitudes bíblicas. A pesar de haberla recogido y adulterado un sacerdote católico, mantiene su bravía originalidad, su colorido vernáculo. Sin ello sería imposible explicarse el genio del pueblo guatemalteco, ni el acento misterioso, simbólico, tachonado ed

alegorías, de su literatura, absolutamente distinta a todas las del continente.

\*

\* \*

Vivía, a principios del siglo XVIII, en Santo Tomás Chuilá o sea Chichicastenango, un fraile dominico, llamado Francisco Ximénez, cura del lugar. Obsérvase, al paso, que la villa tenía nombre compuesto: cristiano (Santo Tomás) e indígena o idolátrico (Chuilá): así ocurre con multitud de poblaciones guatemaltecas. El padre Ximénez había nacido en Ecija, hacia 1666, y llegó a Guatemala a los veintidós años, resuelto a ganar almas para la gloria del Señor. En 1694, sus superiores le despacharon acatequizar indios. Fué cura de Chichicastenango entre 1701 y 1703; de Xenacoz, en 1715; de la Candelaria, entre 1718 y 1720, y de Sacapulas, entre 1721 y 1728, que es cuando, trabajado por recuerdos y cansancios, escribió su famosa «Crónica». Regresó a la parroquia de La Candelaria en 1729, probable año de su muerte, a los 63 de edad, de los cuales más de la mitad transcurrieron entre indígenas.

El padre Ximénez fué autor de un «*Tesoro de la lengua Cakchiquel, Quiché y Tzutahil*», y de «*Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapas y Guatemala*», datada en 1722-1729, la cual fué impresa en tres volúmenes en Gua-



temala, entre los años de 1929-1932. Ella incluyó el «*Popol Vuh*» que, como «*Las Historias del Origen de los Indios de esta Provincia de Guatemala*», separada del grueso de la obra, se publicó en Londres (1857). Por aquel entonces, el Abate francés Brasseur de Bourbourg había puesto en boga los mitos y leyendas mayaquichés. Durante una de sus andanzas por Guatemala, estando en el pueblecín de Rabinal, consiguió Brasseur que un nativo anciano le recitara y copiara todo un drama legendario, «*El Rabinal Achi*», que publicó en francés y quiché (París, 1862); y poco antes tradujo también a su idioma, «*Le Livre Sacré et les mythes de l'antiquité américaine, avec les livres héroïques des quichés*» (París 1861). Las tradiciones de los antiguos guatemaltecos ingresaron al campo de las más viejas cosmogonías. No obstante, circulaba la vehemente sospecha de que el padre Ximénez las hubiese adulterado a fin de armonizarlas con el credo católico: había sido así.

Los incrédulos, que tienen por inspiración su ignorancia, debieran cotejar lo dicho con algunos otros documentos. Sería recomendable que leyesen, o, al menos, husmeasen el «*Memorial de Tecpán-Atitlán*», por Francisco Hernández Araná-Xahilá, nieto de uno de los Reyes Cakchiqueles; especie de Garcilaso Inca, pero sin gracia literaria; libro continuado por Francisco Díaz Gebuta-Queh —otro in-



dio, familiar de aquél. El «*Memorial*» abarca hasta 1597. Convendría agregar «*El Libro de Chilam Balam de Chumayel*» y sus pares, de abstruso estilo, pero de sabrosos datos. Y, muy principalmente, porque la verdad se entra por los ojos con más facilidad que por la inteligencia, las preciosas reproducciones de los «*Códices mayas: Dresdensis, Peresianus, Tro-Cortesianus. Reproducidos y desarrollados por J. Antonio Villacorta C. y Carlos A. Villacorta de la Sociedad Geográfica e Histórica de Guatemala (Guatemala. C. A., 1933).*» Con tales elementos y la edición del «*Popol Vuh*» por Adrián Recinos (México, 1947) se desvanecerán las dudas que la jactancia europeizante haya sembrado en cualquier entendimiento poco propenso a admitir bellezas y aciertos en los indios de América.

\*

\* \*

Aunque la invención y el ensueño, lejos de perjudicar, favorecen a una Nación, cuando se combinan armónicamente en sus inicios, más la favorece la exactitud. Los citados códices (Peresianus, Dresdensis y Tro-Cortesianus) constituyen documentos inapelables de bien probanza acerca de la veracidad de muchas versiones circulantes sobre los primitivos quichés. Prescindo, por eso, de obra tan ro-

busta como es la de Sylvanus Morley («*La Civilización Maya*», primera edición, en inglés, 1933; primera edición en castellano, México 1946), y me limito a esos testimonios más directos. Veámoslos rápidamente.

Los Códices son verdaderos libros en hojas de maguey, dobladas en forma de triángulo, conteniendo caracteres criptográficos, parecidos a los cuneiformes de los caldeos, y jeroglíficos semejantes a los egipcios. Hay plausibles intentos de descifración. Los tres Códices que nos ocupan tienen sendas historias.

El Dresdensis, llamado así por estar en Dresde, fué hallado en el Petén. Lo adquirió en 1759, J. Christian Götze, de Viena, quien lo donó a la Biblioteca pública de Dresde. Consta de 59 hojas dobladas; estuvo sometido al examen de Alexander Von Humboldt. Lo comentaron, en 1906, Selma Wesselhoeft y Miss M. A. Parker; después se tradujo al castellano.

En este y los otros Códices se ve que los Mayas supieron calcular el año con una diferencia de un día en cada 2,148 años; mientras que hoy esa diferencia de un día se produce cada 3,385 años. El período lunar lo calculaban con error de un día cada 500 años. Conocieron el cooperante valor del 0 (Cero), nada menos que mil años antes que los indos, quienes lo descubrieron entre los siglos VI y VII. Tales son los comentarios de H. J. Spinder,

en su «*Importancia de la antigua civilización Maya*» (1926).

El códice Peresianis se encuentra en la Biblioteca Nacional de París, de donde viene su nombre; lo publicó León Rosny, en 1888. El Códice Tro-Cortesiano deriva del nombre de don Juan de Tro y Ortelana, de Madrid, quien lo entregó a Brasseur de Bourbourg, en 1869-1870; y de la creencia de que perteneció primitivamente a Hernán Cortés, según la versión de don José Ignacio Miró, de Extremadura, cuya es la edición de Madrid, 1892. Los tres han sido reunidos en la ya citada edición moderna de los Villacorta, 1933.

Estos datos sirven para ratificar el contenido y validez históricos del «*Popol Vuh*» y, en general, de todos los relatos prehistóricos de los Mayas, dueños de una de las civilizaciones más refinadas del mundo.

Si los Incas, con su poderosa estructura administrativa y social fueron los romanos del Viejo Mundo americano, los Mayas fueron los griegos. Si los Incas fueron los dóricos, los Mayas fueron los Corintos, arquitectónicamente hal lando. Si los Incas fueron los clásicos, los Mayas fueron los románticos. Si los Incas fueron sobrios, los Mayas fueron opulentos. Si el estilo de vida y arte incaico resuda clasicismo, el de los Mayas rebalsa barroquismo. Los Incas lucen como conquistadores; los Mayas, contemplativos. Catequistas pudieron

ser los Incas; místicos, los Mayas. Y todas estas evidencias, que definen dos formidables grupos de culturas americanas, se traslucen, como en ninguna parte, en el magnífico texto del «*Popol Vuh*», la Biblia americana.

Para esta breve exposición hemos tomado el texto depurado de Adrián Recinos, «*Popol Vuh*», *Las antiguas historias del Quiché. Traducidas del texto original, con una introducción y notas*» (Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1947). Nos parece la mejor.



El «*Popol Vuh*» recibe también el nombre de «*Libro del Consejo*» y «*Libro común*». Mas valdría traducir escuetamente: «*Escrituras*».

Oigamos, si nó, lo que dice el padre Ximénez:

*«Esto lo escribiremos ya dentro de la ley de Dios, en el Cristianismo; lo sacaremos a luz, porque ya no se ve el Popol Vuh, así llamado, donde se veía claramente la venida del otro lado del mar, la narración de nuestra oscuridad y el conocimiento claro de la vida. Existía el libro original, escrito antiguamente, pero su vida está oculta al investigador y al pensador».*

¿Quién escribió este famoso libro?

Ha quedado descartada la hipótesis del Licenciado J. Antonio Villacorta sobre que fuera Diego Reynoso, indio quiché, el autor del célebre «*Manuscrito de Chichicastenango*», como también se llama al «*Popol Vuh*», por el lugar en que fué hallado. Recinos rechaza la conjetura con sólidas razones. Mas no es éste el asunto principal. Interesan los rasgos característicos de la obra.

Se trata de una recopilación de antiquísimas tradiciones indias, contemporáneas de la época de la caída del Viejo Imperio Maya. Su valor histórico está reconocido por todos los narradores de la primitiva Guatemala, entre ellos por don José Milla, quien en su «*Historia de Centroamérica*» (Tomo I, Guatemala, 1879; reed. Guatemala, 1937) acepta la nómina de los 14 reyes quichés del «*Libro*»; la división del reino en calpules o barrios (entre los Incas, había división en provincias o *suyus*, y barrios o *sayacs*) y su nomenclatura desde el primer rey Balamb Quitzé hasta —ya fuera del alcance del «*Popol Vuh*»— Juan de Rojas y Juan Cortés, últimos monarcas nominales de los mayaquichés.

Abarcaba el reino quiché (que quiere decir «muchos árboles»; en nahuatl, la palabra equivalente es Quauhtemallan ó Guatemala), o sea país montañoso) desde el Mar Pacífico hasta los confines del Petén, tierra de los Itzaes; se aglutinaban ahí los Mames, de Hue-

huetenango; los Zutujiles, de Atitlán; los Po-comames, de Mixco; los Pipiles, del Pacífico, todos los cuales combatieron a los españoles, mientras que los pulidos Cakchiqueles se rendían. Tal vez el secreto de aquel valor residiese en la materia de que fueron hechos los quichés: maíz. Porque tanto Ealam-Quitze, como Balam-Acab, Mahucutalo e Iqui-Ealam (el hombre) fueron creados de médula de maíz. El misterioso cronista lo asevera solemnemente en las primeras palabras del «*Popol Vuh*»:

*«Este es el principio de las antiguas historias de este lugar llamado Quiché. Aquí escribiremos y comenzaremos las antiguas historias, el principio y el origen de todo lo que se hizo en la ciudad de Quiché por las tribus de la nación quiché».*

Emprenden la narración el «Abuelo y la Abuela, cuyos nombres son Ixpiyoc e Ixmucané» (en maya significa «viejos»). He aquí lo que los ancianos refieren:

En el principio Tepeu Gucumatz se hallaba «en el agua rodeado de claridad». «Cuando amaneciera debía aparecer el hombre».

Gucumatz es llamado después Cuculcán, nombre maya del Quetzalcoatl.

El Creador no está, como en el «*Génesis*», en medio del caos y las sombras. Al contrario, vive «en el agua y rodeado de claridad». El

agua es, por tanto, como corresponde a una nación de lujuriente vegetación, elemento primordial. Sin agua no existen ni el Creador, ni la luz; reemplaza al Caos bíblico; y se acompaña de «claridad», porque agua y sol han sido los elementos indispensables para que los árboles y los frutos crezcan y maduren. He aquí un mito, que se respeta a sí mismo; que hace a la realidad, sueño, para extraer de éste, vuelto principio alegórico las verdaderas alegorías que luego se retransforman en realidades.

Aparecen luego la tierra, los árboles, los animales; entonces se aleja Gucumatz. Creadas las cosas, el quiché no estima necesaria la permanencia del Creador. El mundo es soberano: la Providencia no es indispensable.

Ocurren otros acontecimientos elementales. Todas las criaturas deben alabar a su Creador. Los animales no aciertan a nombrarlo: sus rugidos, balidos, ladridos, guturaciones y clamores, no alcanzan a modular el nombre de su Señor. En castigo son condenados a morir y ser devorados. Pudieron igualar al hombre: les faltó la palabra. ¿No hay acaso en esta deificación del verbo algo encantadoramente refinado, tiernamente ejemplarizador? Los Mayas conciben al dios y a los animales en función del hombre, sólo del hombre y sus facultades. El mundo quiché fué hecho para alabar a Dios, por haber creado al hombre.

De ahí que la tarea de crear al hombre sea



la que caracteriza a Dios. Y el Dios se afana en hacerlo perfecto. No acierta al primer intento. Gucumatz es falible. Pero, falible y perspicaz, se corrige a sí mismo. Ama y busca la perfección, Sabe que la puede hallar. Es un Ser Supremo, terriblemente lúcido y analista. Ha puesto, por eso, toda su potencia en la que debe ser su obra maestra, la que justifique su creación, la que ha de perpetuar su nombre por los siglos de los siglos: el hombre.

Lo hace, la primera vez, de lodo, de tierra de lodo, como el bíblico. Apenas se pone en contacto con el agua, la criatura señera se deshace. Es muy blanda y, por tanto, perecedera. ¿No hay una implícita e ingenua crítica a la Creación del «Génesis»? Un hombre de barro, un hombre de polvo (que «in pulvis reverteris») no estaba a la altura de Gucumatz. Lo dejó perderse. Empezó un segundo intento. Esta vez escogió como material, la madera. El cronista indio dice que esta segunda criatura «hablaba como hombre», de lo que inferirán intensos exégetas que el hombre habríase preexistido a sí mismo. Hay una petición de principio en *crear* un hombre que «hable como un hombre», el cual no existe. Dejemos en paz a los ingenuos memorialistas de la Viejí-sima Edad.

La lengua era indispensable —recalquémoslo—, porque la función del hombre tenía que ser cantar a su Creador. De no, seguiría



la suerte de los animales: sacrificio y devoración. ¿No será esta la justificación de la antropofagia, ejercida contra seres que nunca supieron cantar a Dios, . . . según sus matadores? Gucumatz pensó en dar una compañera a su hombre de madera, e hizo a la mujer de junco o espadaña. Ella era flexible. El, demasiado rígido. Los animales, zahoríes, se sublevaron contra el hombre de palo. De paso, comentemos que, según el Libro, los monos son descendientes de los hombres de palo, donosa y previsoramente apostilla a Darwin y su teoría sobre la evolución de las especies. Dios decide destruir al hombre de palo. Así procede el Creador quiché con sus hechuras cuando falla. En su divina piedad perdona a la prole de movimientos automáticos, incapaz de cantar las glorias de Guzumatz, inepta para realizar algún movimiento ágil: rígida, automática, simiesca.

Pero, ocurre entonces algo extraordinario. Vacub-Caquix, especie de Dios chico, se retuerce de dolor. Los dioses también tienen sufrimientos humanos, tanto en la cosmogonía helena como en la maya. Prosaico mal: las muelas. Gucumatz permite que el primer odontólogo o el proto-barkero surja al punto para remediar las torturas de Vacub-Caquix. Le extraen las muelas doloridas y hallan que las tiene agusanadas. Como tampoco los dioses pueden subsistir sin muelas, se procede a la

primera operación prehistórica de prótesis dental. A falta de mejores materiales, sustituyen las piezas podridas por otras de maíz blanco. De paso se narran las peripecias de Zipacná, especie de Noé, adicto al mosto, si lo hubo...

Gucumatz decide en esa coyuntura llevar a cabo su tercer y último ensayo concerniente al hombre, para quien había erigido el aparato del Universo. Guzumatz insiste: necesita quien le celebre. Y como el barro, por blando, y la madera, por dura, son inapropiados, escoge el maíz blanco, de que abundan los campos, y así crea al hombre. ¡Dichoso tercer ensayo, coronado de éxito! Los Hombres de Maíz se multiplican, bajo la aprobadora mirada de Guzumatz. Alaban a su Creador, actúan en su servicio. Ordenan un mundo dedicado a servir a Dios. La Creación ha terminado. Y ahora, si, ahora, cuando en la Biblia nace el día, en el «*Popol Vuh*» puede empezar la noche. Guzumatz no gustaba trabajar entre tinieblas. Su criatura es obra de luminosidad, de clarividencia. ¿No es acaso lo exacto cuando la deidad se corrige, analiza, rectifica y al cabo perfecciona sus proyectos?

Comparada con cualquier otra versión del Génesis, incluidos los mitos helénicos, brahmánicos y hebráicos, el de los mayaquichés presenta a un Dios lúcido y sobrehumano: su gloria no desciende de lo alto; crece de lo bajo, depurando y exaltando las cualidades huma-

nas en un perfectivismo que consigue apoderarse de la cuspita divina. Si a alguien puede ser comparado Gucumatx, es a Prometeo, pero no raptor sino captor del Fuego Sagrado.



Volvamos a las historias.

En el «*Libro de Chilam Balam de Mani*» se refiere al origen del mundo y del reino, como debido a la feliz partida de cuatro Tutul Xiucs, desde la casa y comarca de Nonoual.

El «*Libro de Chilam Balam de Chumay*» refiere que el imperio se dividía en cuatro partes: la de Oriente, la del Norte, la del Este (con la cueva de Zuyoa) y la del Sur (con el Cerro de Careta).

Cabales analogías: las leyendas sobre el origen de los Incas del Perú mencionan la cueva o posada de Pacaritambo o Tampuctocco, como lugar de partida; el cerro de Huanancaure, como punto de arribada de *cuatro* hermanos Azar, como adalides, y habla de *cuatro* (*Tahua*) partes (*suyus*) en que se dividió el Imperio (Ta'uantisuyo) . .

Disto de pensar que existiera estrecha comunicación entre ambas civilizaciones, aunque seguramente la hubo, y hasta se presume que los Zapotecas y Mixtecas, de sangre Nahuatl, pudieron fundar algunos pueblos

en la costa septentrional del Perú (Eten, Paiján, Chocope, Chanchán, Lambayeque, etc.). Me basta con señalar la coincidencia, cuyo epicentro es el carácter simbólico del número cuatro (4 extremos tiene la Cruz, 4 puntos cardinales, 4 lados la superficie, etc.) a lo que se agrega la simbología del tres, de lo que resulta, puesto que tres más cuatro son siete la simbología del 7.

Los mayaquichés, pueblo de astrólogos y matemáticos, tendían naturalmente a expresarse en números y nombres teleológicos o finalistas. Una nación de sabios y hechiceros tiene que ser así.

Los fundadores, según el «*Libro de Chilam Balam de Chumay*» se movilizan hacia la península de Yucatán o Chichén Itzá. La primera dinastía quiché se remonta a más o menos el año de 1054 (de J.C.), paralelamente a la cronología asignada a Manco Capac. La dinastía quiché recuerda lo que Montesinos, prolongando hacia el pasado la estirpe de los emperadores peruanos, recogió en sus discutidas y fabulosas «*Memorias Antiguas Historiales del Perú*».

La historia documental (por ejemplo la de José Milla, quien, no olvidemos, fué eximio novelista) refiere que el reino cakchiquel de Tecpán Quauhtemalan contenía ochenta volcanes, veinte lagos, y hasta treinta ríos.

Quizás su primer poblador fué Votán

(¿Wotán germánico?) a quien se atribuye sangre asiática. Vinieron luego los Nahoas o Toltecas, cuyo caudillo llamóse Quetzalcohuatl (la serpiente con plumas de quetzal), a quien también nombraban Gucumatz o Cuculcán, vencedor de Xijalpa. La peste y el hambre derrota a Gucumatz, y le obligan a retirarse a Copantl (Honduras). Después, sólo después, surgen los poderosos quichés, cuyo primer rey fué, según se ha dicho, Ealam Quitzé.

Hubo otro rey, de nombre Gucumatz, bajo cuyo régimen ocurrió una feroz revolución interna, por lo que trasladó la capital a Utaatlán. Lo que sobreviene es menos interesante: empieza la época histórica: la nauseabunda época histórica con sus innumerables comprobaciones...

\*

\* \* \*

He viajado por Guatemala, escudriñando las hazañas de Gucumatz.

Me lo he encontrado en un libro de Miguel Asturias, «*Leyendas de Guatemala*», lo más orgulloso y pintiparado, parlero y alcañador.

Allá, en aquel escenario ciclópeo, junto al Lago de Atitlán, he ido —en la agorera compañía de Flavio Herrera y del cubano Enrique Serpa, siguiendo los rastros bilingües y ambi-

dextros de las dos culturas rivales. Lo proclaman, sin más ni más, los mixtos hombres de los pintorescos y miserables poblachitos, a casi 3,000 metros de altura: Santiago de Atitlán, Santa Catarina de Polopó, San Antonio de Polopó, Santiago de Sacatequez, San Lucas de Sacatequez, etc.

He visto disecado al Quetzal. He leído, también disecada, la fábula de la «serpiente emplumada» en la obra de D. H. Lawrence. Nada me ha dejado la huella que el primitivo «*I opol Vuh*». Libro formidable; verdad más formidable que el libro: explicación incomparable del origen de los hombres; presentación de un Dios analítico y falible, pero corregido sólo por sí mismo; creación lógica en que la Oscuridad se rodea de luz, para acertar, no de sombras para errar, y, sin embargo, yerra dos veces; estupenda teoría en que el verbo, la facultad de hablar, es lo característico de la superioridad humana; fina galantería para la mujer a quien Gucumatz fabrica de espadaña o junco, cuando el varón fué construído de rígida madera: todo eso y mucho más encierra el más profundo, original y sugestivo libro de la protoliteratura americana; la más lúcida y pintoresca de las cosmogonías de todos los tiempos.

Y bien, ahora, pensándolo y repensándolo, ¿cómo y por qué en tan remota tierra?

La Serpiente emplumada, el fecundo Gu-



cumatz, se lanza a los espacios para redescubrir su propio mundo.

\*

\* \*

Los mayaquichés no sólo pensaron por cuenta propia en el origen del hombre: cuidaron también de entretenerlo y de perpetuar sus hazañas por medio de simbólicas representaciones. El teatro más antiguo de América se remonta a los viejos tiempos de este pueblo fino y alegorista.

Fué el mencionado Abate Brasseur de Bourbourg quien, recorriendo los pueblos guatemalteco, llegó a la aldea de Rabinal, hundida entonces en las concavidades de la leyenda. Le habían hablado de un antiquísimo drama indio, que se representaba año a año, en ciertas festividades, y al cual concurrían los naturales, como ahora a las fiestas del santo patrono, vestidos de extraños y atigarrados trajes. El abate anduvo de aquí para allá, interrogando. Por fin el 28 de Octubre de 1850, logró que el indígena Bartolo Ziz le copiara el texto hasta entonces transmitido oralmente, de generación a generación, del auto-Maya, titulado «*Rabinal Achi*», que quiere decir «el Guerrero de Rabinal», o el Señor de Rabinal. Fué una bella cosecha. El diálogo, cuajado de alegorías, sirve apenas de pretexto para la danza. Los

personajes son multitudinarios. Rabinal Achi y Queché Achi se retan a singular combate en presencia de Atan Hobtoh, rey de Rabinal, y padre del primero. El duelo de palabras tiene acentos extraños. Usa una pompa incomparable. Emplea secretas alusiones. Presencian el coloquio los guerreros Tigres y los guerreros Aguila, dispuestos a intervenir en la contienda. Finalmente, Queché Achi es sacrificado por ambos grupos, en una ceremonia ritual, llena del más emocionante simbolismo.

Brasseur de Bourbourg publicó la obra en texto francés y quiché en París, el año de 1862, La acompañó de una gramática quiché.

El teatro maya, a través de éste y otros dramas, revela la tendencia metafísica e imaginista de ese pueblo, patente hasta ahora en su novela y su poesía. Dos de sus mejores escritores contemporáneos han pagado tributo a aquella innata tendencia: Miguel Angel Asturias, que tradujo el «*Popol Vuh*», y Luis Cardoza Aragón, que ha vertido el «*Rabinal Achi*». Asturias escribe en una como prolongación del cabalístico lenguaje de los mayas. Cardoza rinde pleitesía a esa manera, sin conaturalizarse con ella.

Todo lo cual nos vuelve al principio: en el origen, primero fué la claridad, y, después de la claridad, el verbo o lenguaje (no ese dialéctico Verbo-acción del *Fausto* goethiano); y el hombre vino porque se requería usar el verbo; y



era preciso usar el verbo poroue es la mejor manera de alabar a Dios. De donde Dios, insigne Narciso, nos hizo de médula de maíz, después de equivocarse con el barro y la madera, para que loemos su limitada infinitud, su falible infalibilidad, su dialéctica perfección.

¿No nos hallamos, acaso, al borde de una nueva tautología, de un Caos iluminado por metafísicos fulgores?



## II

### BERNAL DIAZ, EL CRONISTA

Cuando el feroz Pedro de Alvarado llegó a Guatemala, los pobladores de la zona de los empinados volcanes y el alto lago de Atitlán, habían roto hostilidades contra los contemplativos y poderosos cakchiqueles. Es curioso que en cada parte adonde arribaran los Conquistadores itéricos, encontraran a los naturales enredados por fratricidas contiendas. Igual ocurrió con los Chichas, divididos por la disputa entre el Zipa y el Zaque; con los Incas, separados por la bastarda ambición de Atahualpa contra su hermano Huáscar; con los Aztecas, abocados a resistir y vencer a los Tlascaltecas; en Guatemala (arboleda frondosa en nahuatl), sacudida por los odios entre quichés y cakchiqueles. Oportunas rencillas domésticas: buen augurio para el Conquistador; pésimo para el conquistado.

Los Cakchiqueles, enfurecidos contra los señores de Atitlán, se lanzaron a sojuzgarlos. En esos precisos momentos irrumpe Alvarado: toda fuego su tez rojiza; todos fuego, sus cabellos dorados; todo fuego su implacable arrojo. Naturalmente, utilizó las pasiones lugareñas, como Cortés, como Pizarro, como Quesada como Valdivia. Con la ayuda de los Señores de Xalahuh, avanzó sobre la sagrada Utatlán, capital de los quichés, donde reinaba Oxib-Queh. Alvarado, después de acabar con los indígenas, entró en Utatlán. Como aun quedaban viejos, mujeres y niños, inició tremenda cacería humana, a la que dieron remate gigantescas piras alimentadas por indios vivos. Tanto crueldad irritó a los propios españoles: así aparece al menos del proceso que siguieron contra don Pedro, en España, el año de 1529.

Uno de los soldados de Alvarado se llamaba Bernal Díaz del Castillo. Era un hombre sobrio, duro, nada cruel. Peleaba sin tregua, pero observaba hasta peleando. Su memoria era un horno ardiente, en donde se cocía amarga levadura de desencanto mezclada a risueñas ilusiones de opulencia. Se doró, por fin, al pálido rescoldo de la vejez. La avivaron el olvido y la protesta. De todo ello se vengaría Bernal ganando en celebridad lo que no pudo en dineros.

Ya era Guatemala apetecible comarca. Hasta contaba con algunos poetas. No se co-

nocen sus versos, cierto, pero, quizás, tal omisión sea el mejor ingrediente de su fama. Los nombres de los rimadores han llegado hasta nosotros: eso vale tanto o más que saber lo que escribieron.

\*

\* \*

Uno de los más antiguos poetas de Guatemala fué un tal Pedro de Liévana, cuya obra es un misterio. Vivió al terminar el siglo XVI. Cervantes rescató su nombre, igual que los de Juan de Mestanza y Baltazar de Orena, en el Canto VI de «*La Galatea*» (1585), que es el lugar en que el Manco se muestra menos exigente como crítico y menos púdico para las alabanzas. En aquel tiempo soñaba con venirse al Nuevo Mundo, de que le desengañó Felipe II. Para aumentar el círculo de sus amigos, Cervantes convirtió en «poeta» a todo versista que rozara un tema de las Indias Occidentales. Así nos ha llenado de trabajo a los investigadores, y alentó a los eruditos a invadir un coto que, por estético y fino, escapa a sus dogmáticos linderos.

Bernal Díaz del Castillo leyó, acaso, las dudosas composiciones que el generoso Olvido hurtó a nuestro conocimiento. En todo caso, nada le quedó de tal lectura. Tenía el oído sordo, salvo para el fragor de las armas. Después,

se le atriría para la indignación. Se hizo escritor como único medio de expresar sus sentimientos heridos. Fué veraz e iracundo. Así suelen ser los panfletarios: la historia de Fernal Díaz del Castillo contiene rasgos y acentos de asordinado Apocalipsis. Veamos cómo y por qué.

\*

\* \*

Según Mayora, que ha investigado a fondo el asunto, Fernal Díaz del Castillo nació «a fines del siglo XV» en Medina del Campo. (Véase el prólogo a la edición de la obra de Fernal, hecha por la Biblioteca Goathemala, 2 tomos, Noviembre de 1933 y Enero de 1934, Guatemala). Atendiendo a informes publicados por Menéndez y Pelayo y otros, yo di por posibles las fechas de 1492 y 1568 para su natalicio y deceso, respectivamente. Pero, se han encontrado documentos de Fernal, posteriores a 1581, y se sabe con certeza que escribió su libro hacia 1568, a los 70 años de su edad. Acepto, pues, las fechas que recoge Pedro Henríquez Ureña, o sean 1496 y 1584, aproximadamente, para fijar el nacimiento y muerte del cronista. (Ver: P. H. U. «*Las corrientes literarias en la América Hispánica*», México, 1949).

No perteneció Fernal a casa de alto linaje; tampoco disfrutó de holgura económica.

Ni Francisco Díaz del Castillo, ni María Diez Rejón, sus padres, gozaron de bienes de fortuna. Había que construirse el porvenir. El mozo Bernal, como tantos otros, se hizo a la mar, siendo un adolescente, sediento de tesoros y aventuras. Así le vemos, en 1514, alistado ya a órdenes de Pedrarias Dávila, el más rico, ambicioso, intrigante, organizador y afortunado de los adalides que vinieron a las Indias.

Bernal era pariente lejano de Diego Velázquez, el tornadizo conquistador de Cuba y enemigo de Hernán Cortés. Valido de su relación familiar, y como no hacía sombra a nadie, obtuvo permiso para pasar a Yucatán, en 1517, por lo que figura entre los descubridores de esa península tropical y misteriosa. Capitaneaba la expedición Francisco Fernández de Córdoba, allegado muy próximo nada menos que del Gran Capitán. Cuando, al año siguiente, Grijalba y el feroz Alvarado arman la expedición a Veracruz, el jovenzuelo Bernal se alista y parte con ellos hacia lo desconocido. Con tales experiencias y, acaso, algunos ahorrillos se vuelve a la Isla de Cuba a gastar poco y plañear más.

Hernán Cortés se hallaba organizando su ejército para invadir las fabulosas tierras en que, según la fama, había un Lago maravilloso, rodeado de montañas de oro y piedras preciosas. Bernal se inscribió entre los aventureros y, en 1520, desembarcó en la costa mexicana

y se dirigió insomne y con el arma en ristre hacia el interior del país. Todo lo vió: lo grande y lo pequeño, la gloria y la derrota, tesoros y epidemias, heroísmos y miserias. Todo lo vió. Se batió denodadamente durante la retirada de México; supo cómo asesinaron al emperador Moctezuhoma; escuchó los fatídicos relatos de la bella Malitzin, en «la Noche Triste», y se protegió bajo el inmenso árbol que hasta ahora verdea recordando la terrible jornada. Alanceó y arcabuceó aztecas en Otumba. Se le endurecieron los músculos y el alma a través de tanta guerra. Veló en los vivaques. Saboreó heridas y muertes.

Fué en 1523, después de tres años de campaña, cuando, cumpliendo una comisión de Cortés, se dirigió al territorio de las Chiapas, acompañando al Capitán Lorenzo Marín. Tierra inhóspita, pero deslumbrante. Naturaleza feérica. Vida bullente y muerte escondida. Ahí se podría sufrir y gozar, aunque el trópico deshiciera la energía. Al año siguiente, Bernal recorre sus tierras de Coatzacoalcos. ¡Parva ganancia! ¡Para éso jugarse cuerpo y alma, a cara o cruz! Hernán Cortés le llama a su vera. Bernal admira al conquistador. Respeta su decisión, su inquebrantable energía. Cortés ha sabido que Cristóbal de Olid, a quien él protegiera, se ha sublevado contra su autoridad, en cierta comarca meridional a la que llamarán, más tarde, Honduras. No tienen mapas



circunstanciados del terreno. Lo único que se sabe es que el lugar existe y que su acceso es difícil. ¿Algún programa habría sido mejor para un soldado de la época? Cortés y Bernal se lanzan a caballo, a pie, a mula, hacia lo ignoto. Después de la cordillera y sus mortíferas abras, se encrespa el bosque espeso, impenetrable y traicionero. ¡Adelante! Ya Bernal tiene su primera esperanza a través del viaje con el capitán Marín. Esto, sin embargo, es mil veces peor. Atraviesan 500 leguas, ni una más, quizás algunas menos, de ciénagas; quinientas leguas de pantanos y lodazales de acechanzas y peligros, y al cabo arriban... a Honduras, cuando ya Olid ha declinado su rebeldía ante el tribunal de la inesperada muerte con que su destino le arrebató a la implacable justicia de Hernán Cortés.

Bernal ha sentido el regusto del misterio. Continúa su peregrinaje. Recorre lo que hoy son las Repúblicas de Guatemala y El Salvador. Piensa hallar, en algún recodo, la buscada fortuna. El cansancio le gana. Le ciegan la deslumbrante belleza de los bosques; la majestad de las cumbres; los lagos de maravilla; las fuentes y cataratas cantarinas. No basta. De eso quizás se goce, pero no se vive ni se prospera, al menos, materialmente. Otra vez regresa Bernal a México (1527), definitivamente empobrecido, pero resuelto a labrarse un porvenir. Y como ha entrevistado incomparable so-

siego en Guatemala, y hay una ciudad quieta, amplia, protegida y señorial, junto a un volcán de agua y tras el enredo de unos valles, Santiago de Guatemala, Bernal, abandonando toda esperanza de México, tira las riendas de su bridón, y —pian, pian, pian— regresa a la tierra del Quetzal y de don Pedro de Alvarado.

Es una hermosa ciudad aquella. Alvarado se había propuesto convertirla en verdadero emporio, que rivalizara con cualquier otra de las Indias.

Bernal se establece en una casona amplia, con jardín, arquería, modesta atalaya y su fuente de piedra, de cuya gárgola brota un hilo de agua que canta sin cesar al día y a la noche, al amanecer y al ocaso, a la visita y al silencio. Toda la ciudad está repleta de cántaras de agua. La plaza, al centro, frente al Palacio del Capitán general, bosteza bajo su toldo de árboles. Las fuentes rompen el silencio para adensarlo y ahondarlo, poblando de rumores la monotonía. Bernal, ya como de cuarenta años, se pasea bajo los portales de la Plaza, visita a los frailes de San Francisco, escucha el esquilón de Santa Clara.

Cierta mañana, a la salida de misa, sorprende una mirada de mujer calándole la humilde vestidura y el alma empenachada. Es Teresa Recerra, hija de Bartolomé Recerra, fundador y Regidor de la ciudad de Guatemala. Con ella se casa Bernal hacia 1556 ó 36,

ésto es a los 40 cabales. A todo se llega por estos inesperados senderos del Señor...

Bernal es ahora vecino respetable. Tiene un cómodo pasar. Sabe contar historias. Ha conquistado México. Puede esperar mercedes: no se las conceden. España está muy lejos; el Rey, muy arriba. ¡Ah! ¡Si pudiera hacerse oír! Es la misma ilusión que tendrá, llegada su hora, el Inca Garcilaso de la Vega, príncipe de cronistas, quien, en esos precisos días, nace en Cusco (1539). Bernal, hombre de hogar, comprende que si no se apresura a tomar la vida por asalto, caerán sobre él los años como nieve sobre fértil campo, asolándolo. Decide viajar a Madrid. Allá se va, con sus esperanzas, el año de 1540.

El Rey atiende la solicitud de su valeroso servidor. Le otorga dos Reales Cédulas, con que Bernal colma sus aspiraciones. Veamos en qué consisten, pues los Monarcas españoles habían aprendido una imprevista Gramática para deshacerse de pedigüños, dejándolos satisfechos sin concederles nada. Una de las Reales Cédulas, que Bernal lleva cosida a su jubón, ordena a Pedro de Alvarado que indemnice a Bernal por las tierras de Chiapas y Tabasco que le fueran arrebatadas. La otra Real Cédula va dirigida al Virrey Mendoza, de Nueva España, indicándole que entregue un Corregimiento a Bernal.

Don Pedro era el diablo en persona. Su

crueldad e impudicia la usó lo mismo contra los cakchiqueles que contra los españoles, contra los Incas que contra los africanos. Carecía de escrúpulos y de piedad. Se burló de Bernal —digo, si alcanzó a hacerlo, porque en esos días le cobró todo el destino, haciéndole perecer en una batalla y arrasando la ciudad de sus empeños bajo del diluvio desatado por la erupción de volcán de agua.

Bernal regresó lleno de amargura a Guatemala. Su alma estaba ya madura para sentir la justicia y hasta sospechar la belleza.

\*

\* \*

El Gobernador Licenciado Alonso de Maldonado, interpretando los deseos de Su Majestad, entregó a Bernal la encomienda de los Pueblos de Zacatepec, Guanagazapa y Mixtán «de exiguas rentas». Mucho honor y ninguna ganancia. Para éso no perdió media vida entre flechazos y ciénagas. Bernal Díaz no es hombre que se resigne, mucho menos cuando ya empieza a hervirle la sangre frente a tanta tramitación. En 1560 desembarca de nuevo en España, y acude a las Juntas de Valladolid, para reclamar justicia al Rey.

El Monarca oye y resuelve, como siempre, salomónicamente: recomienda a su fiel Bernal Díaz ante el nuevo Gobernador de Guatema-

la, quien, comprendiendo el fondo de la intención real, desoye la recomendación. Bernal debe contentarse con el título de «Fiel Executor y Regidor del Cabildo de Guatemala». Largo membrete; escueto su contenido. Y como ya anda rebelde su ánimo, y ha caído en sus manos el libro de Gómara, publicado en 1552, decide escribir el suyo, contradiciendo al elegante cronista oficial, y haciendo justicia a los soldados, sus hermanos. Concluye su empresa escrita hacia 1568.

Parece que murió después de 1581.

Como era usual entre los españoles de entonces, Bernal Díaz, deja dos linajes: uno legítimo y otro ilegítimo.

De su matrimonio con la Becerra, hubo varios vástagos, uno de ellos Francisco Antonio Fuentes y Guzmán, quien le dió también en escritor, y publicó un medianísimo libro intitulado «*Recordación Florida*». Pedro, otro de los hijos de Bernal, fué ascendiente de dos eminentes figuras literarias guatemaltecas del siglo XIX: el poeta Batres Montúfar y el erudito Batres Jáuregui.

De una india —o de varias— tuvo otros hijos— su familia mestiza. Uno de estos bastardos, llamado Diego, alcanzó figuración.

\*

\* \*

Los cronistas oficiales de Indias fueron a menudo solemnes embusteros que escribían de mandado y sin haber visto. Uno de ellos, Francisco López de Gómara, autor de la «*Historia General*» (1555) sobre el descubrimiento y conquistas de las Indias, publicó, en 1552, su «*Crónica de la Conquista de la Nueva España*», admirablemente escrita, encendido panegírico de Hernán Cortés y sus oficiales.

Bernal Díaz atravesaba un momento amargo. Veía cómo trataban los Señores a sus soldados. El había experimentado en carne propia la campaña, como hombre de filas. Quiso reivindicar el derecho de los humildes, y aunque no disponía de galas de escritor, resolvió abrumar con su verdad los adornos del clérigo y cronista. Así escribió su libro concluido en 1568, la cual permaneció inédita hasta 1632, en que el R. P. Fray Alonso Remón sacóla a luz, pero adulterándola lo necesario para no perder su prestigio de editor seiscentista. La obra de Bernal Díaz, debidamente restaurada, se titula: «*Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala*»; su original se conserva en el Ayuntamiento de Guatemala, y aunque hay ediciones muy bellas, recomiendo como la más fiel la que, con prólogo de Eduardo Mayora, se publicó en la propia Guatemala en 1933 - 1934, según queda arriba indicado.

Bernal Díaz ingresa mediante su libro a



la jerarquía de los grandes cronistas de América. Sin las galas de Garcilaso, se le aparea por su sinceridad, ardor, colorido y sentido humano.

Hablemos con un poco de calma sobre todo ésto.

\*

\* \* \*

Hernán Cortés, como la mayoría de los adalides itéricos, fué un héroe bastante fanfarrón. Pensaba que Dios le había señalado por hijo. Sus victorias eran fruto de sólo su esfuerzo. Despreciaba a los indios y a los propios españoles. Igual que Pizarro, después de ganar las primeras tierras, pretendió ilimitado favor del Monarca. Como éste le concediera su protección, extendió el luengo brazo más de la cuenta, creyéndolo suficiente sombra para una meznada: la suya. Claro; las mejores tierras se las apropió. Los acompañantes saborearon ceniza, antes que miel. Uno de los cenicientos fué Bernal Díaz, y no tenía chica la ambición ni demasiado vasta la paciencia, de suerte que volvióse rebelde, a su manera. En el fondo, Bernal era un hombre pacienzudo. Es el adjetivo que le conviene. Otro habríase rebelado. Así lo hicieron Olid, Velázquez, Alvarado, Gonzalo Pizarro, Almagro. Pero, Bernal tenía menos imaginación y alguna mayor timidez. Por lo demás, no estaba su

ambición puesta tan arriba que requiriese el cielo por único dosel. Podía contentarse con nubes, con altas nubes de serranía centroamericana. Se arropó de cirrus y se rodeó de cumbres. Entonces empezó a dar rienda suelta a su insatisfacción.

Todos sus compañeros prosperaban. El nó. A él le engañaba Alvarado, quien entendió la sutil burla de las Reales Cédulas. Todo lo habría sufrido Bernal, sino sale el doctoral Gómara a la palestra. ¡Qué retorcido de genio y estilo mostrábase el muy jesuita! ¡Cómo desliza elogios a Cortés, tratando de bañarse en las mismas aguas de rosa! Bernal volvía el rostro del libro a la calle, a través del amplio ventanal, por donde se divisaba las cumbres empinadas y las cantarinas fuentes de piedra. La plaza poblábase al mediodía de soldados vencidos, barbudos, charlatanes, deshechos de toda esperanza. ¡Y eran los fautores de la Conquista! Bernal podía nombrar a cada uno, dándole como apellido el de la batalla en que mayores proezas le viera realizar. Y ahí estaban más empolvados que los cofres donde guardaban los inútiles vestidos de corte...

La noche que Bernal terminó de leer la *Crónica* de Gómara, se juró a sí mismo convertir en cera y pabilo al cleriquillo adulator. No poseía, cierto, su cultura ni su estilo; mas la verdad combaba su pecho y revestía de majestad sus palabras. Así fué como, nuevo Quijote,



se empeñó en contar la «*Verdadera historia*», implícito modo de llamar «falsa» a la de Gómara.

Por cierto, el relato de Bernal se refiere principalmente a México, Yucatán, Honduras y algo a Guatemala. No nos importa aquí tanto su contenido histórico, con ser mucho, sino la intención y el modo cómo fué compuesto.

La Antigua Guatemala era una ciudad incomparable. Superaba a la primera capital, llamada Santiago de los Caballeros. Aquella fuera destruída, en septiembre de 1541, por la erupción del cercano volcán de agua, y en cuya hecatombe pereció nada menos que doña Beatriz de la Cueva, esposa de don Pedro de Alvarado, a quien confió este el Gobierno de la Colonia, breve gobierno, pues ocurrió la trágica muerte de don Pedro, en Guadalajara. Santiago de los Caballeros fué donde Bernal tejó su romance amoroso con la Becerra. Allí también conoció y trató a la novelesca doña Leonor de Alvarado Jicotencal, hija bastarda del «Hijo del Sol», como apodaban al Capitán General, y de una princesa quiché. ¡En todas partes fué insignia de nobleza conquistadora, haber compartido el lecho con alguna doncella —o no— de sangre real!

A pocas leguas de Santiago de los Caballeros, habíase levantado la nueva Ciudad, la hoy conocida por «Antigua». Otro cataclismo la destruiría. Mas, hacia 1568, cuando Ber-

nal se afanaba con la péñola, más dura de manejar que la tizona, la nueva capital erguía ya ciclópeos muros, tendía sus verdes plazas, erguía sus incomparables fuentes, cuya melodía por la a como de extraños trinos los aires de la villa. Acudían los frailes a levantar sus templos y conventos. Las costumbres se iban asentando. Era una curiosa combinación de hispanismo y autoctonia. Los españoles olvidaban muchos de sus típicos usos. Solían llamar macehual a un pleyelo; nahual, al compañero más cercano; se hartaban de tlascates o tortillas; se nutrían con frijoles, maíz, calabaza, yuca, camote; apuraban enormes jícares de chocolate; se atrevían a fumar tabaco.

Alarifes indígenas bullían mezclando claras de huevo a la argamasa que formaría los paredones de iglesias y mansiones. Se afilaba la torre de Santa Clara. Se levantaban las bóvedas de la Catedral. Y ahí, en la plaza, alzaba su gallarda y vigorosa arcuación el Palacio de los Capitanes Generales, recostado sobre el cerro, cuya sombra cubría gran extensión.

Eternal era ya hombre de paz. Años, guerras y desencantos le habían ennoblecido de bondad. Gustaba de sentarse en las bancas de piedra de la plaza, a tomar el sol. Solía visitar las obras nuevas. Recorrer los vecinos jardines. Mojarse las manos en las albercas. Escuchar, trino inefable, el cántico milagroso de los surtidores... Esas fuentes, esas fuentes de Guatema-

la, que algún andaluz y poeta comparaba con las de su tierra, con las moriscas fuentes de Granada... ¡Qué noches aquellas! Bernal no sabía que un poeta acechante se apostaba en su corazón cuando caía la tarde! Erguido el torso, firme el paso, arrugado él rostro curtido por setenta inviernos, solía entonces asomarse al huerto de su casa, para bañarse de luna. En medio de la noche cómo cantaban las fuentes, los pétreos surtidores de la Antigua...

En medio de semejante paz, empuñó la pluma y se lanzó contra el admirabado frailuco peninsular, para quien sólo existían Cortés y sus tenientes. Les hubiera visto en Otumba, en Tlaxcala, en Texcoco, cuando la Noche Triste, y dijera si los soldados, los Bernal de la epopeya, no habían sido la sal de la hazaña... Y como Bernal quería reivindicar a sus nahuales, digo, perdón, a sus compañeros, emprendió aquella obra de donde viene su fama, por veraz, que no por elegante...

Sin embargo, hay en el estilo de Bernal un no sé qué mayestático. Podría comparársele a ratos con el desgato de Juan de Betanzos, el autor de «*Suma y Narración de los Incas*», escrito en el Perú hacia 1550. Mas, Bernal, sobrepuja a Betanzos porque no permite que la jerigonza indokispana tome el lugar del idioma español. Será hasta su modo, pero purísimo. Y aunque hasta, rebosa tanta exactitud, tanta vida, que no se puede el lector liberar del

sortilegio de quien dice las cosas con alma; de quien escribe «con sangre» (con perdón de la cronología, ya que por mucho esfuerzo dialéctico que realice, jamás lograría sincronizar a Bernal Díaz con Federico Nietzsche).

Los críticos consideran a Bernal en función de su veracidad y de su sencillez. Yo lo miro desde el punto de vista de su adecuación con el paisaje: el de la naturaleza y el de su propia edad. Era un hombre de paz. Su indignación, por eso, sacude más que la de un guerrero en quien los apóstrofes constituyen manera natural de expresarse. Bernal pinta la conquista, y sus propias reacciones a la manera aldeana. Al resolverse a tomar la péñola, daba un inesperado remate a la época de la conquista. Si hasta Bernal, el soldado; Bernal, el decepcionado; Bernal, el duro; si hasta Bernal sustituía la tizona por la péñola, ¡quién no comprendería que había llegado la hora del plumífero y muerto la del estoqueador! Eso es lo que, sin quererlo, proclama Bernal con el sólo hecho de escribir su relación!

¡Cómo lo comentarían los vecinos! Pensemos que, dadas las dificultades oficiales para imprimir libros, el manuscrito de Bernal (y sus endiabladas grafías), hubo de esperar hasta un siglo después a que lo exhumase el fraile Remón, quien no fué muy respetuoso que digamos del texto bernaliano. «El capitán anda escribiendo historias», diría uno. «Le está po-

niendo las peras a cuatro al Gomarilla ese», contestaría la dueña. «Anda con el seso sorbido», apuntaría la Becerra. «Papá ¿para que escribes tanto?», preguntaría Francisco, el hijo fizgoncillo. El cura solía meter sus narices en el manuscrito, no de muy buen talante. El Capitán General, atento a los sucesos externos, no dejaba de sobarse la barba mientras bisbiseaba: «Nada bueno sale de tanto velar». Y es que Bernal Díaz velaba hasta muy tarde, perdiendo el frescor de la matinata, aunque, claro, como ya vejeaba, dormía menos que de joven, y podía hurtar horas a las sábanas, otorgándoselas al pupitre y el jardín.

Al cabo concluyó su última folio, un manuscrito enrevesado como carta de bucanero. Bernal pudo morirse diez años después y resucitar al cabo de medio siglo sin que el original saliese de su estado de larva, y sin que el prestigio de Gómara y Cortés recibieran el fiero mordisco de los humores bernalianos.

\*

\* \*

Se murió el capitán Bernal Díaz del Castillo, en Antigua, allá por 1584 o poco antes. Le sobraba edad.

Creció Guatemala. En 1660 llegó la primera imprenta, veinticuatro años después que empezara a funcionar la primera en las Middle

Colonias de la América sajona: fué iniciador de tamaña novedad el Obispo Fray Payo Enríquez de Rivera. En 1676, tras de vencer la inquina de los jesuítas, que no arriaban la bandera de su Colegio, se instaló también la primera Universidad Real y Pontificia de San Carlos Eorromeo, teniendo como sede una enorme casa de la Antigua, en cuyo primer patio, desde luego, entonaba permanentes vísperas y maitines el surtidor de una hermosa fuente de piedra, magníficamente decorada.

Sor Juana de Maldonado escribió, a principios del siglo XVII, su poema «*El Ángel de Forasteros*»; más cien redondillas, elegias y canciones. Pero nadie quería acordarse de Bernal, del terco capitán Bernal, porque su texto amaba demasiado la verdad, destacaba fábulas laudatorias, alzaba a la cumbre del heroísmo a Juan de la Calle. Y entonces, tampoco entonces, tenía derecho a voz Juan de la Calle...

### III

## LANDIVAR, O LA NOSTALGIA

Los Jesuítas fueron, doquiera, gentes de mucho saber y más ambicionar. Ninguna milicia como la suya. Formaban un cuerpo compacto, persuasivo e influyente. La ciencia les era familiar la política, tanto como la ciencia. Pocas veces lucieron ternura; disciplina y actividad, siempre. Se me hace que los han calumniado mucho, y, sin embargo, pese a sus mil cualidades, queda harta tela que cortar en materia de atribuirles defectos sociales. En Guatemala, como en Perú, lucharon por imponer su criterio. El «Ad majorem Dei gloria» de su divisa, debió ser, en verdad, «Ad majorem Societatis Jesu gloria». Confundieron de tal suerte a Dios con su Compañía, que se hizo imposible separarlos, según ellos pretendían. Harto se afanaron por la instrucción pública, a condición de dirigir la obra. Por eso pusieron obstáculos para que Fray Tomás de San Martín, un dominico, instalara la Universidad de



San Marcos, en Lima, desde 1549; y los pusieron peores cuando se trató de establecer la de San Carlos Borromeo en la Antigua Guatemala. Como de costumbre, los dominicos manejan las riendas de Inquisición y Universidad. Al cabo de un siglo —la fundación de San Carlos se remonta a 1676— ya los jesuitas andaban metidos en la Universidad guatemalteca, y hasta imponiendo allí sus procedimientos.

Un día, entrada la segunda mitad del siglo XVIII, Carlos Tercero, el gran Cursi Coronado, amaneció ganoso de parecer ultraliteral y, al par, sacudirse de ciertas exageradas pretensiones de los jesuitas. Dictó la Pragmática Sanción de 1767. Con ella, la Compañía fué excluída del territorio peninsular y colonial. Ningún jesuita se llamó a retractación o clemencia. Conviene reconocerlo, porque es honrosamente cierto. Los novicios criollos siguieron los pasos de sus maestros. Fué un éxodo provechoso y lamentable.

Entre los jesuitas expulsos hubo mucha gente de pro. El peruano Juan Pablo Vizcardo y Guzmán sería uno de los revolvedores de las ideas políticas europeas sobre América. El chileno Molina plantearía inéditos modos de considerar las ciencias naturales. El guatemalteco Rafael Landívar y Caballero empapó de ternura sus cantos, sus lamentos y sus huellas. Tal vez fué el Poeta de la Emigración Jesuítica. Al menos, ninguno le superó en tal campo.

Había nacido en Guatemala el 27 de Octubre de 1731. Desterrado en 1767, ya maduro, vivió en olor de nostalgia hasta que la muerte, apiadada de su melancolía, se lo llevó en 1793. Nos ha llegado su renombre a través de un sólo libro, pero ¡qué libro!: «*Rusticatio Mexicana*» (publicado por primera vez en Módena, 1781, y, por segunda, en Bolonia, 1782) retrata a su patria con vivísimos colores y una tristeza contagiosa. No lo quiso escribir en castellano, tal vez como protesta contra el Rey que tan duramente le tratara. Prefirió la lengua universal de sabios y devotos: el clásico latín. Era el idioma para tratar a Dios, a Monarcas y Embajadores. *Missi dominici* de la tierra guatemalteca, Landívar se yergue en medio de la emigración loyolense como el poeta, el Jeremías por antonomasia. Junto a él conviene imaginar un ciprés. En las manos del jesuita, un arpa. En sus labios, un treno: *Super flumina Babiloniis*... ¡Ay!...

\*

\* \*

Don Marcelino Menéndez y Pelayo le alaba del siguiente modo: «fué uno de los más excelentes poetas que en la latinidad moderna puedan encontrarse» (*Antología de los poetas hispano americanos*», tomo I, pág. CLIX, Madrid, 1893). Claro que el juicio de don Marce-

lino vale como pocos, pero tocante a achaques clásicos puede acusársele de parcial. Tenía un gusto poco evolucionado acerca de modernidades. Busquemos otro testimonio.

Porque este don Marcelino que, tan suelto de lengua y huesos, califica a la «*Rusticatio Mexicana*» de superior a la «*Grandeza Mexicana*» de Bernardo de Balbuena, y a la oda «*A la agricultura de la zona Tórrida*» de Bello, olvida, por lo pronto, la sabrosa canción de Labardén «*Al Paraná*» (donde aparecen tan magníficos cuadros), y deja de lado los insuperables párrafos acerca del paisaje peruano, originales del Inca Garcilaso.

Pedro Henríquez Ureña titula a Landívar «el primer paisajista» («*Las Corrientes literarias en América Hispana*», México, 1949, pág. 88).

Añade, don Pedro: «Los paisajes de México, después de Landívar y antes de Heredia, aparecieron en la obra de muchos poetas». Y agrega: «El éxito de Landívar se debe al asunto que escogió para su poema en 15 cantos. . . «*La Rusticatio Mexicana*» es un rico panorama de la naturaleza y la vida del campo en México y Guatemala. Landívar es, entre los poetas de la Colonia española, el primer maestro del paisaje, el primero que rompe decididamente con las convenciones del Renacimiento y descubre los rasgos característicos de la Naturaleza del Nuevo Mundo».

La obra de Landívar tiene varias ediciones en castellano, cada cual con título diverso. Su primer trasladador parece haber sido don Arcadio Pagaza (1839-1918), natural de México. El gran José María de Heredia, vertió a verso español algunos pasajes. Fué el P. D. Federico Escobedo quien publicó la primera traducción completa que conozco, bajo el rótulo de «*Geórgicas Mexicanas*». Don Ignacio Loureda cometió el dislate de imprimir una versión bajo el título «*Rusticación Mexicana*». Octaviano Valdez dió a conocer la suya bajo el rótulo de «*Por los campos de México*» (Imp. Universitaria, 1942). Ninguno logró copiar la sutilísima gracia e infinita tristeza de los hexámetros originales.

\*

\* \*

Hay que volver al autor, para que no se nos olvide.

Dije que Landívar había nacido en 1731 y era guatemalteco.

Varón estudioso, alcanzó el título de Maestro de Artes en la Universidad de San Carlos Borromeo. Por los amplios claustros de la casona de la Antigua paseó sus vigiliass de lector, preparando los «puntos» de sus exámenes y las tesis de su graduación.

Cursó el noviciado jesuíta en Tepotzo-

tlán, el maravilloso convento situado en las cercanías de Ciudad de México (1750).

Fué profesor de Retórica y Filosofía. Más tarde, le elevaron al cargo de P. Prefecto de la Congregación de la Annunciata, siempre en Nueva España. Alcanzó el Rectorado del Seminario de San Borja, todo lo cual evidencia sus altas calidades de maestro y organizador.

La expulsión de los jesuítas le cogió en México. Partió al destierro con sus hermanos de Orden. El año anterior había publicado una famosa Oración Fúnebre en homenaje al primer Obispo de Popayán y Arzobispo de Guatemala, Ilmo. Monseñor Francisco Figueredo y Victoria S. J., titulada: «*Funebris Declamatio pro justis et Societatis Jesu exolverdi in funere Illmi Don Francisci Figueredo et Victoria. Popayanensi Primun Episcopi deinde Guatemalensis Archipraesulis*».

Landívar vivió su destierro principalmente en Eolonia; pero, recorrió muchas ciudades de Italia.

Ya se ha dicho que la primera edición de la «*Rusticatio mexicana*» apareció en Módena, 1781, y que la compuso en hexámetros latinos.

Landívar murió en Eolonia, el año de 1793, a los 62 de su edad y 26 de su destierro.

\*

\* \*

Que la nostalgia mueve montañas, es un hecho reconocido por todas las literaturas del mundo: montañas pueden ser la Retórica y la Lógica, ambas enfriadoras de sentimientos. Melancolía y añoranza empujan y guían la obra de Dante; melancolía y añoranza, los tersos párrafos del Inca Garcilaso; melancolía y nostalgia se crispan en toda la obra de Domingo Faustino Sarmiento y —cita profana y anacrónica— da sabor a las novelas y cuentos de James Joyce. Landívar experimentó al tenaz azoro de la ausencia involuntaria. De la forzada lejanía. Su canto aparece decorado por la insólita belleza que comunica a las cosas, lo imposible. Oigámosle celebrar a su ciudad nativa, Guatemala:

«Salve, patria querida, dulce Guatemala,  
« salve: delicia, surtidora de vida, manantial  
« de la mía. Cuánto alienta, madre, repasar la  
« riqueza de tu hermosura: moderado clima,  
« fuentes, vías, templos y hogares. Ya parece-  
« me vislumbrar tus selváticas montañas y tus  
« verdes campos, en donde reina inacabable pri-  
« mavera. Mil veces acuden a mi mente los  
« ríos que resbalan serpeantes por márgenes te-  
« chadas de umbrosas cabelleras; el interior  
« de tus casas ornado de múltiple decoro; la  
« muchedumbre de tus jardines coloridos de  
« rosas y dalias. Y ¿qué decir, recordando la  
« áurea suntuosidad de tus sedas radiantes,  
« y las púrpuras teñidas en el mar fenicio? Co-



« sas siempre, para mí, todas ellas nutridas de  
« patrio amor y alivio a la adversidad. Pero,  
« me engaño. Las ilusiones ¡ay! perturban al  
« apacible espíritu y los vanos sueños pertur-  
« ban al corazón. La insigne hasta hace poco  
« fortaleza y capital de gran reino, es ahora  
« un hacinamiento de escombros. Gente en  
« desamparo de casas, templos y calles; sin  
« pasos por donde ganar el seguro de las cum-  
« bres. Todo se derrumba en precipitada rui-  
« na como herido por los alados fuegos de Júpiter.  
« Pero, ¿a qué inútil dolor? Ya surgen  
« del sepulcro elevadas mansiones, y se levantan  
« al cielo templos altivos. Ya las fuentes  
« desatan sus ondas en el río; el tropel de la  
« vida llena las calles, y a los ciudadanos deseos  
« llega la fértil paz. Otra vez, ave Fénix  
« de Faros, más fértil resurge de sus propias  
« cenizas. Alégrate, pues, rediviva madre, pre-  
« clara ciudad del reino, vive largamente, salva  
« de nueva ruina. Pronto mis alabanzas  
« elevarán hasta las estrellas tu luminoso triunfo,  
« parto de súbita muerte. Recibe, mientras,  
« el rauco plectro, consuelo en la desgracia, y  
« sé, tú misma, mi galardón».

Difícil igualar tamaño amor, angustia tan ostensible y avasalladora. Guatemala, la Antigua, había sido destruída, como Santiago de los Caballeros, por otro cataclismo. Rotas yacían las torres empinadas, cuarteados los solemnes paredones, desvencijadas las puer-



tas, trocadas en simas las planicies, calladas las fuentes, derrumbado el claustro universitario. Los pobladores huyeron tierra adentro, hacia el seguro de la montaña, y fundaron su tercera capital. Allí está hasta ahora, inédita para su cantor, Landívar.

Hay quien ha dicho que, siendo dedicada la «*Rusticatio*» a México, ¿por qué se jacta Guatemala de lo que no le pertenece? Manifiesto error. Era entonces Guatemala una prolongación de la Nueva España. Por mucho tiempo lo fué. Lo había sido como parte de la conquista cuando Bernal Díaz, ibayviniente de la comarca, se paseaba entre ciénagas desde el lago de Texcoco hasta las selvas del actual Salvador. Si dudas quedasen, allí está la trascrita salutación inicial, que no admite enmiendas ni equívocos. Y además, la ingenua explicación del P. Landívar:

«Intitulé este poema «*Rusticatio Mexicana*» tanto porque *casi* todo lo que contiene  
 • atañe a los campos mexicanos, como *tam-*  
 • *bién* porque oigo que en Europa se conoce  
 • vulgarmente toda la Nueva España con el  
 • nombre de México, sin tomar en cuenta la  
 • diversidad de territorios. . . En este opúscu-  
 • lo no tendrá cabida la ficción, excepto la  
 • que introduce a los poetas cantando a la  
 • orilla del lago mexicano. . .

«Narro las cosas que vi y las que me re-

« firieron testigos oculares por otra parte ve-  
« racísimos».

¿No es acaso el mismo lenguaje del Inca Garcilaso cuando, en Córdoba, al morir el siglo XVI, se daba a la tarea de pergeñar sus «*Comentarios Reales de los Incas*»?

La «*Rusticatio*» es uno de los poemas de mayor hermosura escritos sobre América. Por sus páginas, bien entonadas, desfila un «film» compuesto en el más preclaro «technicolor» de los siglos. Ahí está la ciudad de México «espaciosa y poblada»; ahí están los luminosos pájaros: «el gorrión de rojo y ancho copete coronado y cuello de resbaladas plumas encendidas»; el cenxontle, «príncipe de las aves». Desfila la «noble juventud navegando en pequeñas barcas». Ahí se oyen caer las opulentas cataratas guatemaltecas. «Mis rimas cantarán ahora los ríos que saltan, barbados de espuma, por los broncos cauces, en donde las ninfas ruborosas gozan dulce frescura».

Vuelve a morder el corazón de Landívar el recuerdo de su patria destruída: «Hubo una desdichada ciudad, Guatemala, de dulce cielo y populosa, rica de aguas y ubérrima en frutos. Fundóla el indio en medio de un delicioso paisaje.» Tal es como recuerda la belleza y la muerte. Guatemala había sido dos veces deshecha, según se ha dicho: la primera por el Volcán de agua y terremoto del 10 de Septiembre de 1541, y la otra, el 29 de Julio

de 1773; aquella, 90 años antes de que naciera Landívar; la última, seis después de su destierro.

«Esta cuenca vence en hermosura a todos los prodigios». asevera el poeta, ya viajador. Entre los tales prodigios, menciona y canta al añil, los castores, las minas de oro y plata, el azúcar, los ganados mayores, los ganados menores, las fuentes, las aves. Y en tal punto surge el orgullo vernacular: «Semeja el pavo en « estatura al faisán, ave copetuda a veces dorada, a veces cárdena oscura; pero, sobre el tamaño, lo vence con facilidad en gallardía». Ha de agradecer el guajolote mexicano, mal llamado pavo en Europa, ha de agradecer mientras quede uno con el cuello a salvo de impiadosos cuchillos de cocina; ha de agradecer el empinado elogio del P. Landívar. Mas, ¿no es acaso el tono transcrito reminiscente de Góngora y Gracián? ¿No se advierte en su construcción la huella del barroco, la tendencia al hipérbaton característico de culteranos y conceptistas? ¿No es éste el clásico estilo jesuíta?

Hasta tal punto se regodea con el pasado esplendor Landívar, el desterrado, que, tal vez incurriendo en venial pecado contra las reglas de San Francisco de Asís, elogia (capítulo sobre «Los juegos») las corridas de toros y las peleas de gallos. Pero ¿es que podía ser de otro modo quien vivía como el cazador ingenuo, con

el oído pegado a la tierra para percibir de algún modo el remoto rumor del tropel nativo?

\*

\* \*

No fué Landívar el único, he dicho, que sintió la ausencia lacerante de lo propio. (¿Quién me podría disputar pericia especial para discernirlo a través de propias experiencias?) Su época estuvo presidida por un oscuro instinto geográfico, por una informe vuelta a la tierra. Eran los días en que Labardén, desde Buenos Aires, cantaba al solemne río Paraná; en que Caldas, desde Santa Fe, discurría acerca de la acción del medio sobre los hombres; en que Unanue, desde Lima, preparaba los apuntes de su trabajo sobre el clima local; en que los misioneros franciscanos publicaban robustos informes sobre los ríos de la selva; en que Humboldt se lanzaba a lo desconocido —América— para completar las nociones del globo y sus pobladores; en que se constituían sociedades de «Amantes» y «Amigos del País».

Guatemala tuvo el suyo en Landívar. Y, la verdad, no me explico, salvo por el pueril racionalismo de principios del siglo XIX, por qué no figura estampado en el escudo de ese país, o engastado en alguna estrofa de su himno patrio, adecuado fragmento del poema de

Landívar, esa auténtica, profunda, imperecedera y bellísima Canción Nacional de Guatemala.

\*

\* \*

Otros ingenios sagrados y profanos alzan su coro en Guatemala alrededor de la época en que Landívar apacigua su pena en cantos. Ninguno como él, ni desde muy lejos. Por ejemplo, Fray Matías de Córdoba (1768-1828), nacido al año siguiente del éxodo jesuítico, ganará alto sitio en el Parnaso guatemalteco por su ímpetu patriótico, que lo empujó a proclamar los ideales de libertad, el 24 de Agosto de 1821, antes que lo hiciera Filísola. Mas, no está bien confundir los méritos civiles con los literarios. Desde este último punto de vista, que es el de nuestra actual preocupación, el P. Córdoba sobresale nada más que por su vena de fabulista, según la cual produjo los endecasílabos de «*La tentativa del León y el éxito de su empresa*», llenos de intención, aunque de gusto discutible. Mejor se podría decir de Rafael García Goyena (1766-1823), oriundo de Ecuador, fabulista, a cuya pluma se debe la picantísima versión de «*Los animales congregados en Cortes*». Empero, se trata de ingenios literarios de segunda mano. La fábula representa un modo subsidiario de moralismo. En épocas como

aquella, al filo de dos regímenes, el miedo convertía la diatriba en apólogo, como ocurrió también en Perú, donde surge Mariano Melgar (1792-1815), uno de los poetas más elegíacos, lacrimosos y fabuleador es de toda la historia literaria de América. De paso, aunque sea dato superficial, obsérvese que, tanto Córdoba como Goyena y Melgar, alcanzan a vivir limitadas edades: sesenta el primero; cincuenta y siete el segundo; veintitrés, el tercero. Landívar no pasó de los sesenta y dos. La longevidad no era flor de moda en ese instante. Consumían las penas, los azoros, los terrores, las amenazas, la incertidumbre, la libertad, en suma. Como en todo, Landívar se diferencia también en ésto de sus coetáneos: le mató el cautiverio.

## IV

### IRISARRI, O LA AVENTURA

He aquí al más grande pícaro de América. Digo, «pícaro» en el sentido literario, desprovisto de todo alcance peyorativo. «Pícaro» por su desenfado, su andarinaje, su sarcasmo, su perenne entrega a lo provisional, su desasimiento de prejuicios, su congénita necesidad de movimiento y aventura. Irisarri es el aristócrata de la picardía clásica. De la picardía verdadera que equivale a tomar la vida por asalto. Irisarri se lanzó al abordaje de la libertad, y la condujo a su manera, sin ruta de navegación, con irregular cuaderno de bitácora, a cualquier rada de emergencia, siempre con la idea de zarpar de nuevo, hasta que lo obligó a anclar la Muerte, muy viejo ya, pero ni desiluso ni cansado; simplemente desprevenido.

La vida de Antonio José de Irisarri, el más dinámico de los guatemaltecos, gran post colonial y gran protorrepublicano, abarca un lapso que se inicia en 1786 y concluye en



1868, exactamente 82 años. Estudiar su obra implica analizar su vida. Ambas se funden, se confunden, se identifican como la carne y el hueso, como el viajero y su sombra. Imposible separarlas.

\*

\* \*

Comenzó la vida de don Antonio José de triste manera. Había iniciado estudios universitarios cuando, teniendo él 19 años, murió su padre, don Juan Eautista Irisarri. En busca de porvenir, se dirigió el muchacho a México, donde se desarrolló un intenso movimiento intelectual. Permaneció allí más de un año, hasta fines de 1806. Colaboró en el famoso «*Diario de México*», con el pseudónimo de «Dionisio Irasta Rejón», calzando versos satíricos. Enamorado ya de su propio nombre, usaba anagramas que disfrazaran a medias la personalidad del escritor. La megalomanía jamás abandonó a Irisarri. Fué su fiel compañera hasta la muerte.

Había oído decir que en Perú la riqueza era fácil. No vaciló: arriesgándolo todo, emprendió la travesía, la dura travesía de Nueva España a El Callao, previa una larga parada en Quito. El ambiente limeño estaba sobresaturado de suspicacias. Dominaban la aristocracia peninsular y la criolla. No que daba mucho campo para los extranjeros, máxime si llegaban sin blanca.

La biografía de Irisarri no es muy clara acerca de aquella primera visita suya al Perú, pues él mismo la confunde en «*El Cristiano Errante*». Lo abandonó en 1809, rumbo a Chile. El virrey Abascal tenía cara de ahuyentabuéspedes, e Irisarri, alma de evita peligros. Parece que en 1811 tornó fugazmente a Lima.

En Chile no reinaban los mismos prejuicios que en Perú. Poco después de llegado Irisarri a Santiago, se produjo la declaración de autonomía hecha por la Junta del 18 de Septiembre de 1810. Ya estaba el guatemalteco en su salsa. Cuando arribó el fraile Camilo Henríquez, educado en Lima, portador de ideas extremistas, es decir, republicanas, Irisarri se le unió entusiastamente: talvez se conocieron antes, en la capital peruana. Henríquez combatió a la Junta, y sacó el primer periódico del país, titulado «*La Aurora*» (1812): sus páginas contaron con la colaboración de Irisarri. Al año siguiente, se incorpora ésta a la redacción del «*Semanario republicano*». Ahí dió a la estampa sus discutidas «*Reflexiones sobre la política de los gobiernos de América*» (7 de julio de 1813), cuyo lenguaje no brilla por lo moderado, como que llama «gavilla» al séquito de Fernando VII, quien «pretende mandarnos como a unos míseros esclavos». Irisarri era partidario de la guerra a muerte. (Véase, «*Escritos polémicos*» de Irisarri, prólogo y notas

de Ricardo Donoso, Imp. Universitaria, Santiago de Chile, 1934: gran trabajo crítico).

En otro artículo «*Sobre la justicia de la Revolución de América*», el audaz guatemalteco censura a Cortés y a Pizarro, porque «a fuerza de asesinatos ganaron para España las Américas», y alaba a Belgrano, el patriota argentino.

Llegan los amargos días de la Reconquista, a raíz del desastre de Rancagua. Irisarri, como venteando la desgracia, se marcha a Europa, y allí estudia, vaga, espera. Volverá a Chile a raíz de la victoria de Chacabuco y Maipú. En 1818, edita «*El Duende de Santiago*» para defender la política de O'Higgins, quien le nombra para el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

El año de 1820 encuentra a Irisarri en Londres, como agente diplomático chileno ante diversas cortes europeas, para obtener un empréstito. Le acompaña don Mariano Egaña. Conoce a don Andrés Bello, cuyos trabajos anima y comparte. Publica «*El Censor americano*», revista polémica como todo lo suyo. Son de entonces su «*Carta al «Observador» de Londres*» (sobre la Independencia); su «*Memoria sobre el estado presente de Chile*», su «*Carta de un americano a un diputado de la Corte extraordinaria de España*» (Londres, 1821, reimpresa en Lima, 1823 y firmada por José Isidro Irana y Torre, ¡otro anagrama!)

El empréstito chileno fué colocado en Inglaterra, por la suma de £ 1.000.000.00, en condiciones muy discutidas, según se verá más adelante. Irisarri cobró comisiones ordinarias y extraordinarias; en todo caso lucró con aquella operación. Y tanta fué la grito en torno del asunto, que el desaprensivo agente no regresó de inmediato a Chile, y, hasta diez años más tarde, se alzarían amargas discusiones al respecto.

Decepcionado y temeroso vuelve los ojos a su patria, de que estaba olvidado. El niega tal olvido: «Hijo de Guatemala», escribirá en su *«Memoria sobre los obstáculos que han impedido la realización de las Compañías proyectadas para la América Central»* (Nueva York, 1826), se opuso a todo lo que se pretendió hacer contra la libertad de su tierra, lo cual indicaría que anduvo mezclado en otros oscuros manejos de traficantes. El mismo lo señala: trató de lucrar a propósito de ciertas inversiones para la América Central, pero los agiotistas ingleses inflaron tanto su codicia que fué imposible para Irisarri apoyar tales pretensiones.

Pero, ya estaba Irisarri dirigiendo sus baterías sobre Guatemala. Después de la publicación de Nueva York, el Gobierno Federal de América Central, corroído por las facciones, había provocado con su desorganización el fracaso de las expectativas pecuniarias de

su inquieto hijo. Elló ocurrió del siguiente modo: para finiquitar aquellos arreglos, precisaba Irisarri credenciales adecuadas. Le debieron ser entregadas en 1825, mas la burocracia y la incuria nativas las retrasaron desde el 28 de Julio de ese año hasta el 17 de Febrero del siguiente. Llegaron tarde. La *Memoria* explica el fracaso, cargándoselo a la cuenta del gobierno centroamericano y a la codicia de los negociantes británicos. Por entonces, Guatemala, libre de las ataduras del pacto confederativo, le designa Comandante General interino de las Armas del Estado (22 de Mayo de 1827). Irisarri va a iniciarse en una nueva función: la guerra.

Acababa de perderse la última esperanza de llevar a cabo el pacto confederal hispano americano planteado en Panamá por los agentes de Bolívar. Irisarri empieza a actuar en su propio medio y muy antibolivaristamente. Pero... El general Morazán se alza pretendiendo rehacer la recta Confederación centroamericana. Irisarri, al saber que el prócer salvadoreño ha invadido Guatemala, lanza una vibrante protesta contra él (1827). Sin embargo, aunque el momento es grave, el polemista se pierde en escaramuzas de menor cuantía. Anda publicando un periódico travieso: «*El Guatemalteco*». Se enreda en absurdos dimes y diretes contra el coronel británico Guillermo Perks, su propio Jefe de Estado Mayor, quien, antes,

había servido en el ejército francés y había atacado a la Confederación de Centroamérica. Para saciar su odio publica las «*Betlemíticas*», impresas en El Salvador y escritas durante el encarcelamiento a que allí se le sometiera.

Se titulan quevedescamente «*Las Betlemíticas de Fr. Adrián de San José a los Confederados sin saberlo*» (San Salvador, 18 de Octubre de 1829. Imp. Mayor). Irisarri arremete con su habitual mordacidad contra los redactores de «*La Centella*» adversarios de «*su*» constitución federal, cuya reforma no admite. El folleto consta de dos partes, escritas en bella forma, reveladoras de los altos quilates de satírico, propios de don Antonio José.

La aventura centroamericana termina de mala manera. Irisarri vuelve los ojos a Chile. Allá quizás hayan olvidado sus trapisondas de financiero demasiado habilidoso. Calcula mal. Chile se halla conmovido por terribles pasiones. No han trepidado en sacrificar al mismísimo O'Higgins. Irisarri lo comprueba con angustia; por eso, apenas arriba a Santiago, en Mayo de 1830, procura alejarse, valiéndose de la circunstancia de que le encargan defender los bienes del mayorazgo Trucios y Salas, su pariente, para lo cual se dirige a Bolivia e instala sus reales a 3 ó 4,000 metros de altura sobre el nivel del mar.

Pero, el incansable folletinista no puede estar sin oler tinta de imprenta. Le agobia la



urgencia, la bulimia de publicidad. Tiene el comején de escribir. En Noviembre de aquel año da a la estampa su «*Memoria*» sobre el caso que defiende; y, como se la contradicen, lanza (1832) un nuevo escrito «*Al refutador de mi Memoria*». Esto despierta a sus enemigos. Desde Chile empiezan a lloverle pullas y alusiones. Irisarri reside entonces en Chuquisaca, ciudad colonial, blanca, asomada al río Pilcomayo, a cerca de 2,500 metros de altura. Como no sabe morderse la lengua, entretiene sus ocios en redactar una sátira agria, punzante, en llano estilo, titulada «*La pajatorotada*», donde salen a relucir, de cualquier modo, los Carreras, los Larraínes y muchas otras familias chilenas.

Ha empezado la parte más combativa de su existencia.

Don Carlos Rodríguez, hermano del héroe Manuel, caudillo de la independencia chilena, publica en Lima (1833) una carta dirigida a «*El Mercurio*» de Valparaíso, llena de denuestos contra O'Higgins, ya refugiado en Perú, y contra Irisarri, a quien acusa de lucro y dolo en la negociación del empréstito de 1822. El guatemalteco no se achica. En Julio de 1832, ya desde Santiago, fecha una carta a O'Higgins y otra «*A los editores de «El Mercurio» de Valparaíso*». En ellas hace la historia de su gestión financiera. Oigámosla.

Irisarri — cuenta él mismo — viajó a Lon-



des el año de 1822, premunido de un poder que depositó en el Banco de Inglaterra, poder firmado por el Supremo Director, O'Higgins, y por el Ministro de Relaciones Exteriores, Don Joaquín de Echeverría. Niega que perciliera 500.000 pesos en metálico más un tanto por ciento «arbitrario» a cambio de sus servicios. Admite, sí, que cobró «alguna comisión». Rechaza las imputaciones sobre maniobras suyas con políticos peruanos: «yo no he estado en Lima desde el año de 1811 (dice), ni he conocido al General La Fuente, sino en Chquisaca, el año pasado». Agrega: «Volví a Chile, como dice don Carlos (Rodríguez), después de la batalla de Chacabuco; pero le ha faltado añadir que, antes de llegar a esta ciudad de Santiago, estaba yo nombrado Ministro de Interior y de Relaciones Exteriores. Creo que soy el único que haya sido nombrado para este destino, estando ausente» (Carta de 27 de Junio de 1833). Luego lanza su folleto «*El empréstito de Chile*» (Santiago, 1833), el cual, según Barros Arana, «apesar de su mérito literario no justifica al negociador del empréstito» (Barros Arana, «*Historia General de Chile*», tomo XIII, págs. 762-763). Irisarri disimula su actitud defensiva, pero afirma con orgullo: «Mis enemigos, que los tengo, porque es preciso tenerlos cuando se ha hecho algún papel en la administración de un país». Sin embargo de tan gallardo aserto, se sabe que,

apesar de las bellas alegaciones del negociador, las obligaciones de aquel empréstito se vendieron al 67 1/2 por ciento. . . Es decir, con un castigo de 26 1/2 por ciento. . . ¡Lindo negocio!

No obstante, Irisarri sale adelante. En enero de 1835, el gobierno chileno de la «paz portaliana» le designa Gobernador de la Provincia de Curicó, de lo que aprovecha para editar un Proyecto de reglamento de la Administración Interior del Estado. Diego Portales «el estanquero», que ama a los hombres de acción, sin parar muchas mientes en otras calidades, le traslada a la Intendencia de Colchagua (Noviembre de 1836), precisamente cuando preparaba la flota contra la Confederación peruboliviana. Irisarri, haciendo honor a la confianza del Ministro, manda ejecutar a tres vecinos de su jurisdicción por el delito de conspirar (7 de abril de 1837). Poco después, en Junio, cae asesinado Portales. La flota contra la Confederación zarpa, no obstante.

Como Irisarri conocía el pensamiento íntimo de Portales, el gobierno de Chile lo destaca a Lima, precediendo a los expedicionarios a fin de que secunde a su jefe, el almirante Blanco Encalada. El guatemalteco recibe el nombramiento de Encargado de Negocios de Chile en Perú, el 28 de Agosto. El 15 de Septiembre abandona Valparaíso la flota chilena.

El 12 de Octubre, después de venturoso desembarco, los chilenos ocupan sin resistencia Arequipa. Pero, el ejército de la Confederación opone estratégica y poderosa contraofensiva. Para evitar peores males se firma el Tratado de Paucarpata (Noviembre de 1837): las tropas chilenas convienen en reembarcarse, y las confederadas en olvidar el ataque.

¿Qué parte desempeñó Irisarri en aquella negociación, que el congreso de Chile se negó a ratificar? Cualquiera que fuese, la prensa chilena atacó duramente al «extranjero» y hasta se rumoreó con insistencia que el propio don Andrés Bello fué el inspirador de los terribles artículos publicados por «*El Araucano*» contra el guatemalteco.

Irisarri se defiende... desde el Perú. Como siempre, desarrolla astucia y fineza. Dice: «Yo no voy a defender a ningún Gobierno, ni a ningún partido, sino los intereses de Chile, que son también los de todos los pueblos de la tierra» (Arequipa, 20 de enero de 1838). Los acuerdos de Paucarpata, agrega, «salvaron al Ejército chileno de una derrota segura». Se confiesa enemigo de la expedición, a la que sin embargo alentó. Niega que Bello pudiera estar contra él.

La historia sigue su curso. Chile y los desterrados peruanos organizan una nueva expedición que triunfa en Yungay (1839). Irisarri se dirige al Ecuador, donde también se re-

fugia el derrotado Santa Cruz. Incapaz de contener sus pasiones, Don Antonio José apela a las columnas de «*La Balanza*» para arrojar espantosos denuestos contra Perú, Chile y Bolivia. Escribe hasta dormido. Anima «*El correo semanal de Guayaquil*», «*La Verdad desnuda*» y, ya en Quito, «*La Concordia*» (1844). Entretanto, Santa Cruz ha viajado a Chile, buscando la ocasión de volver a Bolivia. El gobierno chileno le relega a la ciudad de Chillán, cuna de O'Higgins. Irisarri defiende al relegado con su acostumbrada vehemencia.

Siempre había sido el guatemalteco hombre capaz de jugarse por su caudillo del día. Santa Cruz lo era en aquel momento, lo cual mueve a dudar si fué Irisarri siempre leal a Chile, o si, asesinado Portales, su protector y amigo, no se sintió ya ligado a ideas que naturalmente vinieron a rectificar las del difunto Ministro.

A los sesenta años, Irisarri comienza a serenarse, a mirar su propio recorrido. ¿Serenarse? Hasta cierto punto. Publica entonces, desde Bogotá, la «*Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*». Lo hace por interés histórico tanto como por pasión política. Con ello va a recrudecer la polémica entre ovandistas y mosquerristas acerca del horroroso crimen de Berruecos.

Irisarri ha revuelto la política colombiana-

na. Para esclarecer su posición, funda un periódico «*Nosotros, Orden y Libertad*», en cuyas páginas empieza a publicar «*El Cristiano errante*», especie de novela quevedesca, absolutamente autobiográfica, llena de picardía y virulencia, escrita en el más hermoso y ágil estilo clásico. «*El Cristiano errante*» saldrá en forma de libro, en 1847.

El nombre de Irisarri merecía ya respeto, como escritor; desconfianza como financista y político. Las facciones colombianas le miran mal. No sorprendió eso al aventurero. Pero, posiblemente a consecuencia de lo mismo, abandona Bogotá y se dirige a Venezuela, donde pensaba encontrar nuevos datos sobre Sucre. La vida se le hace dura, hostil. Sus muchos enemigos le atacan sañudamente, en tropel. Irisarri pasa a la isla de Curazao, y, claro, inaugura otro periódico: «*El Revisor de la política y literatura americana*», en que defiende a Paez.

Continúa así su línea anti bolivariana. También en Curazao edita la respuesta a sus detractores, titulándola: «*Defensa de la Historia crítica del asesinato cometido en la persona del Gran Mariscal de Ayacucho*». (Hay una segunda tirada en Quito, 1922, por Alfredo Flórez Caamaño, nieto del general Flores, el pintoresco caudillo ecuatoriano).

El polemista va de bajada. En 1854, residiendo en Nueva York, continúa publicando el periódico fundado durante su permanencia

en Curazao. No cesa de imprimir hojas polémicas. Tiene la manía del folleto. No sabe callar. Le complace decir la última palabra. En eso, ofrece todos los caracteres de un adolescente. De 1854 data su «*Biografía del Arzobispo Mosquera*», de Nueva Granada. Irisarri parece ya tranquilo. Ha cumplido 70 años. Guatemala y El Salvador le designan delegado en Washington. Mal momento. La guerra civil norteamericana avanza a pasos agigantados. Ocupa la presidencia de la Unión, Abraham Lincoln. Irisarri, publica sus «*Cuestiones Filológicas*» (1861), monumento de sabiduría y buen gusto. Ese mismo año se inicia la guerra de Secesión.

¿Qué sino persigue a este hombre a quien—hasta en la senectud—, rodearan estampidos y disensiones? Mientras las tropas de Lee y Grant luchan encarnizadamente, Irisarri, un poco indiferente a cuanto le rodea, revertido sobre sus propios actos, se entretiene en polemizar con los chilenos. Benjamín Vicuña Mackenna acaba de publicar su «*Ostracismo de O'Higgins*». Irisarri lo ataja con su violento y pintoresco folleto: «*El charlatanismo de Vicuña*» (1863). Dispara certeros cohetes contra el diario «*El Ferrocarril*» de Santiago, acaso los más cargados de insidia que brotaran de su pluma. Como descanso y alarde de pericia lexicográfica, al par que desahogo de sus amarguras colombianas, da a la estampa una pica-



resca novela-biográfico-satírica sobre Don Simón Rodríguez: «*Historia del Perínclito Epaminondas del Cauca*» (1863).

Los chilenos no le dejan disfrutar de aquella tardía satisfacción.

El novelista Daniel Barros Grez, quien no demorará en rubricar la novela «*Pipiolos y Pelucones*» (1874), ocupa puesto principal en la campaña contra el discutido aventurero: su contribución se titula «*La Irrizada*», subnombrada «poema elegíaco», contra el incansable y ya muy anciano autor de «*El Cristiano errante*». No pesan sobre éste los años. Su respuesta es instantánea. No será el suyo un poema «elegíaco», sino que se llamara «*El ajíaco*», aludiendo a este popular plato chileno y a la mezcolanza que, según él, constituye el fondo de la literatura de Barros Grez y sus amigos. Y como la incidencia le recuerda sus humos de poeta, sus juveniles arrestos rimados, reúne (1867) el tomo de «*Poesías satíricas y burlescas*», hecho lo cual, no bien transcurre un año, se refugia en la paz del Señor, en Brooklyn, el 10 de Junio de 1868, siendo decano del cuerpo diplomático en los Estados Unidos.

\*

\* \*

Irisarri manejó con igual soltura prosa y verso. En ambas formas, le arrastró el humor acridulce del satírico. En ambas, polemizó.



Hombre de presa, parecía gozar creándose enemigos y tundiéndolos a los mandobles de su pluma, igual se tratara de políticos que de literatos. Oigámosle en este último aspecto:

*¿En qué consiste, mi señora Musa,  
que todos puedan hoy ser escritores?  
¿Será éste el siglo de la ciencia infusa?  
¿será que los talentos son mejores  
o será que el orgullo y la ignorancia  
nos dan la presunción y petulancia?  
En los tiempos oscuros de mi atuelo  
eran pocos los hombres que escribían,  
y aquellos estudiaban con desvelo;  
hoy escribe cualquiera su folleto  
cuando apenas conoce el alfabeto...*

.....  
*La Imprenta ha sido tentación impía  
de muchos ignorantes infelices. (Sátira).*

Bien se ve al purista y aristócrata. Se le encuentra en otra composición de parecido corte: «El bochinche»:

*¿Qué cosa es el bochinche? Un alboroto,  
el buen Salvá responde. Mas no es esto;  
es cosa muy distinta. ¿Salvá, acaso  
voto pudo tener en tal materia  
sin ser autoridad? ¿En dónde ha visto  
el filólogo aquel lo que define?...*

.....

(el locóncine) es un cierto sistema de política  
 es una forma de gobierno raro,  
 que mejor se llamara desgobierno,  
 a pesar de que en él hay despotismo  
 y la fuerza a la ley se sobrepone.

.....  
 Invención de Colombia es el bochinche  
 y el nombre es colombiano: estos son hechos.

.....  
 Soberano bochinche omnipotente,  
 regulador supremo de Colombia...

Como se ve, Irisarri sale de cada lugar en donde mora, con la sorna o la diatriba a flor de labio. Para expresarse, igual usa la estrofa de Fray Luis («Oda a un tribuno») que fáciles letrillas. La forma es lo de menos, digo, escoger la forma, pues su perfección no se discute; lo esencial es el ataque. De Chile se aleja maldiciente. De Colombia, burlesco. De Venezuela, pendenciero. De El Salvador, mal humorado. A Guatemala, su patria, vuelve en los días malos, a refugiarse en su regazo. A pedir su maternal estímulo, para olvidarlo no bien llegue la ocasión propicia.

Pero las patrias son tercas, como toda madre. Guatemala reclama al hijo pródigo, y él le ofrece su ancianidad jamás vencida. Le brinda las pintorescas y perfectas páginas de su «Cristiano errante», el tesoro de su experiencia

lingüística, el relato ameno de sus andanzas de financista y de político.

\*

\* \*

Veamos, ahora, al Irisarri prosista. El está patente en «*El Cristiano Errante*» y en el «*Don Epaminondas*».

La primera obra fué publicada bajo el pseudónimo de «Romualdo de Villapedrosa»; la segunda, que es una biografía arbitraria de don Simón Rodríguez, bajo el de «Bachiller Hilario de Altagumea, antiguo jefe de Ingenieros, Artillería y Bombardas de S. M. C.» (Nueva York, 1863).

De «*El Cristiano Errante*» se hizo una edición de 63 ejemplares, conforme recuerda Feliú Cruz, en su prólogo a la también corta reedición de 1929 (p. XXI). Grandes dificultades tuvieron los estudiosos para hallar ejemplar válido. Parece, por ejemplo, que a Chile sólo llegó uno para doña Mercedes Trucíos Larraín, esposa de Irisarri...

«*El Cristiano Errante*» pone de manifiesto las cualidades y defectos de su autor: gran egolatria; muchos pujos de corrección estilística; amenidad de asunto, sin forzar a la fantasía. No se limita a aventuras; Irisarri, es decir, Romualdo, se atreve a temas menos circunstanciales. Ora escribe que «el arcaísmo es del idioma, y el neologismo no es sino de la invención

de un majadero que quiere hacer una jerigonza de lo que es una lengua» p. XXXIX y XL); ora trata de disfrazar su megalomanía tras de fáciles argumentos como el que sigue: «No debes llamarme vano y presuntuoso por lo que te voy contando de mi, porque si yo no te digo quien soy, ¿quién quieres que te lo diga? Si me refiero a mis amigos dirás que son sospechosos. Si a mis enemigos, los empolvados, yo los recuso y tú debes darlos por rechazados, si entiendes algo de jurisprudencia. Imparciales no hay en este tiempo de parcialidades».

Irisarri va refiriendo los acontecimientos de su vida, mezclados a demasiadas filosofías. No es un relato novelesco, en su prístino sentido. Son memorias que no se atreven a confesarse tales. Ora habla de ortografía; ora, de política. Siempre, con un profundo amor a Guatemala, de cuyas bellezas naturales se erige cantor. Cierto, que habla de su propio nacimiento y exalta las glorias de su casa, no muy ostensibles, que no requiriesen un exégeta acucioso y parcial. (Capítulo I). Su realismo lo impulsa a distinguir entre las obras y sus autores, en el afán de librarse de cualquier subjetivismo. Analiza a sus contemporáneos Valle (a quien elogia), Molina y Gálvez, apenas disfrazados tras las caretas de Leval, Milona y Glevaz (páginas 12 a 15 de la edición de 1929).

A Molina llega a calificarlo de «nuevo Sansón americano», y a Glevaz, de «filósofo». Sus pujos filológicos conducen a Irisarri a corregir ciertos modismos quiteños que lo son chilenos de hoy, como v. gr.: el «vengo comiendo» por «acabo de comer», y otros. Pero, sin embargo de su afición a su propia patria, donde alcanza mayor altura su fervor es cuando describe a Puebla y a Ciudad de México, para él superiores a muchas ciudades europeas. ¡Qué ardiente panegírico el que le arranca la ruta de los Altos, o sea, por Quezaltenango, Sololá y Tolonicapán; y de qué manera se encandila ante las fuentes, los manantiales que entusiasmaban a Eernal Díaz y a Landívar; aquellas pilas públicas, «con buenos acueductos cubiertos, que conducían el agua limpia y cristalina desde larga distancia, y en no pocas partes tuvo que admirar nuestro viajero, la hermosura de los lavaderos públicos, que podía lucir cualquiera ciudad del mundo civilizado». Los albañiles de Guatemala le parecían «más inteligentes que los mulatos, zambo y españoles de las otras partes, pues ellos eran infinitamente más hábiles alarifes que los maestros de arquitectura que había visto en la América Meridional... «excepto en Buenos Aires». Alguna vez se enamora Romualdo, digo Irisarri, y es en Oaxaca, y de Dorila, en cuyo altar quema su ausencia, es decir, por quien se sacrifica pensando recuperarla algún día.

La obra termina con la llegada de Irisarri a Valparaíso, después de haber residido, a contrapelo, en Quito y Lima. Prometía un segundo volumen, que no llegó a aparecer jamás. «El cristiano errante», o el «vagamundo» como gustaba al autor denominarse, naufragó en el hátratro de sus aventuras, dejándonos el ejemplo de sus contradicciones y vaivenes.

Sería difícil reconstruir sistemáticamente el resto de sus días. Tengo para mí que Irisarri no quiso mirar cara a cara sus propias andanzas. Prefirió que por él hablasen los hechos. Se perdió en el enredijo de sus infinitas contradicciones. Se perfiló más errante que nunca: no tan cristiano como hubiese querido presentarse.

Así nos pasa a muchos. Sería injusto enrostrárselo a Irisarri.

Irisarri es el anti-Landívar. Los dos vivieron de ausencias; pero el uno ardiente de nostalgia, y el otro de ingratitudes; perro y gato del patrio solar. Para Landívar, Guatemala es una estrella; para Irisarri, un salvavidas; para Landívar, Guatemala es el paisaje; para Irisarri la política; para Landívar, patria es ternura; para Irisarri, trampolín. Pero, como sea, se debe a ambos, perfectos postcoloniales, que el nombre de Guatemala ingrese con afirmado paso en el campo de la literatura castellana: con el pie del elegíaco y el del polemista, con dulzura y acritud, con la abnegación y el egoísmo, con el Ángel y el Demonio.





## V

### PEPE BATRES, O LA IRONIA

José Mauricio Gabriel Lorenzo Batres Montúfar descendía del capitán Bernal Díaz del Castillo. Acaso fué lo que determinó su desconfianza hacia lo consabido; su complejo anticolonial. Como el ilustre antepasado, detestaba la pompa heráldica; se fiaba más del hombre común.

Nació en El Salvador, cuando Centroamérica era una sola Gobernación española, por lo que las alegaciones sobre su patria carecen de eficacia. Sus padres, don José Mariano Batres Asturias y doña María Mercedes Montúfar Coronado, pertenecían a una vieja familia de la Antigua Guatemala, la ciudad de los ensueños del capitán Bernal Díaz. La presencia de los Batres-Montúfar en la región de El Salvador obedeció a la necesidad del marido de cumplir cierto encargo administrativo proveniente de las Cortes de España, en lucha contra Pepe Botellas. Así fué cómo «Pepe Batres»

—no se conocería de otra manera al poeta, y hay un litro de José Arzú titulado de tal guisa— nació en dicha ciudad salvadoreña, el 18 de Marzo de 1809. Murió en Guatemala el 9 de Julio de 1844, en perfecta soltería e inagotable humorismo. No alcanzó a envejecer. La juventud le reventaba en risas a través de hechos, dichos y escritos.

Pepe Eatres era un mozo de tez blanca, pelo castaño, cejas negras, nariz curva y ojos pardos: no pide más una tarjeta de identidad de nuestro tiempo. Omite el retrato un pequeño informe: su talento.

Bajo la Presidencia de Arce, le otorgaron despachos de subteniente de Artillería, el 16 de Febrero de 1826 —esto es, a los 17 años. El 14 de diciembre de 1835, en vigencia de la Confederación de Centroamérica que presidía Gálvez, recitó su título de Ingeniero topógrafo.

En calidad de tal, le enviaron a Nicaragua, para estudiar la posibilidad de abrir un canal interoceánico por aquella comarca: sueño cien veces reiterado y ciento una vez pospuesto. Se limitó a medir tierras. En venganza volvió a medir renglones.

Naturalmente, tenía, al regresar a Guatemala, la cabeza llena de proyectos. Para calmárselos, le designaron Jefe político de Amati-tlán (13 de Mayo de 1839). Junto al maravilloso lago, bajo los cerros floridos de aquel lu-

gar, acarició nuevas esperanzas. Quizás algún amor pasajero. Era hombre de amigos y holgorios. Pero, la guerra entre unionistas y nacionalistas destrozó a campos e ilusiones. El brioso Jefe político de Amatitlán se batió con denuedo en la defensa de la ciudad de Guatemala, el año 40. Por su coraje le concedieron una medalla Al Valor, el 21 de Mayo de dicho año.

No queda mucho que agregar, salvo lo referente a su vida interior y a sus versos. Falleció en 1844, a los 35 de su edad.

La primera edición de sus poesías no aparece sino después de su muerte (1845). La segunda tarda hasta 1859. Siguen las de 1881 y 1882. Yo utilizo la de 1944.

Esto no quiere decir que hubiese sido en vida, poeta inédito. «*Don Pablo*», su más celebrada «tradicción», se publicó en «*El café*» de Guatemala, en 6 números consecutivos (1839). «*El reloj*», escrita también bajo la sugestión de los cuentos de Casti, parece posterior a 1842, por la alusión que hace al general Santa Anna en Tapachula.

Claro está, como digo, que al margen de su biografía externa, Pepe Batres, solterón, padeció una intensa vida de amores felices y contrariados. La «pequeña historia» recoge dos nombres ilustres de amadas suyas: Adela García Granados y Luisa Meany: dos apelli-

dos de campanillas, al lado de quien tanto se riera de la nobleza.

La presencia de Adela García Granados, linda mujer según he oído, evoca irremediablemente el nombre de José Martí. Cuarenta años después de la muerte de Batres, el insigne cubano llegó a Guatemala, en demanda de auxilio para sus planes revolucionarios. Uno de los prohombres de la época era el señor García Granados, quien tenía una hija, María, muy joven y de indescriptible belleza. Vivían en la calle 12 al llegar a la actual Cuarta Avenida, donde está el Hotel Palace, que sirvió de alojamiento a Rubén Darío, en 1915-16, poco antes de su muerte. Martí jugaba al ajedrez con el padre para mirar de cerca a la hija. Nació el idilio. Pero, Martí tenía un compromiso formal en México, y allá se volvió, obligado por su misión política y por su deber doméstico, dejándose el alma en la ciudad de Pepe Batres. Cuando, poco después, el cubano regresó a Centroamérica, supo que María había muerto de extraña enfermedad. Se marchitó poco a poco como una flor que era. De allí brotó el incontenible llanto por

*La niña de Guatemala,  
la que se murió de amor.*

No sabemos si Adela, probablemente tía de esta heroína romántica, murió también «de amor». Es posible que de él quedase herida.

Travesuras de Eros. El amable solterón y poeta no quiso rendir su altedrío. En venganza de tanto corazón deshecho, se lo llevó pronto la muerte.

\*  
\*   \*

Virgilio Rodríguez Peteta, que ama tanto a su Guatemala, me escribió diciendo que Pepe Patres es uno de los más grandes poetas de América. Lo creo exagerado. Henríquez Ureña, limitando tal entusiasmo, se arriesga, sin empuje, a calificarlo de «el mejor de los poetas dotados del don del humor». Menéndez y Pelayo le ríe de pleitesía. Fuerza es repensar el propio juicio frente a tamaños elogios. A ver si consigo entenderme conmigo mismo.

La obra de Patres Montúfar se reduce a tres novelas satíricas en verso, a la manera de *La Fontaine* y de Casti, y un puñado de versos sueltos. Al último autor lo cita Patres amenudo. Confiesa paladinamente su admiración por él. Mas, a mí se me hace que la clasificación, así, escueta, es insuficiente.

Volviendo los ojos al estado de la literatura española y americana entre 1833 y 1844, comprobamos que Patres corresponde a la era del ajuste romántico, cuando Esteban Echeverría, a través de «*La Cautiva*», lanzó en disciplinada ofensiva, a los jóvenes rimadores con-

tra la ciudadela del clasicismo postcolonial. La tentativa romántica del Plata, extendida a la costa del Pacífico, tuvo diverso desarrollo en México y Centroamérica. Si bien es cierto que allí florecería Manuel Acuña, también es verdad que Lizardi y su «*Periquillo*» habían dejado sembrada la simiente de la picardía, y que ya se iniciaba la escuela vernacular de Altamirano, cuyos frutos mejores serían las novelas históricas y costumbristas de la segunda mitad del siglo XIX.

Batres se irguió contra el clasicismo colonialesco, lleno de insipidez y engorrosos parlamentos retóricos; pero en vez de alzar el pendón romántico, prefirió atrincherarse en la torre del humorismo, y desde allí, francotirador incansable, disparar a mampuesto contra los solemnes trasgos de la maltrecha pompa virreinal. «Narrador en verso», se dejó arrastrar por la corriente del tradicionalismo para combatirlo en su propio terreno, especie de «quinta columnista» de lo ritual. Acató hipócritamente a Zorrilla y al Duque de Rivas, pero estaba impregnado ya del genio insumiso de Larra. De esta singular combinación de ironía y evocación se amasa el estilo literario de Pepe Batres.

Guatemala había sido una Capitanía General suntuosa. De no haberse entrometido los terremotos, su cielo, sus fuentes, sus volcanes, sus minas, sus prados, habríanla hecho tan fe-

cunda y codiciada como la Nueva España. Con todo, se parapetó en ella el empaque cortesano, tanto más exigente cuanto más carece de efectiva solidez. No hay soberbia comparable a la del venido a menos. Guatemala que pudo ser mucho —ahí está, en Antigua, la estupenda muestra del Palacio de los Capitanes— se doblegó ante el rigor de la naturaleza. No por eso perdieron sus hijos, a los que después se llamaría los orgullosos «chapines», el señorío de su linaje; se aferraron a sus fulgores con porfía de sol muriente. Las «*Tradiciones Guatemaltecas*» de Pepe Batres recogen tan contradictoria actitud ante la vida.

Desde luego, el mero nombre, «*Tradiciones Guatemaltecas*», equivale a un tratado de preceptiva. Tradiciones se llamaban las de Zorrilla, las de Becquer, las del Duque de Rivas; tradiciones y leyendas inspiraban a Schiller, a Manzoni, a Hugo, a Byron a Scott. Escribir Tradiciones sería, pero a partir de 1855, la preocupación obsesiva y sonriente de Ricardo Palma, el peruano, punto nuclear del género en América. Tradiciones fueron las de Pepe Batres, pero, al revés, no sacudido de venerando temor, sino de incontenible risa.

Su colonialismo —*passez le mot*— se nutrió de irrespeto. Buscó el tiempo de los Capitanes Generales, porque le provocaba más risa que cualquier otro. Si alguien me pidiera un juicio conclusivo, que no hace falta, diría que



Batres y Palma son las más altas expresiones de nuestro humorismo decimonónico; ellos realizaron, casi un siglo antes, la hazaña que, con lujo de erudición y en su lenguaje *up to date*, llevaría a cabo Genaro Estrada en el inolvidable «*Pero Galán*» (México, 1925).

\*

\* \*

Son tres las «*Tradiciones Guatemaltecas*» de José Batres Montúfar: «*Las falsas apariencias*», «*Don Fabio*» y «*El reloj*». Además, compuso numerosas «*poesías varias*». Están coleccionadas en el tomo titulado: «*Poesías de José Batres Montúfar. Homenaje de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala (1844-1944) Tipografía Nacional. Guatemala C. A. 1944*» Ocupan 245 páginas. ¡Parvo tesoro!

Podemos prescindir de las composiciones miscelánicas. Algunas merecen recuerdo; la mayoría, no. Atengámonos, pues, a las «*tradiciones*».

El propósito de Batres, como el de todo satírico, se disfraza de fingida seriedad: aquí la ficción es sólo en cuanto a personajes y época, pues tono y asunto denuncian, a la vuelta de la primera esquina estrófica, los fines del autor.

Oigámoslo en la Primera Parte de «*Don Fabio*»:

*Amables damas que leéis gustosas  
alguna u otra alegre anecdotilla  
de aventuras galantes y amorosas,  
con tal que sea púdica y sencilla  
(pues sé que sois honestas y virtuosas,  
¡almas puras, dorcellas sin marcilla!)  
ura os voy a contar si no os molesta  
por divertir el ocio de la fiesta.*

La octava real aparece impecable, como reclama el poema épico castellano, pero la facilidad de la rima y las palabras vulgares, indican ya que se hincha una forma para llenarla de... humo de salero y picardía.

El protagonista, don Pablo, era hijo de don Pascual del Pecón, residente en Guatemala hacia 1773, lo cual no empece para que Eatres aluda con excesiva frecuencia a la época en que escribía, es decir, al año de 1819 o algo así. El propósito de Eatres en su «cuento» fué, según él mismo dice, (tratar de) «traducir al castellano unas pocas de las muchas sales que se encuentran en los cuentos de Casti». Con aparente seriedad presenta diversas escenas coloniales, algunas de ellas meros locales de lo que pretenden, pues coinciden, por ejemplo, con los chilenos: en la Guatemala del siglo XVIII, se usaba decir «tcmar las once» (once letras tiene el aguardiente), según se desprende del siguiente pasaje de «*Don Pablo*»:

*Y convidar después a cada cual . . .  
. . . a hacer las once al fin de la función  
con alguna aceituna, algún pastel  
y un poquillo de vino moscatel.*

De paso, hay una alusión semejante a «las once» en los versos del clérigo Larriva, quien escribía en Lima entre los años 1808 y 1832.

La más característica de las «Tradiciones» es la titulada «*El Reloj*». Picaresco relato. Don Alejo Veraguas de Comayagui fué quien llevó a Guatemala el primer reloj de bolsillo, con campanilla para dar las horas. Todos le ofrecían compra por él, y él se negaba. Pero, don Alejo se enamora de una mujer casada, Clara, que también codiciaba el reloj. Hallábanse refocilándose en el dormitorio de la dama, cuando atinó a regresar el esposo, a quien se le suponía ausente. Don Alejo hubo de meterse a las volandas debajo del lecho. En ese tremendo instante, el reloj da once sonoros campanillazos, delatando su presencia. Para disimular, don Alejo alcanza subrepticamente el indiscreto instrumento a la dama, quien lo pone en manos de su marido y le saca 200 pesos, diciéndole que, por tal precio lo ha adquirido del dueño. Don Alejo pierde el reloj y la dama. La dama gana 200 pesos. El cuasi burlado marido se hace del reloj. Tal la «tradicción» poco edi-

ficante del primer reloj de bolsillo en Guatemala.

La fábula, sin embargo, importa menos que el estilo. Batres, harto del historicismo centroamericano, verdadera plaga postcolonial del Continente, quiso burlarse de los cronistas y memorialistas, imitando su lenguaje y haciendo mofa de sus asuntos. Para solemnizar más la burla, dedícala a don Alvaro de Alcalá Galiano, y hace caudal de algunas citas de Casti. (Novella XVIII, II Maggio, LXXII).

Empieza así:

*Aunque el aconsejar a las señoras  
lo juzgo necedad, y es uso añejo,  
hace tiempo, bellísimas lectoras,  
que estoy pensando en daros un consejo,  
y es el de que robeis algunas horas  
a la ventana, al piano y al espejo,  
y os dediqueis un tanto a la lectura  
por prevención para la edad madura.*

Con tan endiablada facilidad, bien se pueden cometer todos los anacronismos imaginables, y hablar del Congreso «eterno» y de la «ley de garantías», aun cuando los personajes discurren en pleno siglo XVIII. Pues, quedamos en que el primer reloj de bolsillo y sonaja, llevado a Guatemala por don Alejo Veraguas de Comayagui, despertó la codicia de doña Clara, esposa del Alférez Mayor de la ciudad,

apellidado Cabral; que don Alejo se encandiló con doña Clara; que don Cabral también se relamía por el reloj. Era un amor a seis manos, capaz de producir un sismo, por lo cual Pepe Batres creyó de su deber consagrarle un canto:

*¡Ch amor! . . . (Este episodio es excelente,  
El verso es suelto, fácil, bien hilado  
Y corre como el agua de una fuente. . . )  
¡Ch amor! (Y buen trabajo me ha costado!)  
¡Ch amor, inconcebible, inconsecuente!  
¿qué nombre le daré? (¡pored cuidado!)  
Si a veces más que amor pareces odio.  
(jarrogante principio de episodio!)*

*Duerme el cautivo atado a su cadena,  
Duerme junto a sus armas el soldado,  
Duerme el piloto al pie del gobernalle  
Y duermen los serenos en la calle. . .*

Describe los desfiles coloniales. La pompa resuena a hueco. Para amenizar el relato coloca a don Alejo jinete en trioso corcel, que lo arroja al suelo, mientras él cantaba a su enamorada; y Batres acota:

*Esta canción cantaba don Alejo  
(Don Alejo con «x» se firmata).*

¿A qué glosar más si ya sabemos lo que fué Pepe Batres, poeta?

Tenía sus indudables razones para ser como era. Guatemala, repito, estaba saturada de colonialismo. Cual toda gobernación lejana, ponía más esmero en las apariencias que en las realidades. Sus familias de trapío ostentaban la vanidad de los desesperados. Cerrados a machamartillo a toda novedad, finchados a la portuguesa, murmuradores, ritualistas y beatos. En medio de ellos, Pepe Batres, bichozno de conquistador, parecía de la risa frente a tamaños modales. El ambiente era tan propicio al anticolonialismo que, en el acto, reunióse una capilla literaria en derredor del irónico sagitario. Pepe Batres fué como el eje de dos generaciones. De un lado aparecían Juan Dieguez Olaverri (1813-1856) y su hermano Manuel (1821-61) ambos poetas, sobre todo el primero; y por el otro, el adolescente José Milla (Salomé Jil), quien, deslumbrado por la pícara versaina batresiana, le rindió el máximo tributo de imitarle en su primera obra: «*Don Bonifacio*». Es el tiempo del pintoresco historiador de «*Las revoluciones de centroamérica*», don Alejandro Marur, escritor de fuerza, ignorada en el exterior de Guatemala; y de don Agustín Gómez Carrillo, mucho más joven que Pepe Batres, pero grande admirador de él, y continuador de Milla en la historia del mismo.

Es una época preciosa. Al filo de aquellos acontecimientos, adelantándose al Modernis-

mo, se deslizará Domingo Estrada (1860-1901) quien nutrido por el desparpajo de Pepe Batres, aprendió a desdeñar la retórica clasicista, y prefirió traducir «*Las campanas*» de Poe, a otros menesteres, dándose cuenta exacta de lo mucho que había que esperar de las nuevas corrientes, a que lo convidara José Martí. Con lo cual tenemos de nuevo al insigne cubano metiendo baza en la literatura guatemalteca, como lo hizo en todas las del Caribe y aun en la platense, a través de sus colaboraciones para «*La Nación*» de Buenos Aires. Mas, ¿no será que siguiendo el modo de José Batres Montúfar, me estoy lanzando demasiado a la abierta vía de las disgresiones, y me olvido de él, elogiándolo a contrapelo, tal como él lo hiciera con la época colonial de su patria?



## VI

### MILLA Y VIDAURRE, EL SOSEGADO

Cuando José Milla y Vidaurre empezó su vida literaria, en 1846, hacía dos años de la muerte de José Batres Montúfar, el famoso «Pepe Batres» de las magníficas y traviesas «*Tradiciones guatemaltecas*». No habría podido negar jamás el primero la influencia que sobre su estilo ejerció el joven e irónico autor de «*Don Pablo*».

Batres Montúfar representaba la negación de la pesada losa colonial, insoportablemente puesta sobre los hombros de la juventud de Guatemala. Milla que, al principio, trató de seguir el modo de su maestro, acabó sometiéndose a la rutina y siendo uno de los responsables de que dicha losa siguiera gravitando sobre su pueblo. La reacción que, en 1887, dirigiera contra Milla, aunque sin fruto, el adolescente Enrique Gómez Carrillo, fué natural efecto del choque de dos antagónicas actitudes mentales: el tradicionalismo y el mo-

derismo, la Colonia y el Progreso, España y Europa, el yugo y el trampolín.

La vida de don José Milla y Vidaurre guarda perfecta armonía con su obra. Careció de arrugas... hasta que envejeció. Interesa, como las consejas domésticas, por el carácter de su anecdotario, no por su significado. Los lectores se sientan parsimoniosamente en torno al autor a escuchar chismes, enredos, episodios, sin participar en ellos. Si el autor corta el hilo del relato, se lo puede continuar al día o al mes siguiente. Basta un rápido recuento de lo referido para que se restablezca la continuidad. Cuando el hilo unificante es interno, sería herético interrumpir el relato; tanto valdría introducir una tregua en medio de un acto mágico. Las Potestades cuando se alejan, no vuelven, o tardan en volver. La cuestión es que las Potestades entren en juego. Si no, los cuentos son cháchara más que literatura.

No es así de deprimente el caso de don José Milla y Vidaurre. Ni se podría decir, puesto que aún quedan muchos descendientes suyos, los cuales, como ocurre siempre, no están dispuestos a permitir la menor rebaja en la estatura de su epónimo. A los sudamericanos, por lo general, nos ocurre tan peregrina nostalgia. Nos estorban los antepasados... ajenos, y nos aprovechan los propios. Hay una suerte de necrofagia y necrolatría muy visibles y engorrosa, doquiera.

De todos modos, correremos el azar de encararnos con esta Esfinge sin misterios que fué la obra de don José Milla y Vidaurre. Como se la acostumbra considerar definitiva de un país y una época, urge averiguar lo que lleva adentro para encauzar nuestros pasos hacia ella, o desviarlos definitivamente.

\*

\* \*

Nació don José Milla y Vidaurre el año de 1822. Murió a los sesenta, en 1882. Caracterizando con nitidez el abismo que separaba su vida de su obra, usó para esta última el pseudónimo de «Salomé Jil», anagrama de sus dos primeros nombres. Seguía una muy difundida costumbre de la época.

Fué conservador en política. En realidad, los guatemaltecos de aquel tiempo, lo eran todos en mayor o menor grado. Como hace notar Carlos Wyld Ospina, en su vibrante ensayo «*El autócrata*», las diferencias entre liberales y conservadores eran muy pequeñas. Los más afortunados solían ser conservadores por lujo y otros por clericalismo; los liberales solían ser menos ricos o menos clericales. Entre el caudillo conservador Rafael Carrera, el tigre antiunionista, y el liberal don Rufino Barrios, adalid del unionismo, habría que echar a la suerte tratándose de principios doctrina-

les. El dictador liberal realizó muchas iniciativas de progreso, pero corrompió al país bajo su egolátrica tiranía, tan semejante a ratos a la del venezolano Guzman Blanco, «el Ilustre Americano».

No es ésta, sin embargo, la época de auge de don José Milla. Más bien, corresponde a la de su ocaso. Su éxito está ligado al régimen del general Rafael Carrera, quien imperó omnímodamente sobre Guatemala desde 1847 hasta 1869, en que murió. Carrera venció e hizo fusilar al general Morazán, campeón del unionismo. Sus consejeros eran su propio interés, el cura Durán y los «cachurecos», pintoresco nombre con que se conoce a los conservadores en la Tierra del Quetzal. Quienes vieron la entrada de Carrera vencedor a la antigua Capitanía General, lo describen de feroz modo. Iba desnudo de cintura arriba, con un fusil, y con su consejero de sotana al lado. Para la apartada Guatemala reinó un largo período de forzada paz. José Milla inició su obra literaria el año anterior al triunfo de Carrera. Se desarrolló bajo su gobierno.

Los primeros tanteos de Milla fueron, naturalmente, en verso. No tuvo fortuna. Le faltaban sentido de la armonía, imaginación y quizás capacidad de abreviar. El verso suele ser más compendioso que la prosa. Milla demostró siempre incontinencia verbal y escrita. Ponía punto final cuando no quedaba ras-

tro que seguir, incógnita que aclarar, personaje que matar. Sus lectores nunca tuvieron que colatorar con él. Era la moda de su tiempo. Ningún protagonista recibía el don de la libertad de su autor, hasta que se quedaba quietecito en la huesa.

En el prólogo que el periodista Federico Hernández de León escribió para la edición de 1935 de *«El Visitador»*, aporta algunos datos esclarecedores sobre la psicología de Milla.

Se educó éste en el Seminario, en donde estuvo hasta 1842, es decir, hasta los 20 años. Desde los 10 era huérfano, lo que explica tan dilatada clausura, así como su carácter más bien tímido y secreto, que audaz y extravertido. Durante el gobierno del doctor Gálvez, el joven seminarista estudió las doctrinas «liberales». Solía reunirse con el famoso Batres Montúfar, mayor en 14 años que él, y formaba parte del grupo que rodeó al ingenioso y zumbón autor de *«Don Pablo»*. Alentado por esta compañía, Milla se atrevió a editar sus versos el año 45. Al siguiente, 1846, apareció su firma calzando varios ensayos en la *«Revista de la Sociedad Económica de Amigos»*. Así comenzó su verdadera tarea literaria.

El gobierno de Carrera, según he dicho, le tuvo como cercano colaborador. Muchos fueron los honores que recibió Milla bajo ese régimen, pero ninguno quizá tan valioso para él, como su misión en los Estados Unidos, so-

bretodo porque entonces le fué posible cooperar con el caprichoso, genial y erudito Irisarri, cuya vejez fué tan sazónada como su edad adulta. Si existe en Guatemala algún tipo singular, inconfundible, mezcla de Rinconete y el Obispo Tostado, de revolucionario y académico, de golfo y erudito, fué Irisarri. ¿Qué efecto causó su presencia en el encogido espíritu del novel burócrata don José Milla? Se ignora. Mas no sería locura ver en la afición a la historia de éste, algún eco de las enseñanzas de aquel.

Milla era de una familia pobre. Ingresó como redactor de «*La Gaceta de Guatemala*». Su carrera burocrática fué relativamente rápida. Ya Oficial Mayor de Relaciones Exteriores, le designaron como Comisionado Especial en Washington. Más tarde fué Subsecretario General de Gobierno. Después pasó a desempeñar el alto cargo de Consejero de Estado.

Desde luego, se casó y tuvo prole. Entre 1864 y 1870 conquistó sus mayores triunfos. La Academia de la Lengua de Madrid le nombró su Miembro Correspondiente. Lo propio haría la Academia de Bellas Letras de Santiago de Chile. Pero, él admiraba a Batres Montúfar, y Batres se reía de los pujos constitucionales de sus gobernantes...

¶ Cuando, después de la muerte de Carre-  
ra y de un corto interregno caótico, ascendió

el régimen «liberal» del General Rufino Barrios, Milla tuvo que experimentar la necesaria lección de un breve ostracismo. Para entonces se hallaba en el decisivo filo de los 50 años. Un hombre del trópico a esa edad suele haber dado ya todo su jugo.

El ascenso de Rufino Barrios fué una amenaza para todos los que habían compartido las responsabilidades del poder con los conservadores. Milla había sobresalido más de la cuenta para permanecer en la oscuridad. Con toda prudencia resolvió poner tierra de por medio. Se exiló el año de 1871, ya novelista famoso. Dos años después comprendió que el nuevo amo nada tenía contra él, y hasta tal vez recibió alguna insinuación favorable, y decidió repatriarse. Barrios, hombre cazurro, muy respetuoso de la inteligencia, aunque muy poco de la libertad, le recibió con beneplácito. Eso mismo atizó chismes y reticencias, de suerte que Milla tropezó con un ambiente receloso, en el cual no tardaron en hervir inconfesables apetitos y pasiones que le hicieron su víctima. Fué una prueba excrable. El egregio escritor deambuló muchas veces por las calles de Guatemala, deseando hallar el espíritu del Adelantado don Pedro de Alvarado, o el de la novelesca doña Beatriz, o el de sus legendarios personajes para contarles su irrestañable cuita. De nada valía su acrisolada probidad. La orfandad física de su



niñez se tornaba ahora orfandad moral, tan aullante y laceradora como la otra.

Con Rufino impuso un régimen «liberal» *sui generis*, o mejor dicho *pro domo sua*. Cuando quiso disponer de una constitución *ad hoc*, llamó a Lorenzo Montúfar, pero como aquella no le satisfizo la hizo anular desde la cuna (1876). Más tarde se forjó un instrumento constitucional más elástico, por donde Barrios podía discurrir a su antojo. Montúfar fué su sicofante. Así se inició la asendereada Carta de 1879. La vida era tan azarosa, bajo el imperio de la constitución, que el indiscreto nicaragüense Enrique Guzmás escribe en su «*Diario íntimo*», que Wild Ospina transcribe en parte: «La discreción es obligatoria en la República de Guatemala. Imposible hallar gente más reservada que los *chapines*. Hasta los borrachos son prudentes aquí».

Cuando un país vive en tan absoluta y permanente «discreción», los escritores o se expatrian o se dedican a la historia. José Milla vivía entregado a la novela histórica. Barrios sobrevivió a Milla. Halló la muerte en 1885, cuando intentaba recomponer el unionismo de Morazán, pero desde Guatemala...

■

\* \*

La primera obra de Milla se titula «*Don*

*Bonifacio*», y es una leyenda en verso. ¿Sería propio llamarla «novela en verso»? Dedicada a Juan Dieguez, el 18 de Febrero de 1862, consta de ocho partes en octavas reales. Los hechos ocurren hacia 1631, en pleno siglo XVII. No había riesgos a tanta distancia. En prosaico tono empieza:

*Ciento y treinta años hace que vivía  
en la Antigua Ciudad de Guatemala  
un abogado, cuya biografía  
la más rara novela no la iguala.  
Trasegando una vieja librería,  
en una oscura y enpolvada sala,  
un anticuario la encontró. Se ignora  
porque había estado inédita hasta ahora.*

Desde luego, así habría escrito José Baires Montúfar. Bastará cotejar el tono de ambos para confirmarlo.

Don Bonifacio Manso y Bobadilla era un criollo, descendiente de antigua familia castellana. («Lo trato como a un amigo de colegio—por ajustarme al metro, un largo espacio...») Don Bonifacio es un personaje truculento. Ataca con ánimo asesino a Juan de Arana, Don Bonifacio se casa con Lola, hija de don Serafín. Luego ahorca a Lola, e intenta matar a Cecilia, para apoderarse de un collar de perlas de la finada. Una bruja, «*La Tatuana*», consigue con sus artes librar de la cárcel al ase-

sino, pero... ocurre el terremoto que destruye la ciudad, y Bonifacio perece tal como había perecido Lola.

Tantas muertes y tragedias diferencian la concepción de Batres de la de Milla. Mientras aquel es irónico y placentero y se ríe a las callandas del Coloniaje, Milla lo utiliza para dar rienda suelta a su afán dramático. No se compaginan con todo ello, el caudal de extrañas citas que por amor de burlas, mecha la leyenda de Milla. Hasta donde se me alcanza, ni Proudhon ni Kant, ni Schelling, ahí mencionados, tienen nada que ver con Guatemala, ni con la colonia, ni con la tragedia. Es probable que tales citas traten de relieves el humor satírico del autor y, también, sus deseos de ser tenido por hombre de lecturas.

Parece que la moda de entonces, extendida desde el Perú por Don Ricardo Palma, consistía en describir episodios coloniales, con cierto sentido humanístico. Desde Europa llegaban los imperativos románticos de la novela histórica de Walter Scott, las leyendas de Eéquer, las caprichosas tramas de Dumas (padre) y de Manzoni. En América no florecía aún el género, contra lo que ha aseverado, me parece, Amado Alonso. Milla fué uno de los escampavías de la novela histórica americana. Es justo reconocerle tan precioso mérito.

\*

\* \*

El dominicano Galván (1834-1910) publicó su famoso «*Enriquillo*», entre 1879 y 1882. Milla lanzó su primera novela histórica en 1866 (dejando de lado «*Don Bonifacio*»). Esa primera novela histórica del guatemalteco se tituló «*La Hija del Adelantado*».

Como ocurriría en adelante, la trama se desenvuelve en la Antigua (Antigua Guatemala), ciudad destruida por un sismo, y adonde la curiosidad turística acude llena de emoción ahora. No abona ésto el mote de «Tácito guatemalteco» con que don Ramón Salazar saluda a Milla en el prólogo a la edición de 1897, de la «*Historia de un Pepe*». Conviene no exagerar. Bástenos asentir en que, hasta Milla, la novela histórica no se cultivaba sistemáticamente en nuestro Continente. Muchos fueron los llamados, pero pocos los... elegidos por sí mismos.

Hasta donde yo se, el caudal novelístico de Milla lo constituyen: «*La hija del Adelantado*», «*Memorias de un abogado*», «*El Visitador*», «*Los Nazarenos*», «*El Canasto del Sastre*», «*Cuadros de costumbres*», «*El viaje a otro mundo*» (3 vols.), «*Historia de un Pepe*»; agregaré la sustanciosa y bella «*Historia de Centroamérica*». No conozco más.

He leído «*La hija del Adelantado*», 1866, en su tercera edición de 1935.

Trata de los desdichados amores de doña Leonor de Alvarado Jicotencal, hija del Ade-

lantado y de una princesa tlascalteca, con don Pedro de Portocarrero, noble capitán. Contra aquel idilio, cuyo escenario fué la Antigua, conspiran con mil intrigas y malas artes, don Francisco de la Cueva, cuñado del Adelantado; el inescrupuloso médico Peraza, y el torcido secretario Robledo. Desde luego, «Salomé Jil», igual que Dumas, elimina la historia cuando no conviene a sus propósitos imaginativos. Así, no menciona el hecho de que doña Leonor estuviera casada con don Francisco de la Cueva, matrimonio que procreó varios hijos. Habría sido anticipar innecesarias verdades, frustrando la invención. «Salomé Jil» describe con minuciosidad de notario los detalles de las intrigas en la pequeña corte del Palacio de los Capitanes. La figura de doña Beatriz de la Cueva (segunda esposa de Alvarado, pues la primera fué doña Francisca también de apellido De la Cueva), adquiere contornos poemáticos. En ausencia y muerte de su esposo, ella toma las riendas del gobierno. Mas, en una de las peripecias del relato, cuando doña Beatriz debe intervenir definitivamente, se produce la trágica erupción del volcán de agua que hierve en las proximidades de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala, y la gobernadora perece entre la lava, el 11 de Septiembre de 1541, al par que la mayor parte de sus camareras y súbditos. La ciudad fué arrasada. Como en los rela-

tos bíblicos, «no quedó piedra sobre piedra». De tan dramática y cómoda manera terminaron las cuitas de los protagonistas de la novela.

Como Dumas y Fernández y González, como Sué y el Duque de Rivas, el autor de «*La Hija del Adelantado*» maneja un registro psicológico muy pobre. Sus descripciones son animadas y hasta puntillistas por el exceso de pormenores; mas sus personajes carecen de variedad. Un alma no es un disco de un solo lado. Un diálogo tampoco consiste en una sucesión de alternos discursos. Por tremendo que sea el propósito de venganza, no todo en la vida de un vengativo ha de ser tan negro y torcido como en la del médico Peraza o del secretario Robledo. Almas de un solo sentimiento; traidores-traidores, vengativos-vengativos, generosos-generosos: ¿acaso no son esas las características de lo que con tanta propiedad ha denominado Jean Epstein, «subliteratura»? Sin embargo, lo que el autor de «*La poesía, nuevo estado de inteligencia*» vitupera ahora, hacía las delicias de nuestros abuelos. Cada edad tiene sus preferencias. «A nuevos tiempos, nuevas canciones», dice un refrán ruso. Por lo mismo: «a viejos tiempos, viejas canciones». Lo erróneo sería aplicar a un hombre de 1866 la técnica y los conocimientos de uno de 1950.

«*Memorias de un abogado*» presenta otra época: el siglo XVIII. Cambia el escenario. La



Corte tiene poco que ver aquí; más bien, la Universidad, la Audiencia, los togados, los rúbulas. Guatemala poseía ya, entonces, una afamada Universidad. En ella se dedica a estudiar Derecho cierto individuo salvado de la horca, quien consagra su existencia y sus conocimientos a ayudar gratuitamente a los condenados a muerte. Su experiencia difícilmente podía ser superada.

Quien desee enterarse de los usos de fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX —como que se habla de «Buonaparte» al final—, sobretodo en asuntos universitarios y de teatro, debe acudir a esta obra. Pintoresca, aunque pesada, ofrece cuadros insuperados sobre el ambiente guatemalteco, en la nueva capital. Se trata de un alarde costumbrista, desprovisto lamentablemente de la indispensable ironía y cinismo que dieron fama a Concolorcorvo (Perú, 1773), a Lizardi (México, 1816), a Irisarri (Guatemala; y Bogotá, 1847), «Salomé Jil» se atiene a su objetivo inmediato. Cuenta, no comenta. Parece como que invisible autoridad le tuviera prohibido sobrepasar impalpables límites de inoportuno decoro. El abogado de «Salomé Jil» resulta así una especie de Pimpinela Escarlata sin humor; o con el humor un tanto torcido. La Colonia impera.

Retrocedamos al siglo XVII. Este devanar de centurias, avanzando y retrocediendo como lancadera, alivia de todo pedestrisimo.



«*El Visitador*» (1.<sup>a</sup> edición, 1867; 2.<sup>a</sup>, 1896; 3.<sup>a</sup>, 1935) trata de un misterio de ámbito internacional. En 1581, en el puerto de San José, Guatemala, el herrero Andrés Molinos halla y recoge a un niño de pelo rojo, desvalido, junto a su madre muerta. Se trata de un desconocido hijo del corsario Sir Francis Drake. El herrero tiene un hermano, Basilio, de oficio barbero, y por tanto el reverso de aquél: Andrés es francote, impetuoso, leal; Basilio, intrigante, chismoso, lleno de codicia. En 1623, toca a las puertas del Convento de La Merced en México, un desconocido, quien, después de hablar con las autoridades monacales, pide y consigue que se respete su incógnito. Después sabremos que se trata de don Juan de Ibarra, cuyo ardor en la venganza le empuja a disparates, causa de su derrota. Gobierna Guatemala el Conde de la Gomera, que había sido autoridad en Chucuito del Perú. La descripción de las fiestas en homenaje al Rey Felipe IV está admirablemente hecha, con cierto sabor a primitivo que caracteriza a Milla. Sin embargo... ese Juan de Ibarra resulta identificado con otro extraño personaje, y sus rencores le convierten en una especie de Conde de Montecristo del trópico, incapaz de dar cuartel ni entregarse al olvido cuando de alguna ofensa vieja se trata. El papel del barbero es semejante al del médico de «*La Hija del Adelantado*». Como siempre, los malos de Mi-

lla son malos hasta en el respirar, y de añadidura, feos; los Luenos son buenos hasta en sus pesadillas, y de contera, bellos.

No cambia mucho el tono en «*Los Nazarenos*» (primera edición, 1867; tengo a la vista la 5.<sup>a</sup> que es de 19.5). El tema del libro se refiere al odio implacable de dos familias: los Padilla y los Carranza, suerte de Montescos y Capuletos de Centroamérica. Entre paréntesis, figura en el capítulo V cierto Marcos Dávalos y Rivera, que me trae a las mientes a don Juan Dávalos y Rivera, insigne limeño, alabado por Cervantes en «*La Galatea*» (1585). Los Padilla constituyeron hacia 1654 una sociedad secreta, llamada «Los Nazarenos», cuyo distintivo era una «N». Su objeto principal consistía en reparar injusticias y... atacar a los Carranza. Era una especie de Klu Klux Klan colonial; algo semejante a las organizaciones de Potosí en el siglo XVII. Era jefe de los Nazarenos, don Silvestre Alarcón. La conspiración de los Nazarenos es el asunto central. Advierto, al paso, que Milla incurre en algunos galicismos, inaparentes en tan eximio clasicista: «haced vuestro deber», «una noticia hizo sensación», etc. son expresiones nada plausibles en boca de un académico y, además, adicto al sabor de lo viejo.

La «*Historia de un Pepe*» presenta otro aspecto de la literatura de «Salomé Jil». En Guatemala se dice «pepenado» al «levantado

del suelo», al «nacido de la nada», al «expósito». Un «Pepe» es un don Nadie. Trata el libro sobre los amores del «pepe» Gabriel Fernández de Córdova con Rosalía Matamoros, hija de un pintoresco maestro de armas, y capitán del ejército de S. M., y de la noble guatemalteca Matilde Espinosa de los Monteros, apellido que solía abundar en el Perú. Como siempre, figura en la novela un atogado intrigante, Diego de Atocha. Actúan unos bandoleros. El amor triunfa, pero la muerte puede más que el amor. La acción ocurre entre 1792 y 1823. Aunque el estilo sigue siendo el de Dumas (padre) se advierte que Milla ha perdido fuerza y no ha ganado vivacidad.

La técnica novelesca de «Salomé Jil» carece de complicaciones psicológicas, a cambio de notorios enredos de trama. Es el folletín histórico clásico. Ameno, divertido, bien documentado, pero poco profundo.

\*

\* \*

Don José Milla firma la dedicatoria de su «*Historia de Centroamérica*», el 15 de Septiembre de 1879, en Quesada (Juriapa). Deja claramente establecido que si algún mérito se encontrare en su obra, correspondería «a la confianza que su gobierno» había depositado en él. El gobierno era, repito, el del «liberal» unio-

nista Rufino Barrios. Milla, también lo repito, había crecido al amparo del caudillo «conservador» y antiunionista, Rafael Carrera. Se explican los sinsabores que su acercamiento a Barrios le atrajo. A pesar de que no tuvo ninguna intervención política y que su *Historia* es un monumento de sabiduría y buen gusto, las pasiones le mordieron. No repararon ni siquiera en su edad, ya próxima a los sesenta. «Salomé Jil», según los iracundos y mendaces, «se había vendido» al tirano. Repito, así mismo, que, al igual que más tarde al tirano Estrada Cabrera, a Barrios le halagaba verse rodeado de intelectuales.

La «*Historia de Centroamérica*» en que Milla abarca la vida de Guatemala desde el «*Popol Vuh*» hasta 1686, es una de las mejores publicadas en la América antes hispana. No obstante haber sido escrita en una época ayna del sentido de la crítica histórica, adicta al modo narrativo, entregada al pintoresquismo, Milla guarda una severidad que, por ejempl'o, no se encuentra en Prescott. Las fuentes de que se vale son las precisas. Sin embargo de que aún no se habían llevado a cabo los descubrimientos arqueológicos que harían famoso a Morley («*La civilización maya*», 1946), Milla avanza con firme paso por entre la maraña de documentos y deducciones, por mucho que a veces acepta demasiado la exactitud de los asertos del Abate Brasseur de Bourbourg, entonces en

plena boga. Milla no es de los que atribuyen determinado autor al «*Popol Vuh*», sino que asienta su anonimia, y aunque no parece muy seguro de su remota antigüedad, le da el valor que se requiere. Como Milla es escritor, acierta en las narraciones, por ejemplo, la emigración de los Toltecas rumbo a Honduras, a consecuencia de una peste.

Claro está que Milla prefiere narrar a discutir. Por lo general, da por seguro lo que afirma. Pero, ¿es acaso ésto motivo de reproche cuando Lafuente, Prescott, Ticknor, Michelet, Quintana hacían lo propio? Los relatos de Milla sobre la rebelión de Atitlán cuando llegó Alvarado; la liturgia en Guatemala y Nicaragua; sus apuntes sobre la prostitución legal en esta última región; la vida del plebeyo o *macehual*; el lujo que significaban el chocolate y el tabaco; la institución del nahuatl (compañero) y el nagualismo; el funcionamiento perfecto del calendario de 18 meses (entre quichés y cakchiqueles); la división del mes en 29 días; la adición de 5 días sin nombre cada año, la institución del año de un día más cada cuatrenio, etc., son de un atractivo incuestionable. Igualmente seductoras son sus páginas sobre el proceso contra Alvarado, en 1529; las crueldades del mismo contra la joven princesa Xuchil, etc.

Milla se revela en su «*Historia*» tal como aparece en sus novelas: narrador fácil y

pormenorizado de episodios pintorescos. La verdad es que uno titubea entre darle el mote de historiador, cuando escribe novelas, o el de novelista cuando se erige historiador. Su tiempo era así.

De ahí que cuando refiera sus andanzas a raíz de su autodesierto de 1871, e inventa a ese imperecedero personaje que es «Juan Chapín», famoso hasta hoy, mezcle también las fantasías a las verdades, creando una atmósfera de ilusión, de fantasmagoría, absolutamente adecuada a quien fué antes que nada el novelista de la Antigua Guatemala. Desde entonces, el destino de José Milla y «Salomé Jil» se confunde con el de «Juan Chapín», el andariego. Cuando, poco después, vino la muerte a llevárselo, el pueblo comprendió con certeza que había fallecido el señor Milla Vidaurre, pero que seguía deambulando por las dormidas calles de la vieja ciudad, el ingenioso y descorazonado «Juan Chapín».

\*

\* \*

Gómez Carrillo, saturado de literatura francesa y de adolescencia ambiciosa, la emprendió contra «Salomé Jil», allá por 1889. El público letrado rechazó la «ofensa». Gómez Carrillo hubo de salir entre policías una noche en que se presentó al teatro, y el auditorio le rechifló sin ahorros.



¿Quién tuvo razón entonces? Nadie.

Era absurdo que comparara a Milla, cargado de historiografía y de tradiciones, con Teófilo Gautier, mero incursionador de la historia por mor de distraerse. Era ocioso y cobarde zaherir a un adolescente lleno de sagrada codicia, por haberse mostrado arrogante. Era necio endiosar a Milla y colocarlo en el sitial de los intangibles, cuando nadie puede pretender tal inmunidad.

Gómez Carrillo tenía derecho a expresar el punto de vista de su generación harta de colonialismo, ávida de exotismo, cansada de la Academia, urgida de renovación. Milla había hecho bien en invertir sus forzadas holganzas de intelectual atado a la incompreensión suspicaz, en relatos inocuos, pero pintorescos.

Que no se llame a omnisapiencia nadie, si es que hay humildad humana en su corazón. Los dos fallaron, los dos acertaron, pero el único que no acertó nada fué el público, inepto juez de una causa que no entendía. Hay sutilezas que no se compadecen con el ruido.

Hacía siete años, entonces, de la muerte de «Salomé Jil». Las aguas de la Antigua, esas aguas numerosas e incansables en cristalino e inacabable coro, seguían fluyendo de los surtidores. Rotos arcos, truncas columnas, campanarios mochos, bóvedas deshechas atestiguaban la majestad del tiempo ido. Otra



ciudad había crecido, en otro lugar, huyendo de la amenaza del volcán y el terremoto. «Juan Chapín», como Ashaverus, proseguía su peregrinaje más allá de la vida...

## VII

### GOMEZ CARRILLO, O EL MODERNISMO

A Gómez Carrillo le hizo daño literariamente, su facundia. Como escribía conforme pensaba, y pensaba conforme veía, y vió sin tregua, su obra se resiente de esa riqueza de visiones, donde se halla, en verdad, su mejor explicación.

Desde que murió Darío en 1916, se han sucedido muchos libros acerca del Modernismo. Por lo común, soslayan la personalidad de Gómez Carrillo. Este mosquetero, triunfador de la existencia, no ha logrado evitar el destino que la Muerte depara a los que abusan con exceso de la Vida. Además, ha carecido de algo indispensable para la inmediata celebridad: parientes bien quistos y gobierno amparador. El bohemio impenitente que fué Enrique Gómez Carrillo ni siquiera se curó de tener una patria legalmente indudable. Las convenciones humanas le importaban muy poco. Si ahora, el gobierno de su país, bajo un presidente

de cepa intelectual, ha resuelto tributar honores a su memoria, ello es algo absolutamente imprevisto. Lo natural en la Tierra del Quetzal, donde el mando pasó de manos de general a general, era que la cadena no se interrumpiera precisamente cuando se forja una semejante en casi toda América.

Hay otro obstáculo en el camino de Gómez Carrillo; la gloria. Los críticos del Modernismo se preocuparon mucho de salvaguardar su propia fama. Blanco-Fombona, que estudió y propagó aquel movimiento, era émulo de Gómez Carrillo, por debilidades de ambos: cuestiones de literatura, taberna, boulevard y sala de armas. Santiago Argüello, que no amaba sino a sí mismo, sentía celos de aquel insigne desenfado que fué el autor de «*Jerusalén*». Los exégetas extranjeros han repetido casi siempre el dicho de los criollos, limitando su originalidad a introducir subcapítulos, párrafos y subpárrafos, lo cual infunde tótemico respeto a los no-iniciados. De suerte que, pasando como ha pasado la antorcha del prejuicio de mano en mano, aquí la tenemos tratando de iluminar nuestra senda con pálida luz de atribulado alcance.

Estuve en Guatemala inquiriendo sobre Gómez Carrillo. No me informó nadie. Su propio hermano, profesor de idiomas, contertulio del Hotel Continental, subsiste ajeno a la gloria del magistral cronista. Aún cuando en

la intersección de la Sexta Avenida y la Calle Cuarta de la ciudad, empieza el Parque Gómez Carrillo, en las librerías no se encuentra una sola obra del cronista. Yo he peregrinado de establecimiento en establecimiento buscándolas: más fácil es encontrarlas en Buenos Aires y seguramente en Madrid.

Aparte de mis propias lecturas fuera de Guatemala, y de recuerdos de personas que frecuentaron al cronista, he tenido que utilizar unos pocos trabajos éditos, los principales de los cuales son las propias memorias de Gómez Carrillo («*Treinta años de mi vida*», «*En Plena bohemia*», etc.); el libro de su primera esposa, mi compatriota Zoila Aurora Cáceres («*Mi vida con Gómez Carrillo*», Madrid 1927) y el de Juan M. Mendoza («*Enrique Gómez Carrillo. Estudio crítico-biográfico. Su vida, su obra y su época*», 2.<sup>a</sup> edición, Guatemala, 1946). A ellos me remito, principalmente a los volúmenes de Mendoza, en que, a pesar de su antipático prurito de colocarse como personaje central él mismo, es posible descubrir informaciones útiles y utilizables, en medio del desorden con que están expuestas.

\*

\* \*

Cuando Gómez Carrillo nació en 1873, Guatemala era una ciudad conventual, opaca,

quieta, no obstante el perenne fulgor de su incomparable cielo y la agreste hermosura de sus alrededores.

Desde luego, Guatemala tenía más movimiento que Managua, en donde seis años antes había visto la luz Félix Rukén García Sarmiento, príncipe de los pectas del idicma. Pero sí, comparada con las otras capitales centroamericanas, la de Guatemala posee evidentes ventajas, comparada con otras ciudades del continente entonces, y sobre todo, con el emporio a que tenderían el vuelo los escritores de la épcca, París, su aire era absolutamente provincial y tedioso, scmetido a la inaguantable presión de los tiranos de uniforme y del clero, su secuaz.

Enrique Gómez Carrillo nació el 27 de Febrero de 1873, del matrimonio de Agustín Gómez Carrillo y doña Josefina Tible, hija ésta de un ingeniero belga. El apellido legal del escritor era, pues, Enrique Gómez Tible. No lo usó, porque desde la escuela le ocasionó serios disgustos. Los muchachos le llamaban a gritos: *Comes-tible*, *Ccmestible*, haciendo un burlesco juego de palabras con ambos nombres, de suerte que no bien adquirió sentido del ridículo, abolió el «Tible» materno, y adoptó los dos apellidos de su padre: Gómez-Carrillo.

El señor Mendoza caracteriza muy bien el ambiente en que nació el cronista con una

sola anécdota: ese año se instaló el telégrafo, a cuyo funcionamiento se había opuesto el dictador Rafael Carrera, hombre de pocas luces, cuyo ministro, el egregio don Pedro Aycinema, le tenía convencido de que el telégrafo era artículo de lujo. El mismo señor Mendoza insiste en que, fuera de los toros y la zarzuela, puro casticismo, no había ningún otro entretenimiento. Para que la fortuna no se equivocara con Enrique, su nacimiento ocurrió en una casa en «Los Siete Pecados», propiedad de don David Luna, casi frente al actual Palace Hotel, en la Calle Doce poniente con Cuarta Avenida. No sobra agregar que en el edificio del Palace Hotel se desarrollaron, cuando era propiedad de los García-Granados, los líricos amores de José Martí con «la niña de Guatemala», «la que se murió de amor».

Agustín Gómez Carrillo (1838-1908) fué un eminente abogado guatemalteco, a quien se encomendaría continuar la interrumpida y jugosa «*Historia de Centroamérica*» de José Milla; fué Rector de la Universidad de San Carlos y escribió un entretenido «*Viaje a España*». Josefina Title era hija del ingeniero belga Francois Title y de la guatemalteca doña Dolores Machado Luna. Es probable que el abuelo europeo y de habla francesa influyera en la predilección por el francés que Enrique tuvo desde niño, no obstante de que nunca escribió en dicho idioma.

La circunstancia de que los Gómez Carrillo tuvieran muchos parientes de El Salvador, inclinó a algunos cazadores de novedades a afirmar que Enrique era salvadoreño. Mendoza exhibe la partida de bautismo a fojas 580 vueltas del libro de Bautizos de El Sagrario, de la Catedral de Guatemala, año de 1873, en donde se deja constancia del dicho nacimiento en la capital de la patria de Irisarri. Era guatemalteco, sin duda de ninguna especie. Contribuyó a extender la versión sobre el salvadoreñismo de Gómez Carrillo, otro hecho. Como fuera muy mal colegial; y sus padres tratasen de obligarle a seguir los estudios que ellos escogieron, el muchacho se escapó del Instituto Nacional de Guatemala y, pasando la frontera, se refugió en El Salvador.

Por lo común, los biógrafos de los escritores señalan a sus héroes como precozmente geniales, lectores de obras clásicas. Enrique Gómez Carrillo, a los 12 años, había leído muchas . . . pero muchas novelas de Paul de Kock. Su aprendizaje licencioso era inefablemente de medio pelo. Repitió la hazaña de fugarse del hogar varias veces. Al cabo, sus padres, convencidos de que Dios no había querido atraerlo a la senda del estudio, optaron por emplearlo en una tienda de trapos. Se llamaba ésta «La Sorpresa» y estaba situada en la Calle Real. El flamante hortera Enrique Gómez-Tibble, adolescente bello y precoz, lucía ya enma-



rañada melena de endrina, y su mirada trataba de desnudar a las mujeres, acaso para poner en uso las prendas interiores que vendía en su establecimiento. Parece que el joven Gómez bebía ya como persona mayor. La inclinación al alcohol no es rara en las ciudades de sierra. El frío y la soledad provocan al alcoholismo más o menos discreto. Cuando no existen sucedáneos ni derivados, el mozo inquieto no encuentra otra ruta que la cantina, la revolución o el burdel. Enrique no era un revolucionario.

A los 15 años, erudito en Paul de Kock, fugas escolares y aguardientes lugareños, Enrique Gómez-Carrillo publicó su primera colaboración periodística en «*El Día*», dirigido por el Coronel y Doctor Matus. No fué un gran suceso, pero las clientes de «*La Sorpresa*» celebraron entusiastas aquel nuevo sesgo del romántico y bello hortera, que con tanta energía iría a rechazar luego el manejo de la esoba y el plumero, para esgrimir la pluma. Sin conocer a Gracián, Enrique realizaba en hechos el juego de palabras caro al insigne autor del «*Oráculo Manual*». Una de las parroquianas de «*La Sorpresa*», voraz consumidora de corsets, medias caladas, enaguas de fustán, calzones con blondas, etc., era doña Edda Christiansen, esposa del Ministro de Francia en Guatemala.

Edda era una real hembra, algo otoñal;

Enrique un adolescente inexperto, deseosísimo de aprender. Se ignoran las artes horteriles de que uno y otra se valieron para entenderse. ¿Impresionó al empleaducho midecintas y mideversos, la madurez provocativa de la dama extranjera? ¿Sedujo a Edda la muchachez promisoría y tropical del Adonis de vara en mano? Lo feo es que este episodio haya sido revelado por el propio Gómez Carrillo, en una especie de chulería *post-mortem* a que no fué desafecto. Edda Christiansen se pagó de su gusto. Al cabo, cuando el adolescente pretendió más de lo obtenido, le echó en cara su oficio. Así se produjo la ruptura.

Dato para la historia: el joven hortera era ya manirroto. Diz que le engolosinaba estrujar las prendas íntimas femeninas de los escaparates y cajones. No reparaba en que él no era el amo, si se trataba de regalar cortatas a los amigos. Tampoco para prestarles dinero. De todos modos, la experiencia con las ropas femeninas y con las de Edda Christiansen le invistieron de repentina machedumt re. Cuando leyó al sencillo y pueblerino José Milla, gloria nacional, se sintió obligado a dejar constancia de su disconformidad. Tenía 16 años.

\*

\* \*

En 1889, cuando el audaz jovenzuelo Enrique Gómez-Carrillo publicó su primer ata-

que a la fama de José Milla, el egregio «Salomé Jil» de las novelas históricas y de las andanzas de Juan Chapín, se acababa de publicar «Azul» en Chile, tras de cuyo éxito Rubén Darío regresó a Centroamérica y se detuvo en Guatemala. Las letras del país hirvieron de glaucos, grises, azules y bermellones, al contacto del «abate joven de los madrigales», del «poeta que había visto ninfas»... Gómez Carrillo, con la ceniza de su trunco idilio carnal con Edda Christiansen, desdeñaba los amores locales. Pretendía señorearse en aquel mundo imaginario. Había leído ya «*Mensonges*», de Paul Bourget; «*Jack*» y «*Safo*» de Daudet (parece que no «*Tartarín*», pues habrían cambiado las cosas); «*El horla*», y «*Bel ami*» de Maupassant, y sobre todo, «*Thais, la cortesana de Alejandría*» de Anatole France. Como en el cuento de Darío, también Enrique «ha visto ninfas».

Munido de tal bagaje, el empenachado joven tropical creyó que tenía dominado al mundo. Leyó las novelas de José Milla con aire despectivo. Aquel modo de relatar sencillo, caudaloso, superabundante en detalles, característico de «Salomé Jil», no se parecía en nada a la forma irónica y sintética con que Anale France recucitaba viejas, muy viejas usanzas. Mientras el estilo de don José se desenroscaba perezosamente, el de France brincaba con agilidad de maromero. Gómez-Carrillo sin más

autoridad que su afrancesamiento (al que contribuyó de seguro Edda Christiansen) y su audacia, soltó una andanada contra el prócer de las letras nacionales guatemaltecas.

Tanta indignación despertó aquel atrevimiento, y tan ganado se tenía el desafecto público Enrique, con sus jactancias y sus escandalosos amores — el hortera enamorado, el hortera supercrítico, dirían, de juro, los zoilos de esquina—, que, al presentarse en una función del Teatro Colón capitalino, la concurrencia inició una rechifla contra él, la cual lejos de amenguar ante el primer gesto de arrogancia, se hizo general y lapidaria. La policía que, como cumple, estaba del lado del «orden», en este caso del orden clásico, se puso a apoyar a los autores del escándalo en la sala, y obligó a Gómez Carrillo a abandonar el teatro. Respaldaban con su autoridad armada, la gloria inmarcesible del autor de «*Los Nazarenos*». Pero nadie convenció a Enrique de que su paralelo entre Milla y Teófilo Gautier no era el más justo. «*La Novela de la momia*», con sus magníficas evocaciones, dejaba chiquitita la fama de las remembranzas y reconstrucciones coloniales de «*Salomé Jil*».

No era popular en la Guatemala del 889, el mosqueteril y piafante futuro cronista. Rubén Darío, a la sazón en sus 23 años, pero maduro de genio y experiencia, entendió aquel drama y vislumbró aquel talento. No trepidó

en ofrecerle una plaza de redactor en «*El Correo de la Tarde*», periódico de que formaban parte, además de Rubén, los escritores guatemaltecos Máximo Soto-Hall, José Tille y otros. En 1890, Enrique Gómez-Carrillo, aleccionado por la rechifla del Teatro Colón, mas impaciente por renovar el caso, escribía sus primeros ensayos bajo la sombra bovina y melodiosa de Darío.

El Modernismo estaba en pañales. Las lecturas francesas, que habían sacudido tanto al joven Gómez-Carrillo, recibían ahora las consagratorias aprobación y estímulo del insigne nicara $\ddot{u}$ ense. «*Azul*» ponía en circulación nuevas formas, al par que nuevos ídolos: Walt Whitman, Díaz Mirón, Catulle Mendés, Julián del Casal, Leconte de Lisle. El tercero y el cuarto hallaron eco en el corazón del novel escritor; del quinto aprendió, además, entonces, la sed de lo desconocido, la incesante procura de horizontes ignotos. Rubén que entendía el naciente drama de esa inadaptación, acudió al Presidente de la República, Barillas, y le solicitó una pensión en el extranjero para su amigo, ya ducho en el arte de la esgrima, de atu-zarse el ligero bigotillo y alisarse la terca y nigérrima crencha sobre la oreja izquierda. Enrique Gómez-Carrillo partió a Europa en 1891, con una pensión de 750 francos mensuales. Iba a descubrir el vellocino de oro.

\*  
\* \*

El primer libro de Gómez-Carrillo apareció en Madrid, en 1892, bajo el título de «*Esbozos*». No había su autor cumplido aún los 20 años. El material de sus páginas lo constituyen siluetas literarias de Oscar Wilde, Amado Nervo, Paul Verlaine, Alejandro Sawa, Charles Maurras, Rubén Darío... No se requiere más para establecer los hitos y coordenadas de su arte.

Seducían a Gómez Carrillo los aspectos vistosos, exhibicionistas y exóticos de la literatura. Era natural que Wilde, con su dandysmo y sus paradojas, ejerciera inevitable señuelo sobre él. Y que Alejandro Sawa, buscador de rarezas y exhibidor de las mismas, le impresionara. En Verlaine encontraba juntamente el lirismo trémulo y penetrante, la actitud de inconformidad, melancolía y alcoholismo, beatitud y sacrilegio, especie de tropicalismo a la sordina, si cabe. La pungente presencia de lo esotérico se perfilaba en su predilección por Nervo. Rubén compendiaba —alcohol, misticismo, lujuria, melodía— sus más caras aspiraciones. Había nacido el Modernismo.

No tarda en publicar dos libros más, entre los 21 y los 22 años, esto es, en 1894 y 1895: «*Del amor, del dolor y del vicio*», novela, sobre París e impresa en París; y «*El alma encanta-*



*dora de París*», de la cual conozco una edición de 1903.

Aquel endiablado efebo tropical se había adueñado del boulevard, a su manera. Sin quererlo acaso, narrando simplemente cuanto veía, sin casi mezclar sus opiniones al relato; en una como aparente objetividad, Gómez Carrillo había creado un género, que el propio Rubén merodeaba cancerberamente: la crónica. En vez de arrebuarse de suficiencia, prefirió mostrar su asombro ante el milagro europeo. Escritores, tiples, midinetas, cortesanas, actores, beatas, borrachos, cocheros, sabios: la humanidad entera discurría bajo su curiosa mirada, ávida de sorprender la clave de aquel mundo inédito. Lo importante no era el asunto, sino la sangre que se ponía en la narración. Dueño de una franqueza a menudo brutal e insolente, lo mismo escribía que decía, al compás de sus impresiones.

Tenía una vanidad a flor de piel. Pocas veces gozó tanto como cuando le ofrecieron un banquete a raíz de uno de sus viajes a España, y en él se hicieron presentes Emilio Zola, Salvador Rueda, Benito Pérez Galdós, Ramón del Valle Inclán, Santiago Rusiñol. La cara de Gómez Carrillo, muy ataviado de ceremonia, es la de un reciencasado. Todo, desde la sonrisa bobamente jactanciosa y desconcertada, hasta la vestimenta, irradia satisfacción de primerizo. Después de todo era aquello una



consagración. Salvo Darío y después Nervo y Chocano, ¿quién, qué indioamericano había recibido semejante homenaje?

Como es natural, el orgullo se le subió a la cabeza. Varias veces cruzó su acero o las balas de su pistola con adversarios duelísticos, por motivos baladíes. Aunque se ha exagerado mucho la fama de duelista de Gómez Carrillo, bueno será recordar que sus lances de este tipo no pasaron de 18, de los cuales 2 fueron a pistola. Más bueno es también agregar que, no obstante el corto tiempo que vivió en Buenos Aires, ahí sostuvo 3 duelsos en alrededor de un año de permanencia. ¿Está demás mencionar que uno de sus contrincantes fué el historiador venezolano J. Gil-Fortcul?

Cierto: trabajaba de sol a sol. Con su cuadernillo de notas, siempre a mano, recorría países, surtutics, saleres, tugurics. Verlaine y Jean Mcreás le tenían por uno de sus mejores compañeros. «Carrillo» era un personaje conocido en los cafés literarios de París y en las «peñas» de Madrid. Sin embargo, no escribía nunca en francés, que hablaba con pleno dominio. Por tal defecto perdió la oportunidad de ingresar a la redacción de «*Le Matin*».

\*

\* \*

Me he adelantado en el relato.

Gómez-Carrillo regresó a Guatemala en 1898. Gobernaba entonces Manuel Estrada Cabrera. El escritor ingresó a colaborar en «*La Idea Liberal*», con Rafael Spínola. Tenía a su cargo lo que entonces llamábase «el folletín». Fué un decidido partidario del incipiente tirano, que dominaría su patria hasta la revolución del 1920.

La adhesión de Gómez-Carrillo a Estrada Cabrera melló sustancialmente su prestigio literario. Quien desee informarse acerca de los pormenores de semejante régimen, puede consultar tres libros a la verdad formidables, cada cual en su campo: «*Ecce Peric es*», de Rafael Arévalo Martínez (1946); «*El Señor Presidente*», la magnífica novela de Miguel Angel Asturias (2.ª edición, 1949), y (aunque tratara de Barrics) el vigoroso «*El Autócrata*» de Carlos Wyld Ospina (1929). Cualquiera de estos libros, especialmente los dos primeros, bastan para justificar la repulsa que los espíritus liberales experimentaron por todos cuantos alabaron a Estrada Cabrera, el «Pericles» de la tremenda requisitoria de Arévalo-Martínez.

Gómez-Carrillo no tenía sensibilidad política, ni vocación apostólica. Vivía al día. Buscaba su placer, sin preguntar a menudo el origen. Lo mismo le ocurrió a veces con las mujeres.

En 1900, Estrada Cabrera le enviaba a París, como representante diplomático de Gua-

temala. Fué entonces cuando se vinculó más a las grandes figuras de la literatura universal y cuando, luciendo esmeradísima ropa de etiqueta, se retrató rodeado por Emilio Zola y los insignes hombres de letras españoles que he nombrado antes.

La situación era distinta a la de 1891, cuando llegó a Europa por vez primera. Nadie se atrevía a llamarle, como lo hiciera Verlaine, «Carrasco», en lugar de Carrillo. Verlaine lo hacía así porque lo identificaba, probablemente por analogía fonética, con el Bachiller Sansón Carrasco de Cervantes.

Como en ese tiempo estaba en boga la crítica descueradora de Max Nordau, Gómez Carrillo se volvió rotundamente antihispano. Su exhibicionismo rayaba a gran altura. Hacia 1905 tenía ya hasta un conato de autobiografía «*Treinta años de mi vida*». Había viajado mucho. Cada viaje engendraba un puñado de crónicas apretadas y pintorescas, luego agav lladas en sendos libros. Así nacerían: «*La Rusia Actual*», «*El Japón heroico y galante*», la novela «*La sonrisa de la Esfinge*» (a raíz de su viaje a Egipto), «*La Grecia eterna*», «*Jerusalén*» y «*La Tierra Santa*», de donde extraería motivos para su posterior libro «*Flores de penitencia*».

Evidentemente, entre Loti, Farrère y Queiroz, habían moldeado aquella alma «vágula», pero no «blándula». Rubén Darío con-

templaba con reticencia y timidez la eclosión de tan bizarro espíritu.

\*

\* \*

El 5 de Julio de 1906, Enrique Gómez Carrillo contraía matrimonio en París con Zoila Aurora Cáceres (Evangelina), escritora peruana, unos pocos años menor que él, hija del expresidente del Perú, general Andrés Avelino Cáceres, héroe de la guerra de 1879. Se divorciaron en 1907.

Zoila Aurora cuenta cómo fueron aquellos amores, y nos ha transcrito un significativo epistolario. Ella se enamoró de Enrique a través de los artículos de éste. Los comentó en un artículo inserto en «*El Comercio*» de Lima. Gómez Carrillo fué presentado a su entusiasta admiradora, quien tenía un «salón», especialmente concurrido por sudamericanos, en París. Hay un relato acerca de esas reuniones en «*Varietades*» de Lima, año de 1908, sobre la firma de Raymundo Morales de la Torre. Fué un amor a primera vista. No se podría afirmar la sinceridad del escritor, pero, sí, la pasión vehemente de ella. Zoila Aurora Cáceres era entonces una mujer en la plenitud de su juventud. Tenía un tipo atractivo sensual y, de contera, la leyenda de la riqueza de su padre. Aplicando los patrones centroamericanos, había

derecho a pensar que el General dos veces presidente de la República, el único General de División del Perú, con fama de héroe y disfrutando de la protección política del Presidente Pardo, poseyera una sólida fortuna. Gómez Carrillo no descuidaba este aspecto, pese a sus ardores de donjuán. Mucho menos para escoger esposa.

La realidad fué distinta. Cáceres distaba de ser rico. Zoila Aurora era celosa y probablemente quiso intervenir en la vida de su marido más de lo que éste, egoísta esencial, podía admitir. Carrillo desapareció un día de París. Se había marchado al Africa septentrional. El matrimonio terminó en un fracaso.

Muchas mujeres pasaron por la vida del cronista. Quizás más las que parecieron que las que fueron. De todas ellas, ninguna influyó tanto en su destino como la célebre Mata-Hari. Era, como todos saben, una famosísima bailarina, que ejecutaba danzas indostánicas en el bullicioso y novelero París de antes de la guerra de 1914. Durante el conflicto, se descubrió que una misteriosa y eficiente red de espías al servicio de los alemanes, proporcionaban datos acerca de los planes del Estado Mayor francés. Operaban desde la misma Francia y desde España. Informes confidenciales señalaron como una de las más importantes espías, a la Mata-Hari. Esta viajó a Madrid.

Gómez Carrillo había pasado también los Pirineos, a consecuencias de las restricciones bélicas; allí dirigiría «*El Liberal*», en 1917. Era amigo o amante de Mata-Hari. Las autoridades galas ansiaban apoderarse de ella. Mata-Hari apareció de pronto en el otro lado de los Pirineos, presa de la policía francesa. No se hizo esperar la Corte Marcial. Un pelotón de fusilamiento puso temprano remate a la espectacular existencia de la famosa bailarina, en los fosos de Vincennes.

Circuló la asquerosa versión de que Gómez-Carrillo, valiéndose de su amorosa amistad con ella, la entregó a la policía de Francia. El escritor desmintió airadamente la especie. Nadie la ha podido comprobar. Pero, como siempre que circula una infamia, es difícil quitar a los hombres la predilección que tienen por el cieno, Gómez Carrillo hubo de sobrellevar en adelante aquella injusta carga, aquel espantoso estigma.

En 1921 se hallaba Gómez-Carrillo con la renombrada tonadillera española, Raquel Meller, en Buenos Aires. Ella estaba en su plenitud. Triunfaba con «*La Violetera*» y su romántico peinado en bandos. Se habían casado. Gómez-Carrillo no buscaba mujercitas tiernas, pero oscuras. La dicha duró muy poco: lo que tardó en llegar el desencanto o el tedio

Después, se casó por tercera vez con Consuelo Suncín, una muchacha vistosa y rica que

le acompañó hasta su último momento; por cierto, que junto a ella estuvo Georgette Leblanc, la entonces esposa de Mauricio Maeterlinck, antigua amiga de Enrique. No dejó éste huella imborrable de ternura en sus amantes y esposas. Consuelo se casó después con Saint-Exupéry, el gran aviador y novelista francés, que abrió la ruta de Buenos Aires. Saint-Exupéry se durmió antes de tiempo en el seno del Señor.

La vida amorosa de Gómez Carrillo continuó así dignamente la nota trazada por Edda Christansen. El exhortera de «La Sorpresa», de la Calle Real de Guatemala, llevó de por vida esa marca, patente en su afición incontenible por lo femenino y decorativo, por la frivolidad y el ingenio, por el viaje y por París.

\*

\*   \*

¿Fué por eso, Carrillo, un escritor<sup>o</sup> sensual? —Creo que nó. Sus figuras de mujer lucen a veces rasgos licenciosos, mas la suya es la ingenua licencia de Mürger. Parece como que su lujuria no se traspasara a la literatura. Su picardía, tan visible en las páginas autobiográficas («*El despertar del alma*», «*En plena bohemia*»), posee cierto inocente desparpajo comparable al de la Biblia y al de «*Las Mil Noches*



y *una Noche*», cuya traducción por J. C. Mardrus, alentó y propagó con entusiasmo.

Lo típico en él era, más bien, la falta de pudor general, que no siempre significa lujuria. No tenía empacho en exhibir sus lacerias morales, y hasta las elevaba al nivel de las virtudes.

Despreciado en absoluto, nunca puso atención en su nacionalidad, sino para añorar de cuando en cuando la bella y remota patria, y cotrar sueldos de su tirano. Pero, desde 1920 en que cayó Estrada Cabrera, hasta 1927, en que ocurrió la muerte de Gómez Carrillo, se quedó huérfano del amparo que aquel le concedía. Lo propio le ocurrió a Chocano, a quien estuvo a punto de costar la vida la protección de Estrada Cabrera. La amistad de Zelaya, dictador de Nicaragua, no es de lo más enorgullecedor en la biografía de Rubén Darío. Amado Nervo recibió estímulo de Porfirio Díaz. Lugones acabó alabando a las dictaduras y al fascismo. Los García Calderón sirvieron con júbilo a las dictaduras militares de Sánchez Cerro, Benavides y Odría. Parece como que el escritor de progenie modernista, ebrio de melodías, olvidó la ética. No fué mal de Carrillo: fué, según el resobado giro de Musset, «mal du siècle», y de toda aquella frivolidad incoercible, brillante resulta la «confession d'un enfant du siècle».

Al perder el apoyo de Estrada Cabre-

ra, Carrillo volvió los ojos a su lejana América. Cruzó el océano y llegó a Buenos Aires, donde gobernaba Hipólito Irigoyen, el primer Presidente radical. De aquello nacería «*El encanto de Buenos Aires*», libro convencional: tal como de su experiencia de labor imera guerra mundial surgiría «*Campos de batalla y de ruina*». De la leyenda de sus relaciones con Mata-Hari, brotó un libro alusivo. Pero, de Argentina nació algo más.

Irigoyen, el «peludo» Irigoyen, se prendó del ímpetu mosquetero del escritor, y quiso ayudarle. Decidió nombrarlo Cónsul argentino en París. Dinero y honor juntamente, pero... precisaba ser ciudadano argentino. Irigoyen obvió el asunto con rapidez: concedió la ciudadanía del Plata a Gómez Carrillo, cuya naturalización como argentino se hizo desde París, sin cumplir el requisito de residencia. Cuando murió Carrillo, el Ministro argentino reclamó su preeminencia, en tanto que el de Guatemala no atinaba a hacer presente la suya ante el túmulo del insigne cronista.

\*

\* \*

Ceder a la tentación es, según Wilde, la mejor manera de terminar con ella. Así lo hizo siempre Gómez Carrillo. De ahí el grotesco y dramático episodio, que él mismo cuenta,

con el andrógino «Ramoncito», el amante de su amigo Miura y Rengifo, en Madrid. Gómez Carrillo vivía entonces con Alice, la querida que más tiempo duró en su vida, y que más se sacrificó por él. Una tarde se encontraron solos, Enrique y «Ramoncito»; «Me acerqué a él hasta respirar sus cabellos rizados, hasta rozar su busto con mi brazo. El sonreía inmóvil. ¿El? No. No era él. Era ella, una ella misteriosa, una ella irresistible, una ella demoníaca. —Mi Enrique, murmuró—. Y al mismo tiempo lentamente, volviéndose hacia mí, echóme los brazos al cuello y me dió sus labios»... La Escena tiene el descaro de un Aretino o un Boccaccio del Siglo XIX.

\*

\* \*

Los amigos literarios desconfiaron siempre de Gómez Carrillo. Había en él algo de «canaille», o al menos de «gaminerie», impalpable, certísimo. Ante la necesidad de ganarse la vida, lo mismo le daba cocinar un Diccionario que escribir una crónica; ante la de saciar sus pasiones, igual le era engañar a una novia limeña, que burlar a Miura y Rengifo con su «Ramoncito»; o quien sabe, inconscientemente, ser causa de alguna imprudencia de Mata-Hari. Gómez Carrillo pertenecía a esa conocida familia de tropicales anclados en Pa.

rís donde descubren y propagan toda clase de pecados.

Rubén, que le apoyó desde niño, no tuvo jamás seguridad en él. En el fondo Rubén temía a Enrique. Lo sabía tempestuoso, inescrupuloso, apasionado, impúdico. No es que le importase la espada de acero; para Rubén era peor el cilicio de su malevolencia. Sentía Rubén, con esa pre-ciencia que le caracterizó siempre, algo que los críticos no han visto aún: a medida que corriera el tiempo, la figura de Gómez Carrillo, oscurecida a raíz de su muerte por un cúmulo de extravíos y errores, se depuraría y cobraría sólo sus relieves estéticos. Entonces la crítica acabaría reconociendo, como ya lo reconoce, la enorme deuda de la literatura americana —y aún española— a Gómez Carrillo; pues que si Rubén descubrió la melodía ignota, y Rodó cierta armonía interna, Gómez Carrillo abrió los ojos de un continente al desde entonces desvelado misterio de lo exótico; convirtió en cercanía la remotez; dió facilidades a la sensibilidad: especie de Agencia Cook de la curiosidad espiritual de todo un joven mundo.

Blanco-Fombona comentaba a regañadientes la presencia de Gómez Carrillo. Ambos, matonescos, egolátricos, espadachines, eran amigos, pero no mucho. Para Amado Nervo, Carrillo resultaba un extraño. Demasiado fácil para la sensibilidad de Herrera y Reissig; demasiado

superficial, para la de Rodó; demasiado tropical para la de Lugones; demasiado concreto para Larreta; demasiado espontáneo para Valencia; demasiado sencillo para Díaz Mirón, y, sin embargo, por tales contrastes y excesos, fué el verdadero descubridor del mundo de la crónica; fué no el Loti de América, como confesamente lo habría querido ser su discípulo, Ventura García Calderón, sino el Kipling de una selva con monstruos humanos en lugar de zoológicos, y montañas de pasiones, y ríos de pecado.

Gómez-Carrillo publicó un libro titulado «*El Modernismo*». Conviene olvidarse del título. Es una estratagema publicitaria. Los artículos que lo integran tratan de diversos tópicos literarios, antes que del Modernismo. Pero, Gómez Carrillo fué modernista porque, según la definición de Juan Ramón Jiménez, él tomó las letras como «un movimiento de entusiasmo hacia la libertad». Su estilo mechado de inevitables galicismos, carece de la pompa clásica, de la grosería naturalista, de los suspiros románticos. La impronta de Verlaine y de Moréas, éste último su amigo predilecto, no permitía que la prosa se le hiciera chabacana ni oratoria. Había «torcido el cuello a la elocuencia» a tiempo. Y si Paul Bourget y Loti le infiltran ciertos resabios retóricos, siempre alcanzó a disponer de energías bastantes para

desechar la tentación antes del cuadragésimo día.

«La pasión de los viajes va convirtiéndose... en una pasión inquietante» —escribe. «Hay que leer, en efecto, el capítulo que cierra el último libro de viajes de Paul Bourget, para comprender la gran desilusión de los que buscaban una enseñanza filosófica en las excursiones lejanas» («*La psicología del viajero*»).

En estas palabras se compendia casi toda la obra de Gómez Carrillo. «Por mi parte, (agrega, definiendo su arte) yo no busco nunca en los libros de viaje el «alma de los países que me interesa. Lo que busco es algo más frívolo, más sutil, más positivo: *la sensación*». ¿No es acaso tal el credo estético de la vida y la obra del cronista? Fuscarse «lo positivo», la «sensación».

Escuchémos sus consideraciones sobre este su tema fundamental, —el viaje:

«*Lo único que no he visto nunca es un paisaje muerto, un paisaje quieto, un paisaje invariable...*»

«*A medida que la humanidad se afina, este sólo placer de ver paisajes raros aumenta por fuerza y obliga a viajar...*»

«*El placer del viaje está en el viaje mismo*»..

«*El que se va no vuelve nunca. Quien vuelve es otro, otro que es casi el mismo, pero que no*

*es el mismo. Y ésto que parece una paradoja, no es sino la más melancólica de las verdades».*

Ajustemos lo transcrito. Desde luego, se trata de *viajar*, no de *transportarse*, como ocurre con el avión. ¿De dónde le viene este avatar del viaje *per se* a un habitante de un país remoto, rodeado de mar y cumbres, de manigua y soledad? Se comprende que los isleños y los habitantes de tierras tendidas al mar, como Chile, sean encarnizados devotos del viaje; pero, los de la cumbre, los conventuales (y Guatemala era sierra conventual entonces) — ¿por qué?

Dejando de momento el caso de Gómez Carrillo, bueno será tener presente que gran parte de la literatura guatemalteca se explica solamente a través del viaje. Landívar, uno de sus forjadores, anduvo de la Ceca a la Meca, paseando sus murrias de jesuíta expulso. Iri-sarri no fué ciudadano de Polo porque aún no se había (ni se ha constituido) esa nación, mas a falta de ello confundió su destino con el de México, Chile, Colombia y su nativa Guatemala. ¿No anduvo también deambulando Baires Montúfar? ¿Y Miguel Angel Asturias? ¿Y Luis Cardoza Aragón? ¿Y Flavio Herrera? ¿Es que acaso no arda perdido en remotos países Rafael Arévalo Martínez, ciudadano ejemplar de la Utopía? ¿O es que Quezaltenango es Quezaltenango para la insobornable inquietud



de Wyld Ospina? Yo no conozco sino un gran sedentario en la literatura guatemalteca: José Milla. Los demás, incluyendo al ya viejo y aposentado Bernal Díaz, viven de Scylla a Caribdis, que no otra es la alternativa que nos brinda la fortuna de los hombres de América.

Gómez Carrillo, sin embargo, realiza un doble viaje: el del cuerpo y el del alma; el del lugar y el de la época. Señala su deambular el inicio de la edad de los transportes; cierra el de la burguesía. Su bohemia posee elementos distintos a la de Mürger. El bastón se vuelve estoque; la capa, maleta; y Museta, si acaricia pasiones, al menos ha aprendido ya el gesto exacto para aparentar que ha olvidado el corazón, sin deplorarlo.

Era el filo de una edad, como si dijéramos. Pasábase de lo ético a lo estético. Gómez Carrillo no rechaza lo trascendental; sencillamente, lo ignora. Y, si comete pecados, le ocurre lo que a las desaprensiones económicas de Chocano y los arrebatos paganos de Darío: no se da cuenta de lo que hace, pues no ha leído ningún baedeker de virtudes en las que no cree y cuya existencia ignora. Sin embargo, en algunas oportunidades deja constancia de su protesta ante las injusticias sociales. En su crónica sobre «*Shanzai*» escribe: «Los dos grandes defectos que los industriales encuentran a sus obreros, en todos los países, es que no sean esclavos y que tengan necesidad de un

salario para vivir». Estos desahogos no son frecuentes en él.

Su obsesión es el viaje. Al respecto posee técnica tan depurada que el propio Rubén Darío (véanse sus libros *«La Caravana pasa»*, *«Letras»*, etc.) sigue los patrones de Gómez Carrillo en la crónica. Me parece que Luis Bonafoux, el vitriólico puertorriqueño, tampoco ignoró aquella manera de encuadernar «sensaciones» (sólo eso) de viaje. «Un artista del viaje —dice Gómez Carrillo— debe figurarse que escribe para personas que ya conocen el país que describe. Esto evita los detalles baedekerianos. Además tiene que creer que su público es culto» . . . «Nada de yo . . . Nada de egoísmo! Lo que tú haces, no nos interesa . . . Un pueblo no debe pesar entre las páginas. Y por encima de todo, hay que ser pintorescos. Desgraciado del que no sabe ver con ojos sinceros los bellos paisajes! . . . Loti y Barrés me seducen por su impersonalidad y su pintoresquismo. Diríamos, mejor, por su ingenuidad. Ah! pero el viaje no cuenta nada sino es para regresar a París... La mitad de los que salen de París, no tienen en todo el viaje más que un placer, y es de volver a París».

Abundan en las páginas de Gómez Carrillo los detalles tiernos. «Los árboles merecen ser amados en todas partes como lo son en Extremo Oriente, donde la buena «religión budista ha puesto en cada tronco, en cada rama,

en cada hoja, una sensibilidad, una sentimentalidad, un alma» escribe en su crónica «*El culto de la Naturaleza*». En su libro sobre «*Jerusalén y la Tierra Santa*» dice: «Y sólo ante «el lago (de Galilea) por donde suele pasar en «noches de beatitud la sombra divina de Jesús, «sólo ante la ciudad milenaria que vió sus milagros y que no creyó en ellos, sólo conmigo «mismo y con mis penas y mis congojas, siento «subir a mis labios fragmentos dispersos de oraciones olvidadas...» En «*Grecia*» glosa con sin par delicadeza la Oración en el Acrópolis de Renán, a quien defiende de las imputaciones historicistas de Gebhardt: «Pero, yo prefiero la oración de la tarde, el ave Palas del «crepúsculo, la melancolía del recogimiento «vespertino. Entre las últimas llamaradas del «poniente, el templo de la diosa se destaca, augusto y desventrado, cual si el incendio que «consumió hace siglos su flanco santo volviera «a encenderse un instante». Nos habría gustado que el escritor flagelara más su estilo para evitar la indebida asonancia de aquella expresión «flanco santo», mas Gómez Carrillo escribe siempre, de prisa, sin premeditación, y si resulta artístico su estilo es porque él, de suyo, era artista, no porque tratara de parecerlo. La retórica está proscrita de su obra entera. Como Rubén, él pudo repetir: «De las Academias, líbranos, Señor».

Las novelas de Gómez Carrillo son así,

como sus crónicas, límpidas, frescas. Sus personajes responden a sus propios experimentos. Si se encuentran licencia y sentimentalidad en los protagonistas de «*Flores de Penitencia*», se debe a que así era su autor, mezcla de cinismo y humildad, de arrogancia y ternura, de ambición y ahitamiento. ¿No se vuelve acaso, después de veinte años, D'Artagnan, el impetuoso mosquetero del Rey, un señor calmado, buen consejero y mejor político?

Para ello le faltó tiempo a Gómez Carrillo. Pasó, súbitamente, de la juventud a la antesala de la muerte. Cuando ésta llegó a su lado, el 29 de Noviembre de 1927, tenía cerca de él a Toño Salazar, otro centroamericano desarraigado, insigne pintor salvadoreño. La bandera argentina cubrió su féretro. Maeterlinck y su esposa Georgette Leblanc acudieron al lado de Consuelo Suncin, esa pequeña «viuda abusiva», como ha llamado a las de su especie Anatole de Monzie. Guatemala atravesaba momentos de tremenda agitación política. Después la dictadura que se encumbró en 1930 no quiso saber nada del glorioso guatemalteco. Ahora, al cabo de veinte años, el gobierno de un escritor y maestro, Juan José Arévalo, ha decidido rescatar para su patria al insigne y descarriado hijo. Así sea.



## VIII

### AREVALO MARTINEZ, EL SONAMBULO

Entre el Modernismo, encarnado por Gómez Carrillo, y el Imaginismo, que representa Rafael Arévalo Martínez, corre muchísima agua por los calcinados cauces guatemaltecos.

Otro cronista local pretende disputar a Carrillo el cetro de la crónica: José Rodríguez Cerna, prosista atildado, de tendencia francesa, a quien se deben «*Tierras de sol y de montaña*», «*El libro de las Crónicas*», «*Mirador de España*», «*El poema de Antigua*». Rodríguez Cerna pinta con fruición el paisaje. Carece, empero, de la madura frivolidad de Carrillo. Hay en él algo de pegajosamente local, pese a sus alardes de cosmopolitismo. Pasará igual con otros.

Máximo Soto-Hall (1871-1944), por ejemplo, compañero de Darío y de Carrillo, imbuido en los principios modernistas, tanteará

todos los géneros, siempre con soltura y conocimiento. Merodeará la novela («*El problema*», «*Una vida*»), la crónica evocadora («*El Jardín de la leyenda*»), la poesía («*Herodías*»), la historia («*Monteagudo*»), la biografía novelada («*D. Diego Portales*», «*La Divina Reclusa*»), el periodismo, desde los diarios centroamericanos hasta un alto cargo en «*La Prensa*» de Buenos Aires. Pero, siempre, dejará escapar Soto Hall una nota en falsete. Se advertirá que el modo sojuzga a la intención. Envuelve su obra cierto aire soberbio, dispensador de mercedes, un como engolamiento implícito, merced al cual su estilo no podrá librarse de la impronta de una época y un hombre: 1900 y Rubén Darío.

Menos universal, cargado de posibilidades Rafael Valle (1894-1922) solfea también en el grato clavicordio de la crónica.

Al margen de todos ellos aparece Rafael Arévalo Martínez. Surge cuando Carlos Wyld Ospina, uno de los más fuertes prosistas de Guatemala, no había dado aún la flor de su talento; cuando César Brañas ensayaba el tono menor de sus novelas, cuentos y poemas; y Virgilio Rodríguez Beteta, lanzado a la contradictoria voráGINE de la historia y la diplomacia, perfectamente adversas, publica nutridos comentarios sobre los Mayas y los prolegómenos de la Independencia. Todavía no asoman Miguel Angel Asturias, ni Flavio He-



rrera, ni Luis Cardoza Aragón, y apenas se deja entrever la insaciab'e curiosidad de David Vela. Rafael Arévalo Martínez, aunque nacido una década después de Carrillo, tarda en darse a conocer. No se parece la suya a la cegadora eclosión del precoz amante de Tdda Christian-sen y tardío esposo de Raquel Meller y Consue-lo Suncin. Rafael Arévalo Martínez es hombre tímido, sin gracia física, aprendiz de monje, perdido en los vericuetos de este mundo.

\*

\* \* \*

Rafael Arévalo Martínez nació en Guatemala el 25 de Julio de 1884. Su biografía es casi una página en blanco, a juzgar por los hechos exteriores. Aparte de las fechas de sus libros, habría que recordar la de su matrimonio, el nacimiento de sus hijos y la de algunos de sus cargos. Dirigió la Biblioteca Nacional de Guatemala, si así pudiera llamársela, entre los años de 1927 y 1944. Le encargaron esa tarea por ser aficionado a los libros y autor de algunos. Ninguna otra consideración especial intervino en ello.

Alcanzó la fama de golpe con «*El hombre que parecía un caballo*» (1920). Sin embargo, ya se distinguía por muchas otras producciones literarias en prosa y verso. Enumeremos: publicó en verso: «*Los atormentados*», «*Maya*»,

«*Las Rosas de Engaddi*», «*Llama*». En prosa: «*Una vida*», «*Manuel Aldano*», «*El señor Monitot*», «*El hombre que parecía un caballo*», «*La oficina de paz de Orolandia*», «*Las noches en el Palacio de la Nunciatura*», «*En el país de los Maharachies*», «*La signatura de la esfinge*», «*Viaje a Ipanda*», y «*Ecce Pericles*» (1946). Tiene también un drama: «*Los duques de Endor*», a propósito de los de Windsor.

Esta copiosa obra consta más bien de folletos que de libros.

Su calidad, por cierto, exige que así sea.

Mas, ¿cómo es Rafael Arévalo Martínez, por dentro?

Difícil indagación. Rafael Arévalo Martínez tiene alma de arcángel y ambiciones de metafísico; no quiere convencerse de que es un gran poeta. Cuentan que cuando su pariente, el presidente Arévalo, rindiendo homenaje al talento indiscutible del escritor, le nombró Embajador especial ante la Unión Panamericana, don Rafael recibió un cable de esta institución adelantándole la bienvenida y ofreciéndole ocuparse de su hospedaje. Don Rafael llegó a Washington. Hizo cargar sus maletas y ordenó que las llevaran de frente al edificio que tanto tiempo presidió Leo S. Rowe. Estaba convencido de que iba a alojar allí.

Mucho se han reído de la anécdota. A mí no me provoca risa. La encuentro encantadoramente definitiva. ¿Es que un poeta al cubo

como es Arévalo Martínez, debe poseer ideas concretas sobre las realidades terrenas?

Me parece verlo. Menudo, casi aéreo, con sus ojillos semicerrados, tras los espejuelos; el bigotillo gris, como una pincelada sobre el labio; ralo el cabello, peinado con raya a un lado; el paso menudo e inseguro; pálido, flaco, de mediana estatura; cogido a mi brazo, monologando sobre Dios, el Arte, Guatemala, América, la Poesía. No paraba de hablar. Era como si hubiese estado años silencioso y de pronto encontrase un interlocutor. Con finura exquisita, esa suave cortesía maya-colonial, planteaba sus problemas que eran todos problemas metafísicos. Su mayor preocupación consistía en: explicar su ateísmo. Yo no lo entendí bien, porque Arévalo Martínez es un creyente desesperado.

—«No existe el Bien» tampoco el Mal. Nadie es bueno ni malo. La bondad y la maldad son inventos caprichosos. Si existiera el Bien Dios sería innecesario; si existiera el Mal, Dios sería una contradicción».

Enseguida saltábamos a la poesía. Yo no he oído a nadie hablar con más finura y amor de la poesía. No era un Arte, era el Amor en boca de este poeta recalcitrante y congénito.

Rafael Arévalo Martínez es un poeta y nada más: digo, nada menos. Alquitara sus cuitas con una delicadeza impar. Difícil ubicarlo. Se le atribuyen relaciones de afinidad

con los modernistas. Puede ser. Federico de Onis, tan sutil catador, señala en su obra otros elementos. Ante todo es un sensitivo. Por lo mismo que vive tan de sus propias imaginaciones y emociones; por lo mismo que ha tenido que subsistir bajo «el peso de la noche» dictatorial, se acostumbró a decantar, pulir y celar sus sentimientos. Bastaría mostrar unos poquísimos versos suyos para probarlo. Por ejemplo, en «*Sólo, Señor, te pido*», referente a la muerte de una de sus hijas, brinda este delicadísimo rasgo:

*Sólo, Señor, te pido que me devuelvas  
la cabecita rubia que me quitaste.*

Su simplicidad, pareja a la de Coppée y James, evoca también a Neruo. Es el mismo tono elegíaco y sencillo, la misma queja ardiente y simple, profunda por su densidad emocional, no vistosa por sus abalorios retóricos.

En otra parte, insistiendo sobre esa nota de humano desnudamiento, escribe («*Ropa limpia*»):

*La besé en la mano, y olía a jabón;  
yo llevé la mía contra el corazón.*

La reminiscencia de Neruo avanza, pero no se atribuya a la más remota huella de lecturas del autor de «*El Exodo y el camino*» y «*La*

*Amada Inmóvil*», sino a coincidencia temperamental. Arévalo Martínez pertenece a la misma familia espiritual del mexicano. Sus quejas y elogios han de ser como los de aquél.

Hay otra composición, la titulada «*Dos hijos*», donde se revela en plenitud la manera fina y honda del poeta de Guatemala:

*Dos hijos; mi esposa—  
que tiene el criterio  
de una mariposa—,  
y, ebrio de misterio,*

*ciego de cariños,  
yo, que marchó en pos:  
somos cuatro niños,  
sin madre, buen Dios.*

*Yo vivo con modos  
tan hechos de sueños,  
que acaso de todos  
soy el más pequeño.*

*Somos cuatro armiños  
que van sin pastor;  
somos cuatro niños  
huérfanos, Señor*

*¡Niños que pasean  
por la angosta vía,  
uno de otro en pos!*

*Pero, que no crean  
que vamos sin guía:  
¡delante va Dios!*

Pues, este poeta, «el más pequeño», que vive «con modos tan hechos de sueños», desconfió después de Dios, de ese Dios que, para él, es como el «buen Dios» de Rainer Maria Rilke, a quien siempre vuelvo porque mi admiración hacia el incomparable poeta de Praga no tiene ocaso.

¿Qué alejó a Arévalo Martínez de Dios? Mas, ¿es realmente que se alejó de Dios? ¿No forjaría su imaginación un nuevo Ser que recibiese sus cuitas, que acompañase sus angustias, que restañara sus heridas, que enjugara las secretas lágrimas de tan insomne corazón?

No lo sé. Me lo he preguntado y se lo he preguntado. El me dió una respuesta larga y confusa. Perdióse en el dédalo de sus fantasías. Forjó un Ser a imagen y semejanza de sus perplejidades. Preferí regresar a sus libros, para explicarme el misterio. Buen hijo de la tierra del «*Popol Vuh*», Don Rafael lleva la marca del arcano sobre el lomo ¡qué digo! sobre la débil espalda agobiada de inhumanas cargas visionarias.

Encuentro en uno de sus libros, en «*El mundo de los Maharachies*» (Unión Tipográfica, Muñoz, Plaza y Compañía. Guatemala, 1938; 126 páginas) algo que pudiera parecer una explicación.

Un extraño habitante de Las Lucias, *terra ignota*, despierta junto a una bella mujer Marahachi, o sea, una mujer con cola, habitante de Atlán (¿Atlántida?) El «señor sin cola» experimenta paradójicos deleites con aquella inesperada beldad. Como en todas las obras de Arévalo Martínez, salvo una, las cosas ocurren en un país utópico, donde todo es distinto al Mundo del Hombre «sin cola». El magistrado Untono, verbigracia, actúa eficazísimamente para impedir desavenencias y guerras. Reina el amor: un amor simple y puro, como el de los poemas de «*Las rosas de Engaddi*», como el de las estrofas de «*Dos hijos*» Pero, surgen los «hombres sin cola» (los hombres, acaso) y atacan a los Maharachies implacablemente, extinguiendo así «el resto de una raza mejor, perdida en las estrellas»

¿Darwinismo? Algo, sin duda. Mas, Arévalo Martínez pertenece a la órbita del «*Popol Vuh*», no lo olvidemos, según el cual los monos son los hombres frustrados; los rígidos hombres de madera de la segunda creación de Tepeu Gucumatz, el poderoso Cuculcán, el invencible Quetzalcoatl. Les faltó lengua para alabar a Dios: por eso no llegaron a ser humanos.

\*

\* \*



Yo no conozco temperamento literario semejante siquiera al de Rafael Arévalo Martínez, excepto el de Macedonio Fernández, de Argentina. Sólo que el autor de *«No todo es vigilia, la de los ojos abiertos»* posee más calado filosófico y más visible ironía. Con todo, se me presentan juntos en la memoria. Algo, a pesar mío, los une. Y he aquí un punto sobre el que bien desearía insistir alguna vez, texto en mano, para extraer provechosas conclusiones.

Sería lo mejor enfocar para ello la obra cimera de Rafael Arévalo Martínez: *«El hombre que parecía un caballo»*.

La acabó de escribir en octubre de 1914. Estaba muy reciente el paso por Centroamérica de uno de los seres más extraños que han dado nuestras letras: el colombiano Porfirio Barba Jacob, a quien podría denominarse «el destructor de sí mismo» o el «Heautontimorumenos».

Barba Jacob (que también firmaba Ricardo Arenales y Miguel Angel Osorio) fué un personaje fantasmal. Tengo para mí que su obra pertenece a la posteridad por mejores razones que muchas de difundidos modernistas y postmodernistas. Además, su facha era ultraterrena. Pálido, magro, desencajado, nervioso y elocuente; misterioso y denso; ágil y sonámbulo; soñador y aventurero; inestable y quietista; a veces amanecía «tan lúbrico, tan lúbrico», a veces «tan místico, tan místico».

Arévalo Martínez fué su constante amigo. Uno y otro espíritu se machihembraban cabalmente en la zona inaccesible de los imposibles. Arévalo Martínez tenía menos de treinta años, cuando ocurrió aquella simbiosis anímica. «*El hombre que parecía un caballo*» es el retrato de Barba Jacob, a la manera del guatemalteco: ¿No tenemos ante nosotros a un Greco tropical, cuya retina deforma en dimensiones fantásticas las realidades que se ponen a su alcance?

La fábula de «*El hombre que parecía un caballo*» no puede ser más simple: lo complicado emana de su esencia íntima. Tengo ante mi vista una edición relativamente moderna, que contiene otras obras del autor; «*El trovador colombiano*», segunda parte de aquélla; «*Las rosas de Engaddi*», e innecesarios comentarios sobre Arévalo Martínez (Ed. Tipografía Sánchez & de Guise, 8.<sup>a</sup> Avenida Sur, N.º 24, Guatemala, C. A., 1927).

«*El hombre que parecía un caballo*» se llamaba el señor Aretal. Junto a él se desarrolla el hombre que parecía un perro, llamado León Franco. Este último anima la segunda parte, «*El trovador colombiano*». Aretal simboliza al ser humano que realiza bellas acciones sin conciencia clara de lo que ejecuta. En realidad, el texto sirve para que el autor desteeja sus teorías sobre la belleza y la humanidad: Arévalo Martínez será poético y metafísico.

donde quiera que se presente y actúe, es decir, escriba. He aquí una muestra:

«Comprendo la belleza del caballo; es casi  
« humano. Usted ha llevado siempre sobre el  
« lomo una carga humana: una mujer, un ami-  
« go... ¡Qué hubiera sido de esa mujer y de  
« ese amigo en los pasos difíciles, sin usted, el  
« noble, el fuerte, que los llevó sobre sí, con  
« una generosidad que será su redención! El  
« que lleva una carga, más pronto hace el ca-  
« mino. Pero usted las ha llevado como un  
« caballo. Fiel a su naturaleza empieza a lle-  
« varlas como un hombre».

He aquí, en síntesis, la filosofía de Arévalo<sup>5</sup> Martínez. En uno de los más hermosos estilos de la literatura americana, presenta el problema o implicancia humana del caballo generoso y del perro cauteloso.

Los lectores de José Vasconcelos, recordarán que en su «*Ética*» (México, 1932) hay un pasaje en que el mexicano compara al caballo con el perro para concluir que el perro es falso, adulador, interesado, mueve la cola a quien le hace un regalo, muestra los dientes al enemigo de su amo, ataca cuando lo azuzan: un esclavo por excelencia; en tanto que el caballo es fuerte, erguido, servicial sin ser servil; noble, resistente; no acomete a su dueño, pero tampoco le adula; no ataca a nadie, pero tampoco sirve a quien no quiere; está al margen de azuzamientos; no acude sólo al reclamo de

la dádiva; no pide pan para mendigos; no es lazarillo; va a la guerra y se arriesga como su jinete; en la paz trabaja con el arado y la carreta.

Encuentro todos los elementos primordiales de la interpretación «ética» de Vasconcelos en «*El hombre que parecía un caballo*» de Arévalo Martínez. Compárese y se juzgará.

Por donde, el enteco hom'brecillo, todo inspiración y ardor espiritual que discurre de cuando en cuando por las calles de Guatemala, es uno de los hombres clave —escondido como toda buena clave— de más de un aspecto de la literatura americana. Ese ha sido también el sino de Macedonio Fernández, de quien derivan, por uno u otro modo, Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, Nicolás Olivari y el, desde cierto punto, propio Ramón Gómez de la Serna.

Para completar el reflejo zoológico de los hombres, escribió Don Rafael la historia de un elefante blanco en «*El Señor Monitot*». ¿No es acaso propia del estilo indio la confraternidad con los animales?

\* \*

¡Lo que sufriría Arévalo Martínez, durante sus diecisiete años de Director de la Biblioteca Nacional, bajo las dictaduras!

Primero, porque aquello no era Biblioteca ni nada que se le pareciese (hoy comienza a serlo); segundo, porque no podía respirar.

Yo no he visto hacinamiento más pobre de libros que la Biblioteca Nacional de Guatemala. Pudiendo poseer riquezas innumerables, faltaban —o faltan— en ella hasta los más elementales textos de la propia producción del país. Los dictadores desdeñan los libros. Sólo ahora se está construyendo el primer local para la Biblioteca, en un ángulo de la Plaza Mayor.

El puesto de Arévalo Martínez era apenas honorífico. Ni siquiera le dieron teléfono.

El se vengó como se hubiera vengado un poblador del «país de los Maharachíes». Hizo lo que hubiese hecho León Franco, el hombre que parecía perro. Se preparó para la metempsicosis, para el día de la libertad, en que surgiría, como la mariposa de la larva, convertido en el señor Aretal de la literatura histórica guatemalteca.

El dictador Ubico lo fiscalizaba todo. No había lectores en la Biblioteca. Su director, sin embargo, estaba siempre afanado leyendo papelotes viejos, periódicos y más periódicos. «Una nueva manía de don Rafael» decían los intelectuales. El no daba explicaciones.

Acabó la dictadura de Ubico, estrepitosamente derrumbada; acabó el torpe interinato de Ponce; fué electo Juan José Arévalo, pri-

mer gobernante progresista, joven y civil del país, en más de un siglo, y don Rafael, a quien el gobierno dotó de una merecidísima pensión, reveló el secreto de sus afanes en la Biblioteca: el año de 1946 publicaba «*Ecce Pericles*», uno de los libros mejor documentados, al par que magníficamente escrito sobre la época del tirano Estrada Cabrera, protector de Rubén y Soto Hall, Gómez Carrillo y Chocano.

Hay un abismo entre «*El hombre que parecía un caballo*» y «*Ecce Pericles*».

El licenciado Manuel Estrada Cabrera, hombre de humilde extracción, aficionado a las leyes que obligaran a los otros y le favorecieran a él, empezó a gobernar a Guatemala en 1898. Como una reacción contra el militarismo, quiso inaugurar una era de predominio de la gente culta. Quien sabe, pensó en imitar al «Ilustre Americano» Guzmán Blanco. Lo cierto es que buscó a los escritores, se rodeó de ellos, les dispensó protección.

Tenía un carácter hermético y una técnica de tinterillo. Ridículo y sombrío, este mestizo espantoso, a quien Miguel Angel Asturias ha retratado en las amargas páginas de «*El Señor Presidente*», pretendía crearse una corte de admiradores letrados, a quienes exigía, como Don Quijote, a sus adversarios, que se fuesen a campo traviesa proclamando las glorias de Dulcinea, en este caso, el régimen del Licenciado don Manuel.

Por su afición a los intelectuales... cotizables, le llamaron Pericles. Su siglo sería como el del insigne orador heleno.

Rafael Arévalo Martínez apuntaba minuciosamente, en tanto que desempeñó la dirección de la Biblioteca Nacional de Guatemala, las circunstancias de aquel régimen. Resultó así un libro espléndido.

Yo he leído «*El autócrata*» de Carlos Wyld Ospina, magnífico ensayo de sociología política guatemalteca; «*El señor Presidente*» de Miguel Angel Asturias, bellissimo panfleto en forma novelada; confieso que «*Ecce Pericles*», cuyo zumbonísimo título sobrepasa las previsiones, me dejó el peregrino sabor de la historia y la fantasía, del panfleto y el documento, de la imaginación y el relato. En prosa cernida y con datos de primera mano, Rafael Arévalo Martínez ha trazado una vivacísima historia de aquellos 22 años estirados, crueles y agobiantes.

\*

\* \*

Don Rafael llega a mi buhardilla, en el tercer piso de la Pensión Asturias, trepando acezante las empinadas escaleras.

Hablamos nuevamente de Dios, de la Poesía, del Arte, de la Verdad, del Hombre. De pronto desenvuelve un paquete, y me tiende



un libro. Leo: «Teresa Arévalo: *Gente menuda*, Guatemala Centro Editorial. 1948».

Son 230 páginas, prologadas por don Rafael, escritas por su hija.

Se trata del diario de una muchacha tropical durante su visita a los Estados Unidos. Tal vez con demasiadas frases en inglés. Delicado, pero sumamente doméstico. Bien observado, aunque algo ingenuo.

Don Rafael apenas menciona el hecho. Sigue su charla.

Bajamos. Yo tengo que dictar mi clase en la Facultad de Humanidades. Me encamino por la Novena Avenida hasta la esquina con la calle 14. Hay tiempo para discutir de todo.

Me despido. Don Rafael, miope, aéreo, se aleja por su lado. Me lo quedo mirando. No, no es él como el señor Aretal, «el hombre que parecía un caballo». Es más bien «el hombre que parecía un jilguero». Sonríe y melódico, sutil y matinal. De pronto se me pierde de vista. Seguramente ha abierto las alitas y ha tendido el vuelo...

El cielo está alto y azulísimo. Tres gordas nubes sonrían mofletudas. Sin embargo, empieza a llover...



## IX

### LOS CONTEMPORANEOS

La Guatemala que yo he visto no es aun tierra propicia a la literatura. Le ocurre lo que a todo país recién recuperado: se desvive por recuperar su ritmo básico. Por consiguiente las preocupaciones obsesivas se concentran en la economía y la política. Existe un clima de renovación social.

Cuando se ha sobrellevado luengos años de dictadura, las letras crecen con cierto inevitable tono evasivo. Cultivar la belleza implica cierto modo de cultivar la libertad. Ya que no se la obtiene en los actos exteriores, se la preserva y defiende en el reino interior. Los escritores practican el ensueño y la pirotecnia verbal. Válvula de escape, la frase libérrima consuela de la existencia oprimida.

He convivido con muchísimos jóvenes gua-

temaltecos. Es curioso asistir a una sesión de Congreso, a un mitín obrero, a una reunión de estudiantes, a un debate periodístico y hasta a una discusión en el Palacio de Gobierno: doquiera, rostros jóvenes. Las manos ávidas de pulsar liras prefirieron crispase sobre el borde de la tribuna: a veces, sobre la culata de un fusil.

Quien observe con despasionamiento la realidad intelectual guatemalteca de hoy, hallará una grieta insalvable entre dos generaciones: la de los cincuenta y la de los treinta. No se vislumbra solución de continuidad. Los prestigios literarios siguen iguales a los de 1930. Apenas si uno que otro nombre (Monteforte, Toledo, Lara y, en el campo pedagógico y filosófico, Juan José Arévalo) rompen la monotonía de la proclama insistente, de la declamación desgarrada.

Y los prestigios antañones subsisten dispersos y desencantados. La dilatada tiranía obligó a contemporizaciones o desesperos. Siempre han sido implacables los jóvenes. Mas, si las condiciones en que amanecen son de violencia, esta característica se exacerbará hasta el delirio.

Entre mis alumnos de la Universidad de San Carlos los hay de magnífica calidad literaria. No se curan de ello. Rápidamente se rompieron los viejos diques dictatoriales, y la función pública se abrió para los adolescentes.

Prefieren ser candidatos al parlamento, a legaciones en el extranjero, a ministerios de Estado, antes que ir en pos de la escuiva y, de momento, poco vistosa gloria literaria. Por lo mismo, fingen desdeñar a ésta, a la que, en secreto, adoran.

¿Y qué ocurre? Pues que se mantienen enhiestos los prestigios de un ayer demasiado cercano; de un hoy que ya empieza a ser remoto, lo cual recae en el alma guatemalteca, revistiéndola de cierto aire extemporáneo, debido a las circunstancias indicadas.

Circulan pocos libros: es una herencia de la dictadura. Se cobra por ellos, precios elevadísimos. Con excepción de una, todas las librerías guatemaltecas son negocios miscelánicos. La Biblioteca Nacional tiene que reparar la incuria de varias generaciones reñidas con la cultura popular. Salvo la Biblioteca de la Facultad de Humanidades, modesta aun, las otras de la Universidad, muestran la misma grieta que las generaciones. Se salta de los textos de 1890 a los de 1945, con sus lógicas consecuencias.

Aunque los jóvenes sonrían y se alcen de hombros, todavía tienen vigencia de autores contemporáneos, los que, sin dejar de serlo, deberían haber cedido a la embestida de sus sucesores. Están firmes. Se les discute y niega, pero no se les emula ni supera, excepto los ca-

sos señalados, tal es el fenómeno predominante en la Guatemala de 1949, cuya pasión me ha dolido como propia.

Mientras don Rafael Arévalo Martínez se aleja de las candilejas, recluyéndose en su amado claroscuro, continúan moviéndose en primer término Miguel Angel Asturias, Carlos Wyld Ospina, Flavio Herrera, Virgilio Rodríguez Beteta (más alejado), Adrián Recinos, Daniel Vela, César Brañas, Carlos Samayoa Chinchilla, Jorge Luis Arriola, Carlos Martínez Durán, Alberto Velásquez, Enrique Muñoz Meany, Luis Cardoza Aragón, Federico Hernández de León, Carlos Rodríguez Cerna. Apesar de que Cardoza podría ser considerado socialmente en la generación de Francisco Barnoya, Mario Monteforte Toledo, Alfonso Orantes, Raúl Lara, Alvaro Contreras Velez, etc., no ha logrado desprenderse del esteticismo y la flagrantia modernística de su época. Los nuevos valores apenas se divisan, perdidos entre las nieblas de la actividad política.

\* \*

Creo que Miguel Angel Asturias debe ser considerado como uno de los primeros escritores de la América actual. Nacido en 1899; educado en París, donde se especializó en estudios antropológicos y mayistas; Asturias posee un estilo que no se parece al de ningún

otro literato del país; si acaso, al legendario del «*Popol Vuh*» y el «*Rabinal Achí*». Yo he sostenido y sostengo que existe un «estilo maya». Sus rasgos podrían ser la proclividad barroca; la afición a cierto aire de misterio; el placer de las alegorías; una como vaguedad sugestiva; la abundancia de figuras retóricas; el diálogo indirecto; no sé qué extraña, pero perceptible presencia de la muerte. Insisto en que el revés de ese estilo sería el «incaico», más lógico y formal, más episódico, más directo.

M. A. Asturias es el prototipo del estilo maya.

Quienes hayan leído sus versos («*Emulo Lipolidón*») y las magníficas prosas de «*Leyendas Guatemaltecas*», «*El Señor Presidente*» y «*Hombres de maíz*» (1950), rubricarán mi aserto.

Protagonista de una desatada bohemia, en París o Guatemala, en Madrid o Buenos Aires, en México o Lima, Miguel Angel Asturias pertenece a esa brillante estirpe de escritores centroamericanos (Carrillo, Darío, ayer; Max Jiménez, Asturias hoy) que lograron machihembrar los esnobismos europeos con las tradiciones indígenas. Buena muestra gráfica podría ser Toño Salazar, salvadoreño, en quien se funden ambas tendencias. Asturias, como «les sauvages qui viennent de l'Amérique», de una anécdota narrada por Federico Quin-



tana en su libro «*En torno a lo argentino*», recorrió toda la gama de la vida parisiense, mas, a despecho de sus aquellarres en el *Quartier*, fué asiduo estudioso de Orientalismo, Mitología y Antropología en la Sorbona. Tradujo el «*Popol Vuh*» al castellano. Alternó con ciertos sabios dedicados al ocultismo. Se hizo famoso entre ellos, por el extraño aporte de su sabiduría realmente rara. Asturias, que maneja el quiché, adquirió de esta lengua la inaprensible tendencia a la perífrasis.

Aceptó las tentaciones de la nueva poesía francesa; cedió a ellas, para libertarse. Cuando más lejos parecía de sus viejos penates terrígenos, sorprendió con la primera edición de sus «*Leyendas guatemaltecas*».

¿Hay un libro más hermoso y sugestivo que éste? Si Landívar resucitara, encerraría su nostalgia en los jugosos períodos de Asturias. ¡Qué diferencia entre la plaza de Guatemala, pintada por Asturias y las que describe Azorín! En aquellas reina invencible azoro; en éstas, insuperable somnolencia. Ningún paisaje de M. A. Asturias bosteza; si lo hace, algún árbol vendrá a interponerse entre el lector y la naturaleza, cortésmente, cual mano que disimula la incontenible apertura de la boca.

Asturias ha agregado a aquellas leyendas, cepilladas como sotana de cura de pueblo en día de Fiesta grande, una pieza teatral absolutamente al modo maya: «*Calcucán*». Si

alguien creyese que la fraseología maya los ardidés surrealistas no pueden adecuarse, lea la segunda edición de «*Leyendas de Guatemala*» (Buenos Aires, 1949) y será convencido.

Tal cualidad de Asturias se ahonda en sus novelas «*El señor Presidente*» y «*Hombres de maíz*».

La primera es un poema novelado (o un panfleto novelado) contra la dictadura. Estrada Cabrera, «don Manuel», no pasa de un pretexto. Los hechos concretos pueden ser ciertos o nó. La atmósfera prima. Se diría que el libro encierra un himno al miedo. Cuando las mujeres son arrebatadas de su casa; cuando los mendigos delatan; cuando los funcionarios tratan a latigazos verbales y físicos a sus víctimas; cuando toda la Nación subsiste, mirándose de soslayo, atizbándose, dividida en dos ejércitos intangibles, pero males; cuando «el señor Presidente», dibujado con perfiles de aguafuerte de Durero, o de «Capricho» goyesco, ejerce su irresistible, primado ¡qué; estilo, si no el de Asturias sería capaz de retratarlo y expresarlo!

Yo he oído que «*El señor Presidente*» es un libro exagerado. El miedo no admite limitaciones concretas. Se extiende como una varahada pútrida; se mete en los intersticios; aprisiona a los seres: sus pensamientos, sus deseos, sus decisiones. «*Ecce Pericles*», de Arévalo Martínez, nos proporciona los elementos

tangibles de la tragedia guatemalteca 1898-1920. «*El señor Presidente*» nos la presenta en sus aspectos permanentes, en su esencia intangible.

«*Hombres de maíz*» completa el cuadro. Yo he leído en las novelas de Monteforte Toledo (especialmente «*Anaité*») y de Flavio Herrera, descripciones puntuales de la angustia campesina; la protesta indígena; el divorcio profundo entre una época y otra, por mucho que ambas coexistan en el mismo espacio. Asturias va más allá. Sus recursos son infinitos, porque se apoya en el viejo modo maya. Cuando él habla de un curandero, que sana la ceguez de un pobre ser, a quien su mujer abandona dejándole en tinieblas; y cuando, vuelta la luz a las pupilas del ciego, halla que su amor a la mujer presentida era más alto y bello que el merecido por esa mujer comprobadamente fea, asistimos a un drama casi cósmico. Asturias lo transcribe como quien narra un apólogo. Su lenguaje emplea las perifrasis y alegorías de los antiguos libros de la raza. Ese conflicto que protagonizan el maíz-símbolo y el maíz-útil, sería incomprensible para un escritor europeo; lo sería también para un escritor argentino, chileno, colombiano; no para un mexicano, peruano, boliviano o brasileño. Las razas primordiales conservan cierto acento teogónico. Su raíz es la del mundo. Subsisten en tanto que subsiste la especie, y por las mis-

mas causas. Asturias no busca al indio para ahormarlo a su estilo; se reduce él mismo al molde indígena, de donde proviene su irresistible originalidad, su intransferible aura poética.

Guatemala vive, con una extraordinaria vivencia, en la obra de Miguel Angel Asturias, al punto que me atrevo a afirmar que, pasados los años, él será uno de los clásicos mayores de esta tierra maravillosamente dotada por la naturaleza. Si Landívar ha resistido al tiempo, pese a que fué la suya, visión de un extraño, escrita en lenguaje también extraño a la índole misma del paisaje guatemalteco; Asturias, que se ha identificado con el cacto y el quiché, el lago y el cakchiquel, la selva, el chicle, los mayas, sus dioses y el maíz, adquirirá entonces, cernidos por el tiempo, los rasgos pétreos de lo indestructible, la estupenda sazón de lo inmortal.

\*

\* \*

Carlos Wyld Ospina (1891) mora, de tiempo atrás, en Quezaltenango, trepado a la montaña, junto a la nieve, bajo el azote del frío. Su casa familiar estaba en Antigua. De la pompa colonial y del Modernismo absorbente, adquirió un estilo rútilo, cuajado de pedrerías. Wyld representa el rubendarismo. Sus obras

están hechas con ese regusto suntuoso, son ese sabor de orfebrería, típico de los sucesores de Rubén. «*El solar de los Gonzagas*» (novela) y «*Las dádivas simples*» (versos) le colocan entre los postmodernistas centroamericanos. Pero, en él, como en Rafael Arévalo Martínez, triunfan al cabo, los motivos terrigenos: lo indio en «*La tierra de los Mahuyocas*» (novela), 1933; el rechazo a la dictadura en «*El Autócrata*» («ensayo político-social», Tip. Sánchez & de Guisse, Guatemala, 1929, 272 págs).

Wyld no enfoca como Arévalo Martínez y Asturias, la época de Estrada Cabrera: retrocede hasta Carrera, aquel caudillo hirsuto que ingresó en la capital con el busto desnudo, ceñido el cuello por un escapulario; el grito de muerte en la boca, el fusil en la diestra apuntando a imaginarios enemigos.

Wyld no cree en ciertos mitos. El último libro está destinado a desvanecerlos. No cree en la razón absoluta de las facciones. «Según la lógica partidaria, el enemigo siempre miente», escribe (p. 14). Desconfía de los dos bandos, liberales y conservadores. En aquellos descubre síntomas febriles, ciertos curiosos rasgos panteístas; mientras que en los conservadores cree vislumbrar al *cachureco*, clericalista, «noblete», aristócrata a fortiori. El único autor que le merece fe casi total es don Cecilio Valle, gran precursor, pero más como crítico de la Colonia que como fautor de la repú-

blica. Entre el liberal y unionista Morazán, el «finchado héroe de Gualchí», y el hirsuto Rafael Carrera, Wyld no encuentra diferencias sustanciales, puesto que rechaza la idea de que el segundo fuese otra cosa que el representante de «la fuerza victoriosa» (p. 33), fundador de una «autocracia personal».

Wyld ha arremansado sus días en la quietud del apartamiento y la meditación. No abdicar del estilo peinado y reluciente. Para no perderse de la vida, casi diariamente publica una columna en uno de los periódicos de la capital. Se le advierte como absorto ante su paisaje interior. No es la suya, la actitud combativa de Monteforte, ni tampoco la escepticísima de Vela. Acaricia ilusiones y, quien sabe, certezas. No habrán en su obra los desgarramientos palingenésicos de los personajes de Asturias, ni las fugas celestes de los de Arévalo-Martínez. Los suyos transitarán, vestidos de seda y brocado, en el suave contraluz de un paisaje crepuscular. Bien me decía Enrique Peña Barreneche, gran poeta peruano que frecuentó la amistad de Wyld: «Búsquelo, Luis Alberto, él le dará la medida estética de su patria». Sin tratarlo, me ha regalado ya con gran parte de ella.

En la misma generación de Wyld Ospina figuran David Vela y César Brañes, unidos en la común tarea de «*El Imparcial*», diario capitalino. Vela no sólo ha publicado bellos ver-

sos neorrománticos, sino que ha escrito una ordenada y útil historia de «*La literatura guatemalteca*», en 2 volúmenes. Ambos —Brañes y Vela— han desertado prematuramente de las letras, sin duda, su verdadero destino.

\*

\* \*

Posee Flavio Herrera (1898) cualidades literarias difíciles de igualar. Su fervor por las letras no admite pausas. Aunque, a primera vista, engañe su aire de ídolo maya; su modo quieto, impassible; móviles no más que los ojillos maliciosos; silencioso hasta que estalla con reconcentrada energía;—pues, no bien uno se adentra en su trato encuentra en él nada menos que al inesperado creador de algunas de las más hiperestésicas páginas de la literatura guatemalteca. Flavio desdeña a todos, y a todos atiende. Hombre de pasiones, de pronto quema lo que ayer adoró, pero no será nunca extraño que acabe adorando de nuevo lo que había quemado ayer. Al igual de muchos escritores de su país, ha soportado jugosos cilicios de vino y carne en París. No se regresa inmune de Capua. Los nervios crujen como cuerdas rotas. «De polvo eres, y al polvo volverás...» ha dicho el *De profundis* glosa a mi manera: del trópico eres y al trópico te reintegrarás. Así, Flavio Herrera.



Se deben a él algunos logros indiscutibles: el apaisamiento del *hai-kai* japonés; la presencia del delirio en la novela regional; la sensualidad clarividente, deseosa de vestir plumas intelectuales. El instinto se ha hecho en él científico... hasta donde se lo permite su invencible impulso. Después, instinto y nada menos.

Examinemos de corrida la bibliografía de Herrera: «*La lente opaca*» (cuentos) (Guatemala, 1921); «*El ala en la montaña*» (versos) (Guatemala, 1921); «*Cenizas*» (cuentos, Leipzig, 1923); «*Trópico*» (hai kais, Guatemala, 1931, con prólogo de David Vela); «*Sinfonía del trópico*» (versos, Guatemala, 1932); «*Bulbuxyá*» (versos, Guatemala, 1933); «*Sagitario*» (versos, Guatemala, 1933); «*El Tigre*» (novela, Madrid, 1932, Guatemala y Santiago 1934 y 36); «*La tempestad*» (novela, Guatemala, 1935); «*7 pájaros del Iris*» (novela, 1936, Guatemala); «*Cosmos indio*» (hai kais y tankas, Guatemala, 1938); «*Palo Verde*» (hai kais, Montevideo, 1946); «*20 rábulas en flux*», (humorismo, Montevideo, 1946); «*Caos*» (novela, Guatemala, 1949). Si algún título se me escapa, culpable es mi ignorancia; no mi descuido.

Flavio Herrera se ha consagrado a redimir el *hae-kai*. Creo que no me perdona aun el presuntuoso desdén con que me referí en cierta ocasión a esta estrofa. Me lo ha dicho, a la hora confidencial del whisky número 10,

en su finca camino de Atitlán. Retruco: los cultivadores del *hai kai* entre nosotros tuvieron por centro el trópico. Allí José Juan Tablada, el mexicano, abrió la troza; siguió le Herrera; continuaron el peruano Alberto Guillén, el uruguayo Ferreiro y muchísimos centroamericanos. Los *hai kais* de Herrera sobresalen por su contenido pictórico. El esguince ideológico y lapidario puede surgir o no: la pincelada maestra, de todos maneras. Desde luego, el sincretismo del *hai-kai* acusa algunas inevitables concesiones al conceptismo y la «*boutade*». Pueden reducirse a tercetos en metro menor algunos estados de alma; todos, no. Hay ratos en que la elocuencia forma parte del sentimiento y lo amplifica o libera, según el caso. La sistemática del soneto acaba en tónico; la del *hai-kai*, también. Medir el mundo en tres versos, siempre, es como encender luminarias para saborear la sombra, siendo así que ésta se gusta de una forma y la otra, fomentándola o venciéndola. El escritor que descubre o insiste en una manera concluye prisionero de su propio hallazgo. Acaba expresándose como los profetas, siempre en tono sibilino. Frente al misterio, los arúspices se abren como esperanza y consuelo; frente a las soluciones, o cambian de tono, o cierran infranqueablemente el camino.

Pero, será mejor oír al propio Flavio en sus ingeniosos *hai kais*:

*Trópico*

*Loco de sol, desploma la cabeza  
de oro sobre las mamas  
de su nodriza, la pereza.*

*Su recuerdo*

*Barco de amarras ya cortadas  
que te fuiste del puerto  
de noche y con las luces apagadas.*

Para Flavio, de imaginación insomne, los loros serán «pájaros vegetales»; el quetzal «es un río de esmeralda — con una antorcha por guía — y desemboca en el alma»; el murciélago, «el ratón aviador»; los zopilote, «ediles con jacquet — comisión de limpieza, — con sesión en los cables»; la zebra, «se escapó del presidio». No es necesario más para valorar los imaginativos de este poeta extraño. Sin embargo, agregan una nota más:

*Al irse*

*Dejó una huella tan leve  
y acaso, por no borrarla  
noviembre no trajo nieve.*

Flavio ama las definiciones —bien *haikai*; poesía de apotegmas—. Por eso, trata de explicar su arte («*Cosmos indio*») del siguiente modo: el *hai-kai* será «arte de niños,

salvación del arte», que rehabilita... «el valor fundamental de la imagen poética». Significa poesía (*hai*) alegre o popular (*kai*).

Sí; poesía de ingenio, calza la espuela del refrán y con ella acucia el concepto. Colorida de imágenes, enciende con su llama las olvidadas lámparas de la crítica. Pero ¿es que, contagiado, he dado en reinventar el *hai-kai* de Flavio Herrera?

El novelista en cambio, rompe los moldes de la concreción para estirarse, de bruces, bajo el sol abrasador del trópico. Herrera al revés de muchos, delira en prosa para filosofar en verso. Así progresa un extraño Huysmans con su tropical «*Au-rebours*».

Yo encuentro las novelas de Herrera demasiado poemáticas y enfermizas para ser lo que pretenden. Si bien ese Fernando de «*El tigre*», especie de gaucho guatemalteco, posee rijosidad de «*Tirano Banderas*» envasado en «*Zo goibí*», todavía no sabría decir si es propio otorgarle el título de novela, o, de una vez incluirla entre los poemas en prosa. Tampoco me atrevo a usar el calificativo de novela plenamente guatemalteca para «*La tempestad*», porque el vocablo «mucama» me desorienta, y porque, pese a la trágica Choni, la explotación y el deseo visibles en el abusivo don Julián; y la castidad de Leonarda, mujer fuerte, se hallan doquiera. Son personajes y escenas universales, reñidos con todo lo

calismo. El diálogo más teatral que novelesco de «7 pájaros del Iris» empasta una situación dramática, una intensa duda pasional. Alfonso vive corroído por el temor de que su esposa, Aída, le sea infiel. Alfonso se halla agobiado por la pobreza, a causa de la explotación a que lo tiene sometido su principal, don Severo. El desenlace se produce el día de Año Nuevo. Los siete pájaros son los sueños y las fantasías».

En «*Caos*» llega a su clima la hiperestesia de Herrera. Es realmente una novela febril, de pesadilla. Los tipos y los hechos se suceden o se superponen con ritmo de delirio. Podría llamarse a ésto la imagen del trópico. Y además, la del propio Flavio, hombre, repito, turbulento a pesar de sus apariencias de sosiego. «*Caos*» está lleno de visiones oníricas; de monstruosas pasiones; de seres espantosos y sentimientos deformantes, expresados con el tono acezante de un Lautréamont criollo.

«*Caos*» es una kaleidoscopio de lujuria, de protesta y dolor. Escrita casi al mismo tiempo que «*Hombres de maíz*» de Asturias, y poco después de «*Entre la piedra y la cruz*», de Monteforte, se diferencia de ambas por el tono casi histérico de sus pinturas y narraciones. Yo no sabría decir ahora si también este es estilo maya. Me parece más bien, la actitud del mestizo, frente al blanco, y la inconformidad de éste frente a un mundo infranqueable.

\*

\* \*

Por mucha que sea la distancia ideológica entre ambos, me place colocar sobre un mismo plano a Virgilio Rodríguez Beteta y a Carlos Martínez-Durán: el uno, mirando desde el exterior; el otro, plantado de raíz en su patria.

Rodríguez Beteta, que vivió largos años en París, Chile y Bogotá, ha publicado magníficos trabajos sobre los mayas y un libro lleno de sugerencias, acerca de los «*Prolegómenos de la Independencia*».

Yo aprendí a interesarme por los Mayas, a través de las frecuentes conferencias y discursos de Rodríguez Beteta. En Chile, no perdona oportunidad para encomiar a los dioses lares de su patria. Nos familiarizó, quieras que nó, con los viejos sacerdotes del *Popol Vuh*. Nos hizo admirar la grandeza científica y moral de los antiguos quichés.

Martínez Durán, médico, católico (Rodríguez Beteta es un escéptico «fin de siglo»), desde el Rectorado de la Universidad de San Carlos, y con su libro sobre «*La Ciencia médica en Guatemala*», nos enseñó a amar el presente cultural de su país. Además, nos brindó una cordialidad que no olvidaremos en los días de los días. ¿Podrá alguien compensar lo que aquella generosidad nos regalara, en dones morales, mucho más ricos que los físicos?

Ambos, Rodríguez Beteta y Martínez Durán, por ahora al margen de la actividad local guatemalteca, podrían dirigir muchas empresas prósperas para su país. No lo harán quizás. Razones y hechos inesperados se interponen entre la intención y la posibilidad.

\*

\* \*

Uno de los más altos valores de la nueva generación es sin duda Mario Monteforte Toledo. Lástima que la política, desde altos cargos prematuros, haya hecho presa de él.

Dos novelas constituyen su bagaje literario: «*Amaité*» (escrita en 1939) y «*Entre la piedra y la Cruz*» (premiada en 1947) publicadas en Guatemala en 1948. La primera está hecha en cierto modo de acuerdo con los moldes de Thomas Mann y John dos Passos, a través de Ciro Alegría; la segunda manifiesta mayor originalidad. La segunda, de tema también regional, adolece de notorio romanticismo.

El asunto primordial es, naturalmente, la injusticia en que vive el indio. Paga así un plausible tributo al populismo indianista, de que tantos heridos y contusos hay a lo largo de la literatura americana. Por cierto, y no podría ser de otro modo, Monteforte protesta contra la explotación del hombre por el hombre, y traza, quizás involuntariamente, un



paralelismo implícito entre las revoluciones rusa y guatemalteca.

Monteforte es un excelente narrador. Creo más: creo que siente, sí, que siente de verdad la tragedia del indio. No obstante, su manera de expresar esa tragedia revela lecturas excesivas y, por tanto, cierto lamentable olvido de la realidad misma.

Me agradaría comparar la manera como Asturias encara, simbólicamente, la vida mísera del indio guatemalteco; y la protestadora y politicista como la enjuicia Monteforte. En Asturias, el «pathos» se hace «*poesis*», el sentimiento, creación. En Monteforte, la «poesía» se vuelve «pathos», y el pathos, logos y... tópico.

Sería de innegable injusticia menospreciar el fuerte y bello estilo de Monteforte. Escribe con graficidad y animación. Es poético a menudo. Pero, antes que poeta, parece propangadista. Escribe *para* demostrar algo; no demuestra porque escribe. Ahí reside el mal. Ahí, la debilidad de un gran escritor a quien, parece, habría que acompañar con alguien que le repitiera al oído, con irritante pero necesaria porfía: «Recuerda que eres mortal».

Los estilos revelan de suyo la verdadera personalidad de los autores. Yo no conozco a Monteforte ni de vistas. Se de él episodios de diversa índole; he mirado su foto; he oído su voz por radio. Pero, sobre todo, lo

he leído. Monteforte no alcanzará la perfección sino a medida que se convenza de estar aun muy lejos de tal perfección. Desconfío de la humildad sistemática; pero sería imposible negar su eficacia. Monteforte, cuya iniciación tanto prometiera, debería frenar en seco el trote de su orgullo; encarnizarse en pulir una expresión todavía arisca; adecuar la inspiración a su forma; depurar la plural intencionalidad de sus escritos; en suma: rehacer el camino tempranamente abierto, a golpes de insegura piqueta, aunque esgrimida por poderoso brazo.

Nadie, quizás, mejor que Monteforte se halla apto para recoger el legado literario de Asturias, Herrera, Cardosa y Wyld. Pero nadie lo despilfarrará más alegremente que él, sino se convence de que tal labor requiere ejercicio, y ejercicio y humildad, humildad, humildad. Por frescas que surjan las páginas de la improvisación iluminada, ganarán muchísimo bajo el castigo implacable de un ojo lúcido y de una mano terca. No basta escribir en olor de justicia; debe escribirse en olor de belleza perdurable.

Tal reparo se aplicaría también a Raúl Lara, cuyos poemas indígenas se abren demasiado a los vientos de la propaganda. Nuestro indio no necesita andaderas de doctrinas foráneas para ser expresión viviente de un dolor y una injusticia intolerables.

Y es también esa la flaqueza de un tan

excelente escritor como Luis Cardoza Aragón, mejor poeta aun que crítico. Temperamento de fino lirismo, pretende ahuecar la voz en oratorio anhelo, sin conseguir la bronquedad del tribuno, ni perder la dulzura del elegíaco. Cardoza, en cuyo libro «*Poesía*» hay más de un magnífico logro, deberá reencontrarse, no por medio de un paradójal «*Retorno al futuro*» (1949), como se intitula su encendido libro sobre Rusia, sino llana y sencillamente, mediante una franca y lúcida marcha hacia la propia verdad.

\*

\* \*

Durante el régimen político inaugurado por Arévalo en 1945, numerosos artistas de otros países se han aposentado en Guatemala. Sería injusto omitir los nombres de algunos; por ejemplo: el pintor y crítico surrealista español, Eugenio Fernández Granell; y las poetisas Funic Odio (de Costa Rica) y «Claudia Laos» (de El Salvador). Los tres han significado y significan mucho para la renovación estética de Guatemala.

¡Lástima que Granell haya emigrado en busca de nuevos horizontes!

\*

\* \*

He leído los *hai kais* de Alfonso Orantes; las leyendas de Barnoya; las magníficas estampas de Carlos Samayoa Chinchilla; las fuertes páginas de J. J. Arévalo (*last but not least*) —y todo ello me deja la impresión de un mundo en progreso, pero aun falto de homogeneidad. Arévalo, el pensador más vigoroso, consagra sus trabajos al niño en sí, (y no al niño y adolescente argentino); navega entre los procelosos mares de la teoría de los valores y la filosofía de Eucken; se introduce en el laberinto del alma juvenil. Justamente, por ser tan preciso su criterio y tan amplias su cultura y su experiencia; se redobra el derecho de exigirle aplicaciones más concretas. Las obtenidas no todas se traducen en libros, sino en obras: cierto. Sin embargo, es tiempo ya de que J. J. Arévalo exprese su definición del estudiante guatemalteco, a quien nadie como él conoce, por convivencia desde abajo, meditación desde fuera y enrumbamiento desde arriba. Lo que él diga, llegado el momento, será decisivo para iluminar el proceso no sólo del alma guatemalteca, sino de los centroamericanos.

Juan José Arévalo tiene esa deuda contraída con todos los americanos. Conviene fijar un plazo para su vencimiento... Y entonces, cobrársela implacablemente.



## ¿EXISTE UN «ESTILO MAYA»?

La primera vez que visité el Museo Nacional de Guatemala tuve como una revelación; llevaba fresco el recuerdo del Museo Arqueológico de la Magdalena, en Lima, y podía comparar sin dificultad los extremos de ambas culturas. Además, me hallaba en plena lectura de obras guatemaltecas. De pronto, no se cómo deslumbróme una audaz conjetura: existía, existe un estilo Maya. Para probarlo, debo repetir aserciones ya dichas, y refrescar una larga charla con Hugo Cerezo, director del Museo, y con Carlos Contreras, su ayudante y mi discípulo.

En la costa de mi Perú natal, hubo una civilización de fisonomía diferente a las del resto del país: la Mochica. Sus más importantes monumentos se encuentran en Chanchán, muy cerca de Trujillo. Ante los arabescos de adobe que decoran esos semiderruidos muros, recordé vivamente los que había visto en Mitla.

y Monte Albán (Oaxaca) pocos años antes. Sin duda, si no el parentesco, la analogía era cabal.

Yo había oído en Oaxaca algo al respecto. Un caprichoso historiógrafo, no muy autorizado, según dicen, sostenía que por lo menos treinta pueblos del Nor-Perú llevan nombres zapotecas: recuerdo los siguientes: Mochica o Muchic, Lampayec, Eten, Paiján, Chocope, Chanchán, Jequetepec, Lloc, etc. Suelo desconfiar de ciertas homonímias, ante las cuales me consuelo diciendo el consabido «si non é vero é ben trovato». No obstante, frente al testimonio objetivo de los murallones, sentí debilitarse mi escepticismo profesional. Acabé interesándome en el asunto.

El Museo de Guatemala me trajo a la memoria los tejidos y *huacos* de la sección Muchic del los Museos de la Magdalena y de Chiclín.

Una civilización complicada y ostentosa, asiática, barroca, había echado raíces en zona tropical. Violento contraste el suyo con el pétreo lógico, sobrio y clásico estilo de la civilización cuzqueña o de los Incas. Desde entonces, insisto en referirme a los Mayas, como griegos y románticos, y a los Incas, como romanos y clásicos.

Las portadas mayas lucen recargadísimos adornos, curvas y volutas, diferentes a las grecas y ángulos propios de las construcciones incaicas. El jade y la turquesa abundan en Gua-



temala. En Perú, las piedras preciosas no desempeñan igual papel: destellan el oro y la plata. Los dibujos mayas parecen meramente decorativos, aunque, sin duda, encierran significados ocultos; los incaicos se refieren siempre a una figura animada: el hombre y los animales más conocidos.

Las leyendas mayas, desde el «*Popol Vuh*», hablan de misteriosas relaciones cosmogónicas. El hombre se detiene ante el misterio para examinar el modo de penetrarlo, y cuando se siente vencido por lo arcano, crea su propia explicación. Las leyendas incaicas, hasta donde de ellas sabemos, son más simples. En parte porque la versión que nos ha llegado adolece de estrictas interferencias católicas; en parte, porque no hemos logrado desentrañar el misterio de los *quipus*, en la proporción que se ha esclarecido el de los *glifos*; en parte, porque el Maya, a causa de la claridad de su cielo, de la opulencia de sus bosques, de la temperatura del ambiente, de la estrechez de su territorio, tuvo otras preocupaciones que el Inca, absorbido por la conquista de una tierra vasta y diversa, obligado a variar de tácticas y costumbres para dominar diferentes climas, altas montañas, profundos valles, elevadas y calvas mesetas, tremendos ríos, selvas impenetrables, cálidos desiertos, razas antagónicas, plurales deidades, lenguajes quizás tan numerosos como los de Centroamérica.

No se conoció entre los Incas una pericia astrológica tan pronunciada como entre los Mayas. No se sabe de actividades tan bélicas de los Mayas, como las de los Incas. El Maya descubre el insondable valor del Cero en las matemáticas y averigua la cuasi exacta división del año. En lo último coinciden los Incas; mas, no en lo primero. A cambio de ésto, los antiguos peruanos se destacan en las disciplinas concretas: nadie trató las construcciones de piedra, la piedra misma, como ellos. Las ciudades Maya-Quichés, con sus altas pirámides, pertenecen a la familia de los palacios-observatorios de los Caldeos; las Incas, a la de las ciudades-fortalezas de los Romanos, y a la de los templos Egipcios.

El indio Maya-Quiché es más amable que el Inca, altanero, imperial. Los colores de sus vestidos difieren. No predomina el blanco en el Perú de antaño; si, en Guatemala.

Ambos, Mayas e Incas, viven adheridos a la tierra; son como prolongaciones de la misma; pero, mientras el primero se ha elaborado un lenguaje de circunloquios y rodeos, parecido al de los Guaraníes, el segundo prefiere un modo más directo, propio de Administradores antes que de Poetas.

El peso de la tradición Maya-Quiché sobre el guatemalteco actual supera los cálculos de los observadores foráneos. Con él no se compara sino otra influencia: la de las tira-

nías mestizas del siglo XIX. Pudiera decirse que la literatura y la política guatemaltecas se mueven dentro de los netos límites de ambas tendencias: el simbolismo barroco del indio, y el casuismo realista y cínico del Dictador mestizo. De suerte que predominan las formas sobre las esencias, revistiendo así, a toda su cultura, de un marcadísimo carácter decorativo, formalista o barroco.

Yo no creía nada de ésto. Pero, de pronto empecé a ponerme en contacto directo con Guatemala y descubrí notas inéditas para mí. ¿Qué era ese trasfondo misterioso, cabalístico, simbólico que señoreaba la prosa del «*Popol Vuh*» y la de Miguel Angel Asturias; los parlamentos del «*Rabinal Achi*» y el frenesí de Flavio Herrera; las secuencias alegóricas del «*Chilam Balam*» y los mitos redivivos de Rafael Arévalo Martínez; la abstrusa, pero fragante prosa del primitivo Bernal Díaz, y las ornamentaciones y arabescos de Carlos Wyld Ospina y César Brañas; que se filtra por entre la claridad clásica de Landívar y sacude, con agreste lujuria, los afrancesados párrafos de Enrique Gomez Carrillo; que hace irónicos a José Batres Montúfar y al tan ignorado y pulido José Rodríguez Cerna?...

Y, por otra parte, las inhibiciones sistemáticas en toda la literatura guatemalteca; el prurito de insinuar, sin nombrar; de iniciar un pespunte sin anudarlo; de usar la sordina en

lugar de la voz plena; de refugiarse en el esguince retórico cuando se llega al punto muerto de una verdad sólo enunciable con la crudeza reservada a los combates políticos, denuncian una modalidad anfibológica y perisfrástica, típica de Profetas y Diplomáticos. Aun en los mismos debates políticos se prefiere el patín a la zancada. Las tácticas usuales son de deslizamiento e infiltración, antes que de choque o avasallamiento. Reina en toda Guatemala un clima de silencio o sordina impenetrable. Los hombres se contienen al expresarse; necesitan tiempo y observación para darse al interlocutor. Se advierte que los ojos clavados en uno, inquietan más que contemplan. Taladran, antes que miran. Los vocablos poseen sutiles declinaciones mentales, desde el condicional hasta el dubitativo, lo cual, sumado al avatar indígena, rodea al idioma de los guatemaltecos de una densa y fluída cortina de sugerencias, ajenas a la rotundidad habitual del castellano. Se comprende entonces por qué fué tan viva y temprana la eclosión del Modernismo en Centroamérica, y por qué existen vínculos tan íntimos entre Modernismo y Barroquismo tropicales.

La primera vez que tuve esta sensación, sonreí, escéptico. Me se propenso a las generalizaciones, como todo viajero contumaz. Desconfiado de mí mismo, procuré desvirtuar mi sospecha, orientando mis meditaciones hacia

otro rumbo. Volvió la idea, apenas hube leído nuevas páginas de literatura e historia guatemaltecas.

Alguna vez trataré con la merecida extensión de lo último: de Bernal Díaz, del P. Ximenez, de Guzmán, de Marure, de Batres Jauregui, etc., y se verá hasta qué punto puede ser exacta o no mi hipótesis acerca del barroquismo congénito de los guatemaltecos, y su explicación por el avatar indio y la devastación tiránica. Quisiera, para entonces, sobrepasar los límites de una mera presentación de estampas; avanzar hacia un más concienzudo, lento y profundo examen de los movimientos colectivos para lo cual carecí de medios; —¡de libros entre ellos!— durante mi permanencia en Guatemala. La Biblioteca Nacional, Cenicienta de todos los regímenes dictatoriales, carece de obras fundamentales sobre el país; sólo ahora a partir de 1946, empieza a merecer el nombre que ostenta. De toda suerte, yo siento, si, *siento* que existe un «estilo maya» una forma de encarar la vida y la naturaleza peculiar al hombre guatemalteco. Si me exigieran precisarlo, temo que no acertaría. No obstante, como las «verdades del corazón», ésta es un *hecho* subjetivo, cuyos alcances espero algún día ser capaz de encerrar en una tesis.

Pero, volvamos a los datos que proporciona la vida política.

La actitud del guatemalteco respecto a la cosa pública suele oscilar entre un polo y otro: reticencia o clamor. Las repetidas y largas autocracias— Carrera, Barrios, Estrada Cabrera, Ubico, etc— han logrado modelar un tipo especial de ciudadano, que calla, cavila, insinúa y espera. Al derrumbarse cada una de las autocracias, sobreviene un período de grito, protesta, demolición, rebeldía.

Observemos lo ocurrido en 1920 y en 1944.

En 1920, cuando Estrada Cabrera — «*Ecce Pericles*», «*El señor Presidente*»— fué derribado, estalló tremendo júbilo popular. Cuantos recibieran vejámenes, pretericiones y atropellos del «Licenciado», buscaron forma de vengarse. Una de las víctimas de aquel legítimo alzamiento popular fué el ilustre poeta Chocano. Le encerraron en una mazmorra, por haber sido consejero de Estrada Cabrera. Condenado fué a muerte. Si no intervienen muchos jefes de Estado e intelectuales, habría terminado allí sus andanzas el gran vate.

Durante meses, Guatemala fué un vivero de peleas políticas: la poesía, el arte, abatieron momentáneamente sus banderas, urgidos sus corfieos por necesidades inmediatas.

En 1930, bajo el perenne pretexto de concluir el caos, surgió la funesta figura del General Jorge Ubico. Al comienzo tuvo respaldo popular. Pero, pronto se convirtió en un sátrapa cruel. La delación, el tormento, el espionaje,



la cárcel, rondaban a cada guatemalteco. Los consabidos usos de la dictadura, ese silencio opresor, esa media palabra más elocuente que la expresión desnuda, se convirtieron en lenguaje corriente. Los escritores hubieron de refugiarse en temas asépticos. La forma cobró singulares relieves. Hasta que, en 1944, otro estallido puso fin a la tiranía de Ubico. Al iniciarse la nueva era de libertades, los escritores pospusieron su devoción por la forma, olvidaron su atildamiento, se lanzaron al periódico y a la tribuna. Es así como he encontrado a Guatemala.

Pero, por debajo de las violentas expresiones, circula una tácita onda de discreción y desconfianza. ¿Rezago indígena? ¿Consecuencia de la tiranía? ¿Producto del aislamiento geográfico? ¿Resultado de la paradójica situación social que, a pesar de la auténtica riqueza de la tierra, mantiene una profunda pobreza en los medios obreros y campesinos?

No soy capaz de desentrañar ese misterio: apenas logro enunciarlo. Lo cual no impide que sea un hecho tangible.

\*

\* \*

Existen, desde luego, muchos factores que explican el barroquismo guatemalteco, eso que me atrevo a llamar el «estilo maya».

Durante la época colonial, Guatemala disfrutó de alto rango administrativo. Aunque



no era la suya una riqueza semejante a la de Perú y México, dadas sus dimensiones podría afirmarse que gozó de extraordinario boato. Los funcionarios que enviaba España amaban el lujo. Trataban de resarcirse en las Indias de sus privaciones en el territorio metropolitano. Dieron primacía a lo suntuario. Se hicieron devotos de la etiqueta. Quisieron crear una atmósfera de Corte, chafada o no, pero trataron de crearla.

De todo ello, y del aporte solemne y lujoso del Maya, provino un modo de expresión recargado y anfibológico. Distintos elementos se juntaron para hacer aconsejable el empleo de la reticencia y el circunloquio. Se apeló a símiles para manifestar los pensamientos y retratar las cosas. Se amaban las fórmulas. ¿No son éstos, acaso, los ingredientes de todo barroquismo?

Yo he asistido a algunas festividades indígenas. En Sololá, cerca del Lago de Atitlán, he presenciado una Feria. Los indios acuden disfrazados de españoles, en una extraña mescolanza de uniformes y libreas, cubiertas de alamares. Los que pueden se disfrazan de Pedro de Alvarado: la melena y las barbas rubias, el yelmo de oro, reluciente peto de pedrería, pantalones con franja dorada, alto penacho, larga tizona. Yo no creo que se trate de un homenaje al cruel fundador de Santiago de los Caballeros, sino de una irreprimible tendencia

a emularlo en los abalorios, el lujo y el empaque. A menudo, en obras de mayor o menor cuantía —hablo de arquitectura y de literatura—, me sorprendió análoga actitud.

No he podido estudiar a fondo y en totalidad las letras guatemaltecas. Me he limitado a unos cuantos retratos, de suyo elocuentes. A través de ellos me parece posible descubrir la existencia indudable de lo que me place llamar «el estilo maya».

Existe. Sí; existe con típicos perfiles. No se lo puede confundir con otros modos de ser y expresarse de los americanos. Nadie posee como el guatemalteco, la sensibilidad para el misterio, ni la delicadeza y acierto en la alegoría. Nos hallamos ante un pueblo simbolista, apegado a los matices, reñido con las expresiones abiertas y rotundas. Pueden usar éstas (y las usan) los políticos y panfletarios; pero hasta ellos prefieren la ironía, la insinuación, la elegancia de una sonrisa que, aunque a menudo mordaz, posee siempre una categoría distinta a la dentellada franca.

Me agradaría continuar esta exploración, o que otro la realizara por su cuenta. De ello derivaría, seguramente, la certeza de que entre las varias originalidades literarias de América, Guatemala posee una de las más hondas y definidas, y que, por tanto, su personalidad, aunque poco divulgada, tiene derecho a hombrarse con las mejores de nuestro Continente.



## INDICE

	<u>Pág.</u>
Preámbulo.....	11
Y el hombre fué hecho.....	19
Bernal Díaz, el cronista.....	41
Landívar, o la nostalgia.....	61
Irisarri, o la aventura.....	75
Pepe Batres, o la ironía.....	97
Milla y Vidaurre, el sosegado.....	111
Gómez Carrillo, o el modernismo.....	133
Arévalo Martínez, el sonámbulo.....	165
Los contemporáneos.....	183
¿Existe un estilo Maya?.....	207

1015



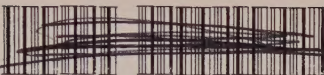








PQ7490. S3



a39001 004104520b

3/68

